

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2,1-5): *Hacia Él confluirán pueblos numerosos.*

2ª lectura (Romanos 13,11-14a): *Nuestra salvación está cerca.*

Evangelio (Mateo 24,37-44): *Vivid en vela y estad preparados.*

Hay muchos y diversos caminos por donde se puede subir al encuentro con la ley del Señor. La vida oculta y la agitada se inscriben igualmente en la gran caravana de los que buscan su plenitud humana en el encuentro con el Señor. Al final del destierro en Babilonia escribe Isaías un mensaje de esperanza: *«Caminemos a la luz del Señor»*. Peregrinar a Jerusalén es subir y esta subida es acercamiento a Dios para dejarse instruir por Él *«Él nos instruirá y será árbitro y juez de numerosos pueblos»*. Desde allí administra Dios su justicia, no con consignas bélicas *«de las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas»* sino con apremiantes llamadas a la paz. Del encuentro con Dios y con su ley se derivan la paz y la convivencia.

El tema de los caminos de la paz, evocados por Isaías, es reasumido por Pablo dirigiéndose a los cristianos de Roma, convertidos mediante una profesión de fe. El bautismo parte en dos la vida del bautizado. Lo que precede es la noche, lo que sigue es luz. *«Ya es hora de espabilarse»*, hay que comportarse como hijos de la luz. La administración del bautismo, no debe limitarse a la celebración de la liturgia bautismal. Los que hemos recibido el bautismo no podemos vivir según las leyes de la materia. *«Nada de comilonas, ni borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas ni pendencias»*, es necesario tenerlo presente y estar vigilantes. De esta manera, la vida cristiana será toda ella un acto de culto dentro de la existencia nueva nacida de la fe pues compromete simultáneamente corazón, mente, boca y manos.

«Estad en vela...», amonesta severamente Jesús, *«...porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor»*. Cuando Jesús habla sobre la incertidumbre del final de los tiempos no pretende informar sobre la fecha del fin del mundo, ni sobre la manera de cómo sucederá. Informa sobre la conducta que hay que adoptar mientras llega y previene contra los peligros del olvido: *«si supiera el dueño de la casa a qué hora de la noche viene el ladrón...»*

Puede parecer improcedente la comparación con el ladrón, para anunciar la llegada del Señor, que viene a colmarnos de su amor, más el evangelista, lo mismo que Jesús, se sirve del lenguaje y expresiones inteligibles en su medio y las alusiones o referencias a los dos hombres en el campo y las dos mujeres en la muela, nos recuerdan la necesidad de coherencia entre fe y obras, entre lo que creemos o decimos y lo que hacemos. Las comparaciones se usan en el sentido de estar siempre preparados para toda eventualidad.

Hoy comienza un nuevo año en el calendario de la Iglesia, empieza otra vez el Adviento (Adviento significa llegada), tiempo de preparación espiritual para la celebración de la Navidad. El tiempo es irreversible y no vuelve, no es un movimiento circular sino lineal. Hoy es el primer domingo de Adviento y dentro de un año lo volverá a ser y la vida habrá avanzado linealmente un año. La vida, afortunadamente no es un círculo, sino un camino hacia Dios.

Día a día, mes a mes, año a año, se va gastando nuestra existencia, el camino de la vida se va alargando y nos acerca a la meta final. A ser consciente de esta realidad Pablo le llama *“despertar”*. No ser consciente de ella es como vivir distraídos, en estado de embriaguez o *“dormidos”*. La consecuencia directa es que no hay tiempo que perder porque el tiempo transcurrido no regresa. Lo vivido queda atrás y no vuelve. Es cierto que todo tiempo es válido, pero quizá el comienzo de un año sea el momento más idóneo para establecer un control en el camino de mi vida: **¿cómo voy y por dónde debo seguir?**

«Estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». Es el momento de decir: **¡hay que despertar del sueño!** Tenemos que **“caer en la cuenta”** de que el tiempo de Dios, se ha metido en el tiempo de los hombres, que este momento, este *“instante”* de mi vida es un *“instante eterno”*, en el que lo que importa, lo que es decisivo, es el *“ahora”*, que la gran posibilidad de cambio, de conversión, la ocasión que no hay que perder, es la de hoy: *«Escuchad hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón»* (Salmo 95,7-8).

Hay que **“caer en la cuenta”** de que la vista se nubla cuando se deja capturar por la superficialidad y por lo efímero; que las manos están vacías cuando se empeñan en acumular y el corazón se hace pesado cuando está lleno de banalidad y de inconsistencia. Urge **“caer en la cuenta”** de que el mal no está solamente fuera sino anidado dentro de nosotros. Hay que **“caer en la cuenta”** de que la fe está amenazada por el sueño y que el riesgo más grande es llevar una existencia soñolienta, distraída, disipada, incapaz de reconocer el tiempo. Que urge sobre todo **“caer en la cuenta”** que no se puede dejar pasar un momento, un solo instante sin prestarle atención sin haberlo escrutado, sin haberlo roto, desmenuzado con la ayuda de la fe y de la Palabra, para captar en él el anuncio, la llamada de Dios, pero también y al mismo tiempo, su juicio sobre nuestra existencia.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya.*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Nos ha destinado en Cristo a ser hijos.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

Todo ser humano viene a este mundo en una situación como de “*desgracia*”, pues ya nacemos con un “*sello*” al que llamamos “*pecado original*” ocasionado por la rebelión y desobediencia del ser humano a los designios divinos. Pero Dios ha previsto el remedio. Si esta situación de desgracia sucede sin culpa personal, el remedio se aplica igualmente sin merecimiento personal, como don gratuito del amor de Dios.

Lo que para todos nosotros es gracia que recibimos en el bautismo, a María le fue dado desde el primer momento de su existencia. Porque la misma existencia de María y todos sus privilegios están orientados y en dependencia de la maternidad divina. Lo que con palabra teológicamente técnica se llama “*redención preventiva*”.

La naturaleza de la función de María en el Plan de salvación, está definida y asentada sobre cuatro columnas. Cuatro son los “*dogmas*” o pilares que soportan la grandeza mariana, definidos en el tiempo sin seguir el orden de sucesión en la historia: la “**Maternidad Divina**”, su “**Concepción Virginal**”, la “**Inmaculada Concepción**” y su “**Asunción en cuerpo y alma al cielo**”.

El calendario litúrgico de la Iglesia celebra respectivamente estas solemnidades los días: 1 de enero “**Santa María, Madre de Dios**”, 25 de marzo “**La Encarnación del Señor**”, 15 de agosto “**La Asunción de la Virgen María**” y 8 de diciembre “**La Inmaculada Concepción**”.

La «**MATERNIDAD DIVINA**», definida en el concilio de Éfeso el año 431 se apoya sobre todo en el texto de Pablo en Gálatas (4,4): «*nacido de una mujer*». La maternidad divina es su principal título de grandeza. Es madre de Dios no porque fuera ella misma una diosa, que engendraría necesariamente dioses, sino porque por obra del Espíritu Santo dio a Jesús de Nazaret lo mismo que las demás madres dan a sus hijos. Su hijo es Dios y desde el primer instante, por tanto, ella es «*Madre de Dios*».

La segunda afirmación fundamental es su Virginidad, afirmada en el Credo: «*Nació de Santa María Virgen.*» La concepción virginal de María es ante todo una afirmación cristológica, es decir, la encarnación de Jesús tiene como única explicación el amor de Dios trino. La Encarnación de Jesús no se puso en marcha por medios humanos, fue una decisión amorosa y libre de Dios. Él es el que lo hace todo. Y esa acción de Dios se hace más visible a los ojos humanos en una concepción virginal, excluyendo toda intervención humana por parte de varón.

Hay aquí una realidad y un signo. La realidad es que Dios es el autor único de la salvación. El signo consiste en que Jesús no fue concebido como los demás hombres: La encarnación es obra del amor de Dios, por eso, la afirmación dogmática de la «**CONCEPCIÓN VIRGINAL**» es más cristológica que mariológica.

En el dogma de la «**INMACULADA CONCEPCIÓN**», definido por **Pío IX** en 1.854 tras siglos de discusiones teológicas, además de una realidad y un signo, hay también un ideal de belleza para cualquier hombre o mujer de toda edad y condición.

Lucas relata la encarnación presentando a María como una muchacha normal, con sus ideas sobre la vida y sus ideales de futuro, una joven prometida cuyos planes se ven de repente trastornados por una “*sugerencia de Dios*”. Ella oye y reflexiona sobre lo oído. El ángel la saluda “*llena de gracia*”, ella indaga sobre el mensaje y acepta. Ella es parte de la Iglesia y redimida pero desde el primer instante. Lo que a los demás se nos da en el bautismo se le dio a ella en toda la plenitud en el primer instante de su existencia.

El último dogma en el tiempo es la «**ASUNCIÓN EN CUERPO Y ALMA AL CIELO**», definido en 1.950 por **Pío XII**. María es la precursora de toda la humanidad, la primera en alcanzar y poseer lo que constituye nuestro destino y la meta final de todas nuestras aspiraciones: **la glorificación**.

Los cuatro dogmas marianos recaen sobre una personalidad histórica. María es pura criatura, mujer que acepta los planes de Dios sin poner condiciones y los cumple con fidelidad ejemplar. «*En María se encuentra de forma perfecta el fruto de la redención. En ella está inaugurada y representada la Iglesia gloriosa del mundo que nos espera*» (Vaticano II).

La piedad mariana tradicional tenía una expresión conclusiva:

«MIRA A MARÍA E IMITA EN TODO SUS EJEMPLOS»

«CONVERTÍOS, PORQUE ESTÁ CERCA EL REINO DE DIOS»

127/09 Diciembre 2007

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11,1-10): *Juzgará con justicia y rectitud.*

2ª lectura (Romanos 15,4-9): *Cristo se hizo servidor para probarnos la fidelidad de Dios.*

Evangelio (Mateo 3,1-12): *Una voz grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”.*

Cuando en este mundo sucede algo nuevo, algo extraordinario, algo decisivo, distinto de cuanto tenemos delante de nosotros y al alcance de nuestros ojos, solemos decir que “*nos parece estar soñando*”. Pero para soñar, hace falta estar muy despiertos, pues quien se duerme, consigue soñar, como mucho, una reedición del pasado que contempla con sentido nostálgico «*Los hebreos, que arrastraban los pies por el camino de una liberación de la que no eran muy entusiastas, se sentían incapaces de soñar la tierra prometida y preferían dormirse en el recuerdo de la esclavitud de Egipto.*» Pero quien sueña despierto se pasea por un mundo inédito, donde encuentran espacio cosas “*jamás vistas*”, hechos “*jamás oídos*”, frutos “*nunca gustados*”: «*brotará un renuevo del tronco de Jesé... habitará el lobo con el cordero... el león comerá paja con el buey... el niño jugará con el áspid... lleno está el país de ciencia... y será gloriosa su morada.*»

Con frecuencia, nosotros desterramos del mundo, el sueño de las cosas irrealizables, sin embargo, para el creyente, sueño es lo que Dios realiza. Es nuestra fe a la que tantas veces le falta el coraje para soñar, no obstante, cuando Dios entra en acción, la realidad que está al alcance de los ojos del hombre parece pertenecer, precisamente, al registro de los sueños. «*Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar...*» (salmo 125). “*Soñar*” en el lenguaje bíblico, equivale con frecuencia a “*esperar*” y “*esperanza*” quiere decir posibilidad de proyectar (= soñar) un futuro distinto, sorprendente, garantizado por la promesa del Dios fiel.

Dios nos entrega sueños. Este es su método inconfundible para mantenernos despiertos, para evitar que nos durmamos en la resignación y el desánimo, para que nos convirtamos y allanemos el camino para que Él pueda “*acercarse*” y llegar a nosotros, para que consigamos cambiar nuestros corazones y se efectúe un verdadero cambio en nuestras vidas.

El tiempo de Adviento es tiempo de preparación para salir al encuentro del Señor que viene. Su venida parte en dos nuestra historia, pero la línea divisoria pasa más por el corazón que por el espacio o el tiempo. *Antes* de Jesús esperaban los hombres su venida; *después* de Jesús es Él quien está pacientemente a la puerta del corazón de los hombres esperando que le abran.

Sin un cambio en nuestro corazón con orientación hacia Dios seguiremos viviendo *antes de Cristo*, aunque el calendario señale 2007 años después de su venida. “Vivir para el egoísmo y para satisfacción de los deseos mundanos” (Tito 2,12), es vivir en espíritu *antes de Cristo*. Renunciar a una vida sin “*dioses*” para vivir según las exigencias de la gracia en Jesús es vivir *después de Él*. La conversión a Dios consiste en hacer que el corazón con sus “*sueños*” y aspiraciones se instale definitivamente en ese *después*.

El amor propio tiende a hacer de cada uno el centro de la vida y a organizar todo lo demás en torno al propio yo. La conversión es el proceso contrario. La conversión pone a Dios en el centro de la vida y de sus actividades y hace que todo gire armoniosamente en torno a Él. “*Esa es la conversión anunciada por Juan.*” A los que venían a pedirle normas prácticas de conducta aconsejaba la comunicación de bienes, la mansedumbre, la justicia. El eje de su predicación era la conversión en sentido radical. Y lo hacía con las fulgurantes metáforas ya utilizadas por los profetas: «*¡Raza de Víboras! Ya está el hacha amenazando la raíz.*» Y hablaba del biello y del fuego. Y era inútil, según él, gloriarse de la descendencia de Abrahán carente de obras porque: “*Cada uno es hijo de sus obras ante Dios*”. Son las obras las que justifican una vida.

Año tras año vivimos la alegría de la Navidad. La Navidad cristiana sólo tiene lugar si se prepara y se vive espiritualmente. Lo más urgente es quitar del corazón todo lo que puede hacer incómoda su venida y adornarlo con todo lo que puede ofrecerle una estancia agradable, haciendo de él como un bello paisaje o una gran ciudad; un bello castillo o una humilde casa, una chabola o... un pesebre, pero siempre cálida morada a la que viene y en la que quiere nacer Dios. La vivencia de su venida en Navidad es positiva si marca y deja huella, no es auténtica si no nos acerca más a Él y con Él a todos los hermanos.

Es inútil y peligroso pretender salvar la cara ante los hombres pensando que eso justifica ante Dios. La conversión pedida por Juan y por Jesús exige una gran dosis de sinceridad interior: «*Todos los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*» (Romanos 8,14), donde no está ese Espíritu no es posible celebrar la Navidad.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35,1-6a.10): *Dios en persona os salvará.*

2ª lectura (Santiago 5,7-10): *Manteneos firmes porque llega el Señor.*

Evangelio (Mateo 11,2-11): *¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?*

«¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento?...¿a qué salisteis?» El Bautista es una fuerte personalidad espiritual. Nadie ha hablado de él con más estima que Jesús. Juan no es “una caña movida por cualquier viento de opiniones, usos o modas”, sino **“una voluntad indoblegable”**. No es tampoco un hombre que hace depender su prestigio del boato exterior de que se acompaña, sino **“un hombre austero que vive con el mínimo indispensable”**. Juan es positivamente de una fidelidad a toda prueba, un profeta con libertad para hablar en defensa de la verdad, **«Sí, os digo, y más que profeta»**. Y ya se sabe: todos los que obran así resultan incómodos y suelen terminar mal.

En la vida y destino de Juan y de Jesús se dan muchas coincidencias y notables discrepancias. Juan nace de una mujer mayor, Jesús de una joven virgen. Juan bautiza con agua, Jesús con Espíritu Santo y fuego. Juan tiene un momento de dudas, Jesús se queja al Padre de su abandono en la cruz. Ambos mueren violentamente, uno decapitado en la cárcel y el otro crucificado en el Gólgota. Las discrepancias más notables se refieren a las personas y al contenido del mensaje. Son las diferencias esenciales entre el indicador del camino y el camino mismo, entre el programador y el programa, entre el profeta y el profetizado.

Juan había sido el hombre seguro en sus convicciones, que anunció al más fuerte que llegaba detrás de él (Lucas 3,16; Mateo 3,11), le señaló con el dedo y en el Jordán vio descender al Espíritu sobre Él (Mateo 3,16; Juan 1,32-36). Ahora está en la cárcel no por corrupción, terrorismo o delincuencia común, sino por su valiente libertad de expresión en defensa de la verdad. Allí, en la cárcel, recibe visitas de sus discípulos que le informan de todo lo que pasa. Él reflexiona, compara el *antes* y el *ahora* y se sumerge en un mar de dudas.

El orientador queda desorientado porque todo lo que está sucediendo, según información de sus discípulos, no coincide e incluso se contradice con lo anunciado por los profetas y por él mismo. –“*El hacha amenazante por él anunciada no descarga su golpe sobre la raíz.*” –“*La paja no arde en el fuego.*” –“*El juez justiciero alterna en banquetes con los pecadores y les perdona sin hacer ascos de nada.*” –“*Está decididamente con los pobres, pero no los azuza contra los ricos.*” –“*Jesús anuncia la liberación de los cautivos, pero no hace nada por sacarle a él que está en la cárcel.*”

Ante estos hechos el hombre de las firmes convicciones se convierte en el hombre de las dudas y, para salir de ellas envía con sus discípulos un mensaje a Jesús con el dilema: **«¿Eres tú el que ha de venir o no?»**. Antes le había señalado con el dedo: **¡ESTE ES!** La firmeza de entonces es ahora pregunta: **¿ES ESTE?** Jesús se niega a responder directamente al dilema con un **“SÍ”** o **“NO”**. Prefiere remitir a los hechos como signos evidentes de la llegada y de las características del Reino de Dios. Tal como estaba anunciado: **«los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»**. Queda claro por dónde empieza y en que consiste el reino mesiánico anunciado por los profetas: **curar** donde hay llagas, **consolar** donde hay corazones tristes, **atender** al que no tiene nadie que se ocupe de él, **optar** por la vida. Los que anuncian la muerte, la violencia, el olvido de Dios o del prójimo, no pueden presentarse como enviados de Dios.

El encuentro de Jesús con los enviados de Juan es importante para una profundización en la fe, siempre sometida al asalto de las dudas, decepciones, perplejidades y desconcierto ante la política de Dios en el gobierno del mundo, que a unos le parece suave, a otros, exigente y dura, y a todos algunas veces incomprensible. No hay que esperar la salvación de las reuniones de “*alto nivel*” de Maastrich, de Viena, de Madrid o de Niza, ni de la ONU, la OTAN o la CEE; tampoco del euro o el dólar, ni del consumismo o los nacionalismos. En todas partes puede haber elementos humanos para la edificación de un mundo mejor, para la construcción de la ciudad terrena dentro de la ciudad de Dios. Pero la salvación total viene de la aceptación de Dios en la vida y de la entrada en su reino por la práctica de las virtudes anunciadas por Jesús.

Curar, consolar, proteger, potenciar la vida, enseñar a todos la verdad son características definitorias de la llegada del Reino de Dios. Un mundo con más presencia divina se convierte automáticamente en un mundo también más humano. Se podrán discutir métodos e intentar abrir nuevas vías de acceso de Dios al mundo, Él seguirá desconcertando a todos. A unos les parecerá exigente y duro, otros protestarán de su blandura ante las injusticias del mundo y exigirán impacientes que el hacha amenazante descargue al fin su golpe. La indiferencia religiosa y la odiosidad contra la Iglesia pueden esgrimir argumentos diversos acusando alternativamente de flojera o dureza. Dios sigue previniendo: **«¡DICHOSO EL QUE NO SE ESCANDALICE DE MÍ!»**

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7,10-14): *¿No os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a Dios?*

2ª lectura (Romanos 1,1-7): *Por Él hemos recibido esta misión: que todos respondan a la fe.*

Evangelio (Mateo 1,18-24): *Porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.*

Un ángel del Señor se apareció en sueños a José: *«José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer.»* Después volverá otra vez para darle órdenes de coger al niño y a su madre y trasladarse a Egipto y más tarde para regresar. José es el hombre de las apariciones en “sueños” de Dios.

Pero no sólo porque recibe órdenes divinas en sueños, sino porque José es el hombre en el que Dios soñó como instrumento para llevar adelante su proyecto de salvación. Dios “sueña” con José al igual que “sueña” con María, pues ambos son, dos personas según el formato de Dios.

María, además, era la mujer soñada por José. Pero un extraño suceso con perfiles de escándalo vino a sacarle bruscamente de sus sueños y a hacerle abrir los ojos a la realidad de una maternidad visible y sorprendente. Difícil situación para un hombre joven que anda ocupado, ya casi, en terminar los preparativos para su boda. Desde ese momento, los sueños de José se convierten en tremenda pesadilla. **¿Qué hacer?**

Lo que el evangelio nos narra es la lucha leal de un hombre honrado consigo mismo. Una lucha entre la razón y los sentimientos. La vida humana está llena de contradicciones y los sentidos suelen hacernos malos servicios si no se atiende a otras razones *“porque sólo se ve bien con el corazón, pues lo más íntimo queda oculto a la vista de los ojos.”* Pero para ver con el corazón hay que estar muy atento a la voz de la verdad, a la voz de la fe que es la voz de Dios.

Refiriéndonos a las dudas y angustias de José, podría preguntarse primero por el silencio de Dios. *“¿Puede Dios torturar con angustias cuando no aparecen razones para ello?”* Si vino el ángel después, pudo también venir antes.

Por parte de María, *“¿tenía ella derecho a esperar o exigir una intervención de Dios cuando podía ella misma aclarar la situación con una sola palabra?”* Si fue enseguida a la montaña de Judea a comunicar la gran noticia a Isabel, *“¿no debió comunicárselo primero a José, directamente afectado?”*

Y en cuanto a José, si era de verdad varón justo, *“su deber era cumplir la ley y delatar a María”* (Deuteronomio 22). Abandonarla en secreto para permitirle seguir su vida es una solución de compromiso conforme a “su” razón y a “su” bondad, pero no según la ley.

La interpretación más común, tradicional y respetable, analiza la angustia de José y explica su decisión de abandonar a María hasta que el ángel, *“en sueños”*, le explica lo inexplicable: *«No pienses mal, no tienes motivos para turbarte. Dios está con María y quiere estar contigo. Acepta el fruto del Espíritu Santo y cuidalo como tu hijo.»*

Grandes teólogos, piadosos y de mucho renombre, han analizado el pasaje buscando una explicación más coherente. Dios es siempre misterio, siempre mayor y siempre distinto, *“pero no debemos poner misterio donde puede haber explicación humana plausible.”* – **«José conocía todo el misterio de boca de María, ella le había informado debidamente de todo.»** – La angustia y vacilación de José no proceden de sus dudas sobre María. Lo que sucede es que en su intimidad comprende que María ha entrado en la órbita de Dios para cumplir una misión sin antecedente ni semejante, y piensa en su humildad, que él no es digno de mezclarse en ese misterio.

Quiere respetar a toda costa el plan de Dios pues María ha entrado en la esfera de lo divino, se mueve en un nivel superior, pertenece exclusivamente a Dios, que la ha elegido para esa misión única y él, José, su prometido, debe respetar esos planes providenciales y buscar otro camino más humilde para realizar su vida.

Así, en lugar de traducir el texto por *«no tengas reparos en aceptar a María porque lo que hay en ella procede del Espíritu Santo»*, podríamos traducirlo por: *“No tengas miedo porque lo que hay en ella sea del Espíritu Santo. Toma a María por esposa. ¡¡ATREVETE!! Ten fe y acepta la responsabilidad de ser el padre legal del niño que va nacer como ella ha aceptado la responsabilidad de ser madre natural.”*

De esta forma, sin dejar de ser un misterio divino, parece más claro, más natural, más humano. A María, que no comprende el anuncio del ángel, se le explica: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti... Nada hay imposible para Dios”* y María acepta. A José, que no se atreve, se le anima: *“No tengas reparo... porque sea del Espíritu Santo”* y José acepta. Al **“SÍ”** de María corresponde el **“SÍ”** de José. Ambos dispuestos a colaborar en los proyectos de Dios, fiándose de Él aunque no los comprendan. **TODO ES CUESTIÓN DE FE.**

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *...Y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Él sostiene el universo con su Palabra poderosa.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra era Dios.*

Nos hemos instalado tan bien en este mundo y nos hemos “humanizado” tanto que, cada vez nos cuesta hacer un mayor esfuerzo para intentar comprender las cosas divinas. En esta sociedad secularizada se sigue celebrando la Navidad, considerando, tal vez como normal, el fenómeno folclórico del Niño nacido en el pesebre, pero soslayando de Él, el núcleo del Misterio.

En las celebraciones litúrgicas del tiempo de Navidad, en nuestras reuniones de grupo o a solas y en privado, leemos el evangelio y meditamos el Misterio del Verbo Encarnado, pero, cuanto más meditamos **¿no sacamos la impresión de entenderlo cada vez menos?** Nunca terminamos de entender el hecho de que Dios se haya hecho hombre.

En el planeta tierra se ha desarrollado la vida en múltiples formas y el que en ella hiciera su aparición el Hijo de Dios en forma de un niño, envuelto en pañales y recostado en un pesebre, para vivir casi igual que cualquiera de nosotros, es cosa que no logramos comprender. Lo mismo le sucedía al autor del salmo 8 en su meditación sobre el hombre: **«Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?»**

El que *no logra comprender* la Encarnación del Hijo de Dios tiene la razón de su parte, pero no es la “razón humana” la que ha decretado la Encarnación, sino el **¡AMOR DE DIOS!** La razón encuentra difícil creer lo que ha dictado el amor de Dios por el hombre: **«tan grande es su amor que entregó a su propio Hijo, para que el mundo no perezca y se salve por Él.»** Todo es cuestión de **AMOR.**

En la Encarnación, se hace criatura del mundo el autor de ese mundo, para compartir con los hombres sus mismos avatares, lágrimas y sufrimientos, ilusiones y esperanzas, en una existencia de logros y fracasos, con mejoras y deterioros de la vida. No es pensable en Dios otra mayor aceptación de los hombres que la de hacerse Él mismo uno de ellos. Nadie tiene derecho a despreciar el mundo o al hombre porque estaría despreciando al mismo tiempo a Dios. Nadie puede tampoco pensar en un Dios distinto al de Belén sin falsificar el concepto de Dios. Desde que los hombres piensan en Dios nunca le han podido comprender y se han forjado falsas representaciones, casi siempre con imágenes de sí mismos, proyecciones de las humanas fantasías, necesidades y deseos, siguiendo los influjos culturales de cada época.

Hace ya más de dos mil años, Dios mismo vino a Belén a decirnos: **Yo soy así.** Romped las falsas imágenes, olvidad las humanas representaciones que antes os habíais formado de mí mismo, como “burócrata” que todo lo escribe en un libro para no olvidar o como “empresario” que todo lo valora en función de la productividad; como “gendarme” que no tolera transgresiones o como “ser inasequible y frío” a quien no le importan el bien y el mal ni las cosas de nuestro planeta tierra. Todas esas imágenes de Dios deben desaparecer porque Él mismo ha venido a vivir con nosotros, **a dejarse ver, oír y palpar,** y a decirnos: **Yo soy así y no es lícito representarme de otra manera.**

Lo dijo en Belén, hace 2007 años, desde entonces, se ha venido anunciando para que sea oído por todos, en todas partes y en todo lugar, y, en este tercer milenio, se sigue proclamando por toda la tierra para que a todo el mundo alcance la Buena Noticia. Más debemos seguir anunciándolo en clave de alegría, tal y como lo hicieron los ángeles en la primera Navidad:

«No temáis, os anuncio un gran gozo. Os ha nacido el Salvador en la ciudad de David.»

Dios ha nacido para todos y viene a salvar a todos: a justos y a pecadores, a pobres y a ricos, a cultos e ignorantes, a legalistas y liberales, a sentimentales y fríos; y, para no suscitar recelos, aparece en forma de niño en un portal. Duele pensar que de no haberlo hecho los ángeles nadie se hubiera enterado del nacimiento del Mesías, esperado por los hombres y anunciado desde siglos por los profetas.

A pesar de 2000 años de teología y de historia cuesta comprender “por qué Dios se ha hecho hombre y por qué de esta manera.” Mas tarde será Jesús, quién dándose a conocer a sí mismo, nos lo explique y eso le costará la vida. Su persona y su mensaje convencen más profundamente que cualquier otro mensaje o persona. Llegan a convencer más que las razones que uno pudiera darse a sí mismo.

Los pastores recibieron un signo de identificación: **«Encontrareis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre»** (Lucas 2,12). Los que le miran y admiran como los pastores, anuncian lo visto y se convierten en mensaje ellos mismos. Para nosotros, cristianos del siglo XXI que lo celebramos en el sacramento de la Eucaristía, signo de reconciliación, estas son sus señales: **«Encontrareis a Jesús, el Cristo, hecho Pan para vuestro alimento, signo de amor y fraternidad.»**

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3,2-6.12-15): *El que teme al Señor honra a sus padres.*

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): *La vida en familia vivida en el Señor.*

Evangelio (Mateo 2,13-15.19-23): *Volvieron de Egipto y se establecieron en Nazaret.*

La Navidad es también fiesta de reencuentro entre los distintos miembros de las familias. Hay en la actualidad muchas familias rotas por diversas razones, otras están en peligro y la institución familiar se ve amenazada desde diversos frentes. Es una buena ocasión para reflexionar desde la fe sobre la realidad de la familia, básica en la vida de cada persona y con proyección sobre la sociedad.

Celebramos hoy, una fiesta especial dedicada a la Sagrada Familia, en la que creció Jesús hasta que la dejó para inaugurar su vida pública. Cuando decimos “*sagrada*” no queremos significar ausencia de contrariedades, inconvenientes y problemas. Como en cualquier familia, José tuvo que estar siempre alerta para proteger al Niño en sus primeros años y María cumplía su función de madre y reflexionaba sobre todo.

Jesús se desarrolló dentro de una familia. «*Crecía en edad, sabiduría y gracia.*» Los padres que puedan decir lo mismo de sus hijos, deben ver en ello una bendición de Dios como recompensa a su dedicación y esfuerzo. Los que no puedan decir lo mismo, no se consideren automáticamente culpables -¿*qué hemos hecho mal?*- porque hay factores sociales demoledores del trabajo y la dedicación abnegada de los padres.

La pedagogía tradicional consideraba educadores a la familia, la escuela y el ambiente, por este orden. En la actualidad el orden de influjos se ha invertido, y no siempre para bien. Con una visión pesimista y alarmante se habla actualmente de la post-familia. Es verdad que existen de hecho muchas formas de vida sin familia. La familia está amenazada, sometida a mutaciones como la sociedad misma y podríamos hacernos varias preguntas: ¿*es la transformación de la sociedad la que hace cambiar la fisonomía de la familia o a la inversa? ¿Se opera la mutación desde dentro de la familia hacia fuera o desde fuera hacia dentro?* Si el movimiento de transformación va en las dos direcciones, ¿*qué porcentaje de causalidad corresponde a la familia y qué parte a la sociedad?* Si la familia no tiene futuro, ¿*qué sería de la sociedad futura sin familias?*

La celebración de la fiesta de la Sagrada Familia, dentro del ambiente familiar de Navidad, llama nuestra atención sobre la ejemplaridad de la familia de Nazaret y es una apología de la institución familiar en general: «*Significa en la mentalidad católica que la familia sigue siendo considerada como una unidad social y “célula de la sociedad”, una mini-sociedad con relaciones verticales y horizontales, con distribución de roles y función insustituible en el aprendizaje de los comportamientos éticos y asimilación de los valores morales, con la función de introductora de las nuevas generaciones en la sociedad de adultos. Donde se aprende en familia el lenguaje y la convivencia, se aprende también el fundamento de la vida del futuro y de sus relaciones sociales.*»

Familia y sociedad cambian a ritmo de vértigo y este hecho no puede dejar a nadie indiferente puesto que todos estamos implicados en ello como individuos y como componentes de la sociedad y es una situación que preocupa a padres, educadores, políticos e Iglesia. Es lícito enumerar algunos hechos que influyen directamente en este deterioro: la institucionalización y extensión progresiva del divorcio; la oleada de erotismo sin control, difundido con morbo por los medios de comunicación, con el consiguiente aumento de embarazos no deseados y de abortos incontrolados; el conflicto generacional acusado a todos los niveles y en todos los estratos de la vida familiar, religiosa y social; la creciente “*ola de laicismo*” que quiere, a toda costa, apartar a Dios de nuestras vidas...

Si la familia es cohesión de varios en el amor, toda fuerza disgregadora y todo golpe innoble contra el amor se convierten automáticamente en amenaza grave contra la familia. «*Los padres que han dado la vida a sus hijos tienen la responsabilidad y función de educarlos y debe reconocérseles el papel de primeros y principales educadores. Su acción educadora es tan importante que cualquier fallo cometido tiene difícil arreglo.*» (Vaticano II) Las asociaciones de padres y organizaciones en defensa de la familia debieran ser más fuertes y tenidas en cuenta, así como escuchadas y atendidas por parte de los garantes del bien común.

La familia, en tiempo de Jesús, no se veía especialmente amenazada por los agentes demoledores modernos, era más bien un valor sólido universal y universalmente admitido. «*La familia debe ser una escuela de piedad, de espiritualidad, de fidelidad religiosa. La Iglesia confía en el insustituible papel pedagógico y religioso que desempeñan los padres.*» (Pablo VI) Jesús experimentó la dicha familiar y alternativamente sus problemas. Sin embargo, no habló nunca directamente de la familia. Levantó la voz en defensa de los valores fundamentales de la persona y de los derechos de Dios. Nos habló de «*edificaciones sobre arena*» que hace un hombre insensato y de la «*edificación sobre roca*» que hace el hombre inteligente. Y bendijo con su presencia y milagro una boda en Caná.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *Invocarán mi nombre y los bendeciré.*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Dios envió a su Hijo nacido de una mujer.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *Encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre.*

Contra toda visión negra del futuro, levanta la fe cristiana un grito de protesta, porque, con Jesús, se ha inaugurado el tiempo nuevo en el que todo es amor y gracia. El que ha tenido una experiencia de Dios comienza a ver a Dios caminando a su lado y mira con derecho esperanzado hacia el futuro, siempre misterioso. La figura de **Santa María, Madre de Dios** se pone en el umbral del nuevo año como una señal luminosa que alimenta nuestra esperanza. El espíritu de Navidad se adapta perfectamente a la solemnidad que hoy celebramos.

“**Jesús nace de una mujer**” La Madre sonriente que lleva en sus brazos «*el fruto de su vientre*», presenta y ofrece al Hijo, oye y medita en su corazón cuanto ha visto y oído. No se menciona a María por su nombre sino por la función maternal, base y origen de todas sus grandezas y privilegios. Esa es la realidad que nos propone la Iglesia con la liturgia de hoy. La Madre sonrío al Hijo y a los hijos. Los pastores ven, admiran y regresan gozosos a su vida ordinaria que, sin duda, comienzan a ver de otra manera.

La expresión «*plenitud de los tiempos*» era una expresión muy familiar para los judíos. La “*Encarnación*” marca la culminación del tiempo de las promesas y el comienzo de la era cristiana, contraponiendo el realismo del misterio de la Encarnación a las prácticas astrales de los adivinos que, en su extravío, buscaban, sin embargo, a Dios.

Con la Encarnación todo acaba y todo empieza. Ha llegado la “*plenitud de los tiempos*”, la humanidad ha alcanzado el grado de madurez que le permite recibir el gran misterio, al gran renovador, a **Cristo**, piedra angular y eje del mundo. Nace Jesús sometido a la ley de Moisés para liberarnos de ella e introducirnos en la nueva ley de la adopción como hijos de Dios.

Una adopción humana es un acto libre con efectos jurídicos. La adopción divina es comunicación de gracia y de vida sobrenatural: «*Dios Padre envía al Hijo al mundo y el Espíritu a nuestros corazones*». Por el Hijo y el Espíritu podemos dirigir nuestra oración al Padre en cuanto padre.

Decir que Dios es Padre significa afirmar que Dios está de parte de la vida, que comunica vida, que es amante de la vida y quiere la felicidad para todos sus hijos. Jesús se ha hecho nuestro hermano para hacernos saber que el Padre busca lo que estaba perdido. Nos busca, porque tenemos necesidad de perdón, de liberación, de renovación. Nos busca, no para pedirnos cuentas, sino para enriquecernos. Jesús se hace hombre para informarnos que hay una mano extendida hacia nosotros para sacarnos fuera de nuestras esclavitudes, de nuestros miedos, de nuestras miserias, y llevarnos hacia la luz, la paz, el amor y para indicarnos que hay una presencia que nos hace salir de una vida desvaída e insulsa, para hacernos experimentar la plenitud.

Hoy comienza un nuevo año. Hemos cambiado el calendario y la agenda, pero la vida sigue igual. Hoy, como todos los años, intercambiamos felicitaciones, deseándonos unos a otros, paz y prosperidad, como siempre, *¡es lo natural!* La paz es un ardiente deseo universal, es el objetivo que marca y encabeza las esperanzas de este primer día del año nuevo. El que más y el que menos ha puesto en él muchas esperanzas no sin cierta inseguridad. *¿Qué nos traerá este año?*

Hoy, no cuesta mucho decir “*feliz año*” a las personas que encontramos. Pero sería interesante comprobar cómo nos las arreglaríamos y que diríamos si uno de esos individuos, un día cualquiera, nos viniese diciendo que nuestras felicitaciones no le han funcionado, que el año se ha puesto mal para él y que tendría necesidad de que nosotros le ofreciéramos algo más concreto para enderezar su situación y que el año se haga pasablemente «*bueno*».

Un futuro de paz no puede ser más que una “*comunidad de hermanos*”. Por eso, en el nuevo año debemos comprometernos sobre todo a “*renovar*” nuestro corazón, de forma que reconociéndonos “*hijos*” nos mostremos, unos de otros, verdaderamente como “*hermanos*” y esto implica que nuestras obras manifiesten esta condición. Sólo así podremos experimentar la “*plenitud*”.

Prefiramos que sea Dios quien nos desee «*feliz año*». Él es, antes que nadie, quien hoy nos manda las felicidades regalándonos el nuevo año y su felicitación se llama bendición. Su bendición es algo más que una felicitación. Sus Palabras no son simples palabras, contienen una gran fuerza, son portadoras de mayor energía y producen lo que expresan. La bendición es eficaz, poderosa y creadora. Dios, que es la fuente de la vida, al bendecirnos nos comunica vida sobrenatural: «*El Señor... ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz...*»

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Venimos de oriente a adorar al rey que ha nacido.*

El misterio de Cristo encarnado es unidad en la variedad multiforme de la creación y deja al descubierto muchos misterios. Ya no hay distinción de razas porque todos estamos integrados en Cristo para formar en Él la gran unidad de la fraternidad humana destinada a participar de sus riquezas.

La venida de unos "magos de oriente", que llegan a Belén, a adorar al rey de los judíos que ha nacido, guiados por su estrella, es símbolo de la dimensión universal de la salvación, más allá de las fronteras del pueblo de Israel. Los "magos" son hombres "paganos" de buena voluntad que observan detenidamente los signos de los tiempos, entran en la interpretación del mensaje y se ponen en marcha, al encuentro de la verdad. Al reconocimiento y adoración de los magos se opone el rechazo del pueblo judío.

Sobre este relato teológico se ha montado toda una complicada escenografía de leyenda y folclore sobre el número de estos hombres y sobre sus dones; sobre su origen y sobre sus reliquias. La tradición Armenia fija su número en doce, mientras que la latina los limita a tres, representando simbólicamente los tres continentes entonces conocidos y con ello la universalidad de la salvación. La estrella es símbolo de la luz de la fe. El encuentro con el recién nacido es el final feliz de la aventura. Dios se deja encontrar por todos los que le buscan con sincero corazón.

La Iglesia Ortodoxa celebra hoy el nacimiento del Señor, nosotros, celebramos «**La manifestación del recién nacido a todos los pueblos**» y el pueblo celebra una fiesta única en su género: "**Los Tres Reyes Magos**", un complejo fenómeno de realidad y leyenda. Todo lo que en el relato evangélico es impreciso, se ha ido revistiendo de formas concretas en la escenificación de cabalgatas folclóricas y leyendas populares, como una obra maestra de arte en la que cada época ha ido poniendo algo nuevo.

¿Por qué "santos" unos hombres desconocidos a los que nunca canonizó la Iglesia? El instinto popular canoniza una marcha de fe en busca de Dios. El evangelista habla solamente de magos. ¿Por qué tres reyes y por qué uno negro? El título de "reyes" se lo otorgó Tertuliano en el siglo IV por la calidad regia de sus dones. La fijación del número de tres fue cosa de Orígenes, también en el siglo IV y por el número de dones ofrecidos: oro, incienso y mirra. Beda reforzó esta opinión en el siglo VIII con la simbología de la salvación para todo el mundo, limitado entonces a tres continentes: blanco, amarillo y negro. Se ha pretendido haber "descubierto" las reliquias de estos hombres que desaparecieron de incógnito, y fueron trasladadas a Bizancio por santa Elena, posteriormente a Milán y de allí a Colonia en 1164, cuya catedral se levantó para darles cobijo. Allí se "veneran" en una urna con esta inscripción latina: «Aquí reposan las reliquias de los tres santos Magos, nada de ellas ha sido sustraído para llevarlo a otra parte.»

La historia de los "magos" es reflejo de nuestra propia historia. Se les dio una señal inicial «**hemos visto salir su estrella**»; poco más que un relámpago. La misma señal sella la conclusión de la búsqueda «**la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño.**» Entre el relámpago de la partida y el acompañamiento en el último trecho, se extiende un largo camino, un camino duro, interminable, salpicado de dudas, cansancios, pérdidas, desilusiones, esperanzas. La estrella, después de haber hecho saltar una chispa dentro, después de haber encendido un deseo, sólo vuelve a aparecer al final.

La mayor parte del "itinerario" lo realizaron (tenemos que realizarlo), por decirlo de alguna manera, a oscuras. Tuvieron que buscar, preguntar, indagar, informarse. La búsqueda no es nunca una "marcha triunfal", implica numerosas partidas y no hay por qué esperar una serie de manifestaciones espectaculares. Lo que cuenta es la perseverancia, la capacidad de no desistir, de no ceder al desaliento y de no desviarse hacia cómodos refugios ni considerarse satisfechos por conquistas provisionales. Lo que cuenta es la obstinación para caminar también cuando todo parece inútil, absurdo, imposible. Antes de llegar a ver, a reconocer, a adorar, es necesario soportar el cansancio, la soledad, la incompreensión, la ausencia, el silencio, la duda, el hielo, la oscuridad.

La celebración litúrgica nos invita a reflexionar sobre los misteriosos caminos de la fe. Unos hombres de buena voluntad van en busca del recién nacido a la luz temblorosa de una estrella, le encuentran, se postran, le ofrecen sus regalos y regresan a su país enriquecidos por la experiencia de Dios. Estos peregrinos de la fe encabezan la gran caravana de todos los que en todos los tiempos se ponen en marcha en busca de Dios, preguntando aun sin saberlo dónde está el recién nacido porque lo necesitan. De su nacimiento depende todo y aunque nazca en Belén o nazca cada año en todo el mundo, si no nace en mi corazón no me sirve de nada.

La manifestación de la Epifanía es el punto de partida que culmina con el gozo de la Pascua y en la plenitud de Pentecostés.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, a quien sostengo.*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Jesús, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo.*

Evangelio (Mateo 3,13-17): *El Espíritu descendió sobre Jesús.*

En el bautismo del Señor, celebramos la tercera gran manifestación de Jesús al mundo. Primero lo anunciaron los ángeles y después la estrella, ahora le anuncian la voz del Padre y el Espíritu Santo en forma visible, acreditando, oficialmente ante el mundo, su persona y programa. En el Jordán se sitúa Jesús codo a codo junto a los hombres pecadores y confundido con ellos. El Padre le distingue como Hijo predilecto y promulga su programa como norma universal de vida.

El bautismo de Juan era un rito con el significado de abandono del pasado para incorporarse a la vocación del nuevo Israel, el comienzo de una nueva vida como respuesta a la llamada divina. Por eso el bautismo de Juan debe ceder al bautismo de Jesús. El que convoca al bautismo por el agua y el Espíritu se somete él mismo al bautismo del agua en gesto solidario con los hombres pecadores aunque él está sin pecado. El rasgarse de los cielos, sitúa a Jesús en la línea de los grandes profetas (Ezequiel 1,1). Jesús posee poderes plenipotenciarios y la plenitud del Espíritu. El simbolismo de la paloma puede ser una alusión al Génesis (1,2) y dar a entender que con Jesús se inaugura la nueva creación, El cielo se abre, el Padre atestigua, el camino de Dios está abierto.

El privilegio de la vocación-servicio comporta también una carga, pero el servidor recibe la fuerza necesaria para cumplir su misión y llevar el mensaje a todas las naciones. El mensaje es la ley como expresión de la verdad y de la voluntad divina. Los rasgos descritos del servidor (primera lectura) corresponden a Jesús: tiene autoridad-cualidad, por eso no necesita imponer su autoridad-poder. No es profesor de gritos retóricos, ni profeta de amenazas, ni demagogo de masas. No crea desequilibrios psicológicos. No viene a extinguir, sino a potenciar las posibilidades humanas; no viene a matar, sino a dar vida.

Desde nuestro bautismo pertenecemos al pueblo y familia de Dios. Formamos parte de los hijos a los que Dios distingue, conoce y llama por su nombre mientras avanzamos por el camino de Jesús. Su voz de maestro debe ser escuchada por encima de todas las voces de los maestros humanos. Dios no hace acepción de personas, el Espíritu que llenó al servidor (primera lectura) y descendió sobre Jesús (evangelio) desciende también sobre los que escuchan a Pedro (segunda lectura). Hay continuidad entre el maestro y sus discípulos porque uno mismo es el Espíritu (1 Corintios 12,4). Todo hombre está llamado a la fe pero sólo con el bautismo queda incorporado a Cristo.

Por el bautismo de Jesús, en agua y en Espíritu, podrán los hombres renacer a una nueva vida, a la “*nueva creación*” en la que es posible vivir sin pecado. En el rito del bautismo se impone al bautizado una vestidura blanca, expresión de la nueva vida de la gracia que acaba de recibir. Se le hace entrega de una vela encendida del cirio Pascual, símbolo de la luz de Cristo que iluminará toda su vida y que debe comunicar a los demás. Recibe también la fuerza del Espíritu para cumplir fielmente su misión en el mundo. Y el Padre pronuncia también sobre él estas palabras: **«tú eres mi hijo querido en quien encuentro mis complacencias.»** El viejo modelo del hombre de pecado queda roto por defectuoso y sale del bautismo el modelo nuevo del hombre perfecto según Dios.

A partir de este hecho comienza el cristiano a cumplir su ministerio. Este acto, tan sencillo a fuerza de repetido, tiene, sin embargo, íntimas consecuencias para el equilibrio de la vida espiritual. **«YO ESTOY BAUTIZADO.»** Esa es mi dignidad que nadie, fuera de mí mismo, me puede ni empañar ni quitar. **«La hora de Jesús en el Jordán fue también mi hora.»** Dios se inclinó también sobre mí en el bautismo y me llenó de su Espíritu.

Hay zonas en el corazón a las que nadie puede llegar. Son zonas acotadas a Dios y a mí. Las grandes decisiones, donde cada uno está frente a su destino personal, hay que hacerlas a solas. Uno puede estar rodeado de personas que le quieren, le animan y acompañan, pero a la luz de la fe, igual que al quirófano, a la muerte o al encuentro con Dios va uno solo. En esos trances definitivos, a donde ningún otro ser humano puede acompañar, está presente Dios. En esos momentos ayuda y se hace necesario esforzarse por recordar la palabra pronunciada por Dios en el lejano bautismo y de la que no se ha vuelto atrás:

«TÚ ERES MI HIJO, YO TE AMO»

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49,3.5-6): *Es poco que seas mi siervo... Te hago luz de las naciones.*

2ª lectura (1 Corintios 1,1-3): *A los que Él llamo y a cuantos invocan el nombre del Señor.*

Evangelio (Juan 1,29-34): *Yo no lo conocía... ¡Este es el cordero de Dios!*

En la época del desarrollo tecnológico van desapareciendo de nuestro lenguaje conceptos considerados arcaicos y precientíficos. Sucede así con la palabra “pecado”, ya apenas se habla de “pecado” utilizando esa palabra, porque algunos sociólogos y psicólogos “modernos y progresistas” lo consideran traumatizante y provocador de complejos de culpabilidad. El comunismo suprimió del diccionario la palabra “dios” y el consumismo quiere hacer desaparecer la palabra “pecado” prefiriendo otros sinónimos más suaves.

Así, por ejemplo, al olvido de Dios, el creciente laicismo lo llama “libertad religiosa”; el robo recibe la denominación genérica de “corrupción”; al asesinato del no-nacido se le llama “interrupción del embarazo”; el adulterio o concubinato se denomina ahora “liberación sexual”, etc. Y aunque hay algunos que condenan esas conductas hasta con indignación, lo hacen sólo como pecado social, sin referencia a una ley superior de Dios. Hay que desconfiar de la ética fundada en la honradez puramente humana.

Es inquietante desde el punto de vista religioso la mentalización amoral en la que crecen y han crecido las últimas generaciones. Hay realidades ante las que se reaccionaba con escándalo antes y hoy se aceptan o toleran con cierto malestar por unos y con plena satisfacción por otros. Los más pequeños, crecidos en esa atmósfera desde que abrieron los ojos, lo consideran como la cosa más natural y preguntan qué mal puede haber en ello. En su tiempo, ya lo definió Pío XII como la «**pérdida de la conciencia de pecado**» y lo diagnosticó como el pecado más grave.

No hay conciencia de pecado porque no hay orden de valores. El único valor aceptado es el YO, puesto en la cumbre y al que se subordina todo. “*Todo cuanto yo apruebo, creo y hago, eso es la verdad y es lo bueno.*” Lo que me dicen, mandan y enseñan, si no lo hace la mayoría, no se acepta, ni es verdad, ni bueno, ni nada, ¡aunque lo diga Dios! Es un pecado de obcecación individual y fanatismo colectivo, por el que se perpetran los más graves crímenes y atrocidades por obstinación y ceguera, víctimas de una pasión, que a manera de dependencia, les impide obrar libre y racionalmente.

Nosotros, los cristianos, pertenecemos al pueblo elegido que Él llamó, compuesto por seres fuertes y débiles; entusiastas y pesimistas; artistas y trabajadores oscuros; vencedores condecorados con medallas y pobres hombres portadores de cardenales; fieles y tentados; seguros y dudosos; miserables que se tienen por tales y “perfectos” que todavía no han caído en la cuenta de que son pecadores. Todos estamos interpelados por la misma palabra, todos somos llamados incesantemente a ser «**consagrados por Jesucristo**».

«**Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.**» La Palabra de Dios dice siempre más de lo que dice y aceptar la “Palabra de Dios” significa permitir que se rompa la “costra” de mis costumbres y de lo ya trillado por sabido, asomarme más allá del horizonte doméstico de mi “ego” e intentar determinar su alcance profético. «**Antes que te formaras dentro del vientre de tu madre, Yo te escogí.**» La profecía contiene siempre mucho más de lo que expresa y más de lo que tiene en mente quien la formula.

«**Es poco que seas...**» Sólo podemos decir que acogemos la palabra de Dios si nos sentimos terriblemente a disgusto en lo “poco” que sabemos, en lo “poco” que tenemos, en lo “poco” que hacemos, en lo “poco” que vemos, en lo “poco” que somos. O sea, si advertimos, dolorosa y alegremente, el reclamo de lo “desconocido” que está fuera de nosotros, pero también dentro de nosotros. Somos elegidos para efectuar una misión y no podemos contentarnos con vivir, tenemos que “vivir para...”

No podemos escudarnos detrás de la cómoda mampara de frases como “*las situaciones son distintas*”, “*los tiempos han cambiado*”, “*esas cosas, hoy día no interesan a nadie*”, “*soy muy poco entendido y no sabría como expresarlo*” o “*eso, los curas que para ello han estudiado.*” No puedo encerrarme en mis experiencias pasadas, sino que debo abrirme hacia lo que todavía no he experimentado ni conozco, tengo que ir hacia lo que yo “nunca” terminaré de explorar.

Juan dice a propósito de Cristo, cordero y siervo: «**Yo no lo conocía...**», sin embargo se compromete a hacerlo conocer e incluso después de ver «**al Espíritu que bajaba del cielo... y se posó sobre él.**» lo hace conocer, precisamente, como “desconocido”. Cristo permanece “desconocido”, más, si cabe, precisamente por estar investido del Espíritu y por lo tanto inasible, no programable, no compaginable con nuestras propias previsiones. La tarea de cualquier testigo debería ser la de presentar no un Cristo totalmente conocido, definido y colocado, sino un Cristo en gran parte “desconocido, y aún por descubrir.”

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 8,23b-9,1-3): *En Galilea de los gentiles brilló una gran luz.*

2ª lectura (1 Corintios 1,10-13.17): *Poneos de acuerdo y no andéis divididos.*

Evangelio (Mateo 4,12-23): *Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres.*

Es en Galilea donde da comienzo Jesús su ministerio público, donde las mujeres anuncian a Jesús resucitado y desde donde el Resucitado envía a sus discípulos por todo el mundo a anunciar la buena nueva de la llegada del “reino de Dios”. Al llegar Jesús a esta tierra se cumple la profecía de Isaías (primera lectura). Lo que el profeta vio como promesa lo anuncia el evangelista como realidad.

Esa «Galilea de los gentiles», ocupada y administrada largo tiempo por los gentiles y recuperada lentamente por los judíos, suburbio de Israel y como marginada del pueblo de Dios, recibe el mensaje de la llegada del reino y de la conversión necesaria para entrar en él. Pero Jesús no va a actuar sólo. Desde el comienzo se asocia “colaboradores” a los que señala la dirección en que deben moverse y orientar sus actividades y trabajo. Serán «pescadores de hombres», es decir, su ocupación consistirá en adelante en ganar hombres para el reino de Dios, y, en esta empresa no se admiten ni fronteras ni rivalidades de partido.

Llama Jesús a unos hombres de los que el evangelista no dice simplemente que *se le unieron*, sino que *le siguieron*. No son por lo tanto socios de un club o empresa común, sino seguidores dispuestos a arriesgarlo todo por él. En todo seguimiento hay siempre alguien que va a la cabeza mientras que los seguidores van detrás siguiendo sus pasos y confiando en él. Los cristianos que viven sumergidos en los asuntos temporales, pueden pensar que este evangelio es una llamada a sacerdotes, religiosos y personas consagradas: «*hay que dejarlo todo y marchar tras él*» o a gente de iglesia, sin referencia especial a los que, en medio de los afanes del mundo, ocupamos nuestro tiempo en tareas inaplazables del trabajo y la familia. Nada más contrario a la realidad. La llamada es a todos los hombres de buena voluntad.

En este episodio de la llamada hay quizá algo de idealización. *¿Es posible dejar todo y seguir, tras una simple llamada, a un hombre al que ven por primera vez?* Tal vez se trata de un sorprendente realismo, de un entusiasmo sin titubeos ni dudas ante el anuncio del esperado reino de Dios, o quizás habían sido precedidos de encuentros particulares, el hecho es que unos pescadores de oficio, abandonan su vida para convertirse en «pescadores de hombres» según la motivación de la llamada. No deberán usar trampas ni engaños para atraer a incautos, sino utilizar todos los recursos del ingenio y de la técnica para convencer a los hombres alejados y acercarlos a Dios.

La profesión de pescador es dura y no raras veces ingrata, lanzarse a mar abierto e utilizar todos los recursos humanos para atraer los hombres a Dios, es tarea no fácil que exige “talentos” no aprovechados en todos por igual. Ser pescador es hacerse a la mar, aguantar mareas y temporales, soles de canícula o fríos de invierno y muchas veces tantos esfuerzos resultan vanos “*esforzados pescadores regresan a puerto con las redes vacías.*” A pesar de los sinceros esfuerzos existen deficiencias y fracasos en las “*nuevas tareas*”.

El anuncio del Evangelio comienza con una apremiante llamada a la “conversión” y la “conversión” es un proceso que pone a Dios en el centro y organiza todo lo demás en torno a él. El proceso de orientación de la vida hacia Dios, no es un logro que se consigue de una vez para siempre. La “conversión” es obra de cada día, cada día hay que mantener a Dios en el centro de la vida en lucha contra las fuerzas centrífugas que tienden a desplazarle para levantar allí un trono de adoración al propio “yo” con sus egoísmos.

La vida y mensaje de Jesús establecen claramente un orden de prioridades y urgencias. Jesús «*Buen Pastor*» es el modelo de toda misión. «*Para salvar una oveja perdida deja 99 en el aprisco y se va en busca de la extraviada*». Porque unos viven “*para las ovejas*” y otros viven a “*costa de ellas*”. La diferencia entre “*vivir de*” y “*vivir para*”, marca la fundamental diferencia en toda acción pastoral. Para esta misión tú también estás alistado, como Pedro y Andrés, Santiago y Juan. Para ti también es la llamada: «*Seguidme y os haré pescadores de hombres.*» Tu futuro no podrá ser una prolongación de tu pasado, harás el oficio de antes pero de otra manera. El Maestro te ofrece la posibilidad inaudita de no depender del pasado, sino del futuro. Y no preguntes ¿dónde está el reino de Dios?, porque... **ESTÁ DENTRO DE TÍ.**

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2,3; 3,12-13): *Buscad al Señor los humildes.*

2ª lectura (1 Corintios 1,26-31): *Dios ha escogido lo débil del mundo.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Dichosos los pobres de espíritu.*

En la Biblia, la palabra “*montaña*” suele significar algo más que una circunstancia de lugar y mucho más que una elevación del terreno. Más que un lugar geográfico se trata de un lugar teológico, es decir, «*un lugar donde Dios hace sentir su cercanía y habla al hombre al corazón.*» Jesús se retiraba al monte para orar en soledad, Dios se manifestó en el Sinaí y en el Tabor. Jesús subió al monte y desde allí enseñaba quién es Dios y que criterios tiene Dios para valorar al hombre y su grandeza moral.

¿Dichosos los pobres, los que lloran, los que son perseguidos? La pobreza es siempre humillante y las lágrimas amargas. *¿Cómo se puede hablar de felicidad a los que mendigan en las puertas de nuestras iglesias y en las zonas peatonales de las ciudades? o ¿cómo se les puede llamar dichosos a los refugiados hambrientos o a los “ilegales” sin trabajo?* Los pobres y los que lloran parecen ser cualquier cosa menos felices.

Pero Jesús no engaña. No es un intento falaz de consolar con un feliz “*más allá*” para desentenderse de los compromisos de aquí. – *La muerte no restablece la justicia en la víctima inocente, ni da a nadie una nueva oportunidad de vivir lo no vivido.* Jesús habla del “**reino de Dios**”, pero no dice que las cosas de este mundo deban seguir como están en espera de un cambio sólo después de la muerte.

Jesús no canoniza la pobreza material ni las lágrimas como si se tratara de un talismán mágico de dicha. Jesús habla de una actitud interior por la que el hombre acepta lo que es ante Dios y se siente amado por Él en lo que es. Los que llevan en el alma esta convicción no se dejan fácilmente deprimir en sus limitaciones, ni se enorgullecen en sus éxitos e irradian una sensación de dicha.

La esperanza ofrecida por Jesús se orienta hacia un Padre. Nos dice: **“Tened bien claro que ser pobre o estar perseguido no significa abandono de Dios. Al contrario, Dios está con vosotros y vuestro es su Reino. Cada uno tiene que llevar su cruz en la vida, pero la cruz no es abandono de Dios.”**

Las “*bienaventuranzas*” son paradojas, algo que va contra el pensar común y contra las experiencias más universales. Las “*bienaventuranzas*” son inaceptables separadas de la figura de Jesús que las pronunció, ya que el sermón del monte es un reflejo de la vida de Jesús y una formulación de sus íntimas convicciones. En ellas se hace transparente su especial relación con el Padre celestial y su conciencia de ser Hijo querido.

Las “*bienaventuranzas*” no se formulan a manera de preceptos, no son un sistema de imposiciones a la libertad, sino invitaciones desde la perspectiva del amor. Jesús enseña cómo puede el amor a Dios penetrar en una vida humana y hacer en ella posible lo imposible. Puede hacer que el hombre no acepte definirse por la capacidad de poseer, figurar y dominar, porque se ha encontrado con Dios y en ese encuentro todo cambia, todos se hace “*bienaventuranza*”.

Dios tiene otros criterios y espera mucho del hombre. Sabe que el ser humano, capaz de bajas vilezas, es también capaz de elevados heroísmos. Y si el ideal propuesto en el sermón del monte parece superar las humanas posibilidades, conviene recordar el consejo dado a los primeros cristianos en un antiguo documento: **«Si lo que aquí se pide te parece demasiado, cumple lo que puedas y pide a Dios gracia para lo que te parece que no puedes.»**

El espíritu de algunas bienaventuranzas, según Marlies Lehnertz, se traduce así en el mundo de hoy:

- ***Bienaventurados los que curáis heridas, compartís sufrimientos y distribuís esperanzas.***
- ***Bienaventurados los que llenáis platos vacíos y quitáis hambre y sed.***
- ***Bienaventurados los que allanáis obstáculos y miráis las cosas con ojos de sencillez.***
- ***Bienaventurados los que perdonáis agravios, vais a donde se os necesita y ofrecéis alegría y confianza.***

Desde la experiencia humana es lícito añadir otra bienaventuranza en la que están resumidas todas: **«Dichosos los que reconocen la absoluta necesidad de Dios porque de ellos es el reino de los cielos.»**

CUARESMA

Desde los primeros siglos de la Iglesia se introdujo la costumbre de salirse un par de días de la rutina ordinaria para mejor prepararse a la celebración solemne de la gran fiesta cristiana “**la Pascua.**” Interiormente se reforzaba la fe, se practicaba la caridad y se ablandaba el corazón para mejor recibir las inspiraciones de Dios. Exteriormente se caracterizaba por la penitencia y ayuno. Posteriormente se extendieron esos días iniciales a toda la Semana Santa (siglo IV) y en algunas partes se prolongó hasta cuarenta días siguiendo el ejemplo de Jesús en el desierto.

Para que los cuarenta días terminaran con la Pascua, debían comenzar seis domingos antes, habida cuenta de que no contaban los días extras del **Triduo Pascual.** Pero los domingos no eran días de ayuno, por ser el día del Señor, lo cual obligó a completar el número de cuarenta días de ayuno efectivo añadiendo otros cuatro por delante. Es el uso actual contado a partir del Miércoles de Ceniza. El ayuno cuaresmal se inspira en la tradición judía y debe considerarse como un refuerzo de la oración. “*La práctica de exigir a los candidatos al bautismo en la Vigilia Pascual una penitencia pública para ciertos pecados considerados especialmente graves, fue asimilada libremente por las comunidades cristianas en sentido de solidaridad con ellos y con Jesús durante su cuarentena en el desierto.*” (Adolf Adam, *El año eclesiástico*).

La disciplina actual ha reducido considerablemente el ayuno:

- **«Todos los viernes, a no ser que coincidan con una solemnidad, debe guardarse abstinencia de carne o de otro alimento que haya determinado la Conferencia Episcopal; ayuno y abstinencia se guardarán el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo»** (c. 1251).
- **«La Conferencia Episcopal puede determinar con más detalle el modo de observar el ayuno y la abstinencia, así como sustituirlos en todo o en parte por otras formas de penitencia, sobre todo por obras de caridad y prácticas de piedad»** (c. 1253).

El verdadero sentido de la penitencia es, ante todo, interior. Lo que se pide no es rasgar las vestiduras, sino ablandar los corazones (Joel 2,13). Muchas comunidades cristianas han redescubierto la virtualidad positiva de la “*Disciplina Cuaresmal*” incluso para el cuerpo. Se ejerce como una reflexión crítica sobre uno mismo en relación con el abuso del consumo: ¿Qué significa el consumo en mi vida? ¿Hasta qué punto y en qué medida debo renunciar a gastos y horas de consumo de mi tiempo (v. gr., ante la TV) para poder ayudar más a los necesitados o atender mejor a mis obligaciones familiares, sociales, profesionales? Por eso la penitencia cristiana es acercamiento a Dios y autorrealización propia.

Incluso en las zonas altamente industrializadas y religiosamente más indiferentes, se sigue celebrando el rito de la imposición de la ceniza con insospechada afluencia de fieles. La iglesia es visitada este día por personas que sólo pasan por allí en contadas ocasiones del año y reciben la ceniza en el signo de la cruz con una sentencia de reflexión: **¿Ven en este rito una llamada a la sinceridad tras la mascarada y ficción del carnaval?**

La tradicional ceremonia de la imposición de la ceniza hace tomar al creyente conciencia de sí mismo. Por sí los logros científicos, o el orgullo, o la ambición, o la plenitud de la vida le invitan a olvidarlo, la ceniza le hace esta reflexión: **“esto eres y en esto terminarás”**. Entre ese comienzo y ese fin se realizan todas las variantes de la existencia humana. Con la imposición de la ceniza comienza la Cuaresma, que es preparación espiritual para la Pascua. El rito tradicional debe ser saludado con alegría porque nos brinda la oportunidad de reflexión para hacer nuestra vida más bella, llenarla de sentido y darle mayor peso específico cristiano.

El ayuno, como todo ejercicio de ascética cristiana, debe entenderse como un entrenamiento para mantenerse espiritualmente en forma. Cualquier detalle puede tener capital importancia si va acompañado de la correspondiente disposición del corazón. No se pueden desvirtuar unas prácticas tradicionales por considerarlas insignificantes y rechazar otras nuevas por demasiado exigentes.

La reflexión cristiana de este tiempo pretende sensibilizar sobre las prioridades de la vida de cada uno tanto en sí mismo como en sus relaciones con la comunidad. Y es alegría porque se hace desde la perspectiva de la Pascua, encuentro con la vida. El que se encuentra con la vida tiene sobrados motivos de alegría.

La ceniza se impone pronunciando al mismo tiempo una de estas formulas: **«Recuerda que eres polvo y al polvo volverás»** o esta otra: **«Convertíos y creed el evangelio.»** Esta segunda es más significativa. Porque lo más importante no es pensar que nuestro cuerpo terminará en la tumba o en la incineración, sino vivir nuestra relación con Jesús de tal manera que la tumba se convierta en puerta de una nueva vida. La ceniza no nos confronta tanto con la muerte como con la vida.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2,7-9; 3,1-7): *La mujer, tomó del fruto y comió y ofreció a su marido, el cual comió.*

2ª lectura (Romanos 5,12-19): *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.*

Evanglio (Mateo 4,1-11): *Está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”.*

En la teofanía del Jordán quedó claro que Dios está con Jesús y que Jesús está con los hombres. Ese “*estar con*” los hombres asume un riesgo, el de vivir y sentir como el hombre. Las tentaciones de Jesús, pretenden enfrenarle con el Padre, poner a prueba la fidelidad de ese “*estar con*” los hombres siguiendo el camino trazado por Dios. Adán sucumbió a la tentación en el Paraíso lo mismo que el pueblo sucumbió en el desierto adorando al becerro de oro (Éxodo, 17). Jesús vence la triple tentación y abre los caminos a la conducta del hombre nuevo creado según Dios.

La catequesis ha creado recursos pedagógicos escenificando la serpiente paradisíaca deslizando suavemente la espiral de su astucia en dirección a la mujer. Y al diablo del desierto nos lo ha pintado como un sátiro horrible con rabo, cuernos y pezuñas. Lo que en la catequesis es excelente pedagogía puede resultar insuficiente o incluso negativo para adultos si se hace recaer la atención sobre lo fantástico exterior con olvido de la enseñanza medular teológica. Los cristianos adultos piden, con razón, una mayor profundización desde la fe en el análisis de las estructuras bíblicas y litúrgicas.

Jesús y Adán son antagonicos pero no es Adán el que explica a Cristo sino al revés: «Puesto que Cristo *redime, hubo quien pecó*», y como la redención es universal, también tuvo que serlo el pecado. Luego si en Cristo somos todos gracia, todos somos igualmente pecado en Adán: en el mal y en el bien somos siempre solidarios.

En el relato del bautismo contemplábamos a Jesús confundido entre los pecadores que esperaban turno para ser bautizados por Juan. La admiración sube de tono cuando vemos a Jesús confrontado en el desierto con los poderes del mal. Pero bautismo y tentación son dos piezas o momentos esenciales en el mecanismo de la vida de Jesús y del cristiano. El bautismo es “*compromiso*”, palabra empeñada y la tentación es test o control de la fidelidad a esa palabra. En el caso de Jesús la tentación pretende sacarle del camino elegido por el Padre para seguir sus propios caminos. La historia de la vida y tentaciones de Jesús es nuestra propia historia. El bautismo nos asimila a Él y la tentación somete también a prueba nuestra fidelidad.

Desde el vergel del Jordán a los riscos escarpados del desierto hay un cambio radical y profundo. Lo mismo nuestra sociedad occidental secularizada ha experimentado cambios profundos en el orden de valores. Entre otras cosas, la religión ya no es aceptada como norma universal moralizante, y la autonomía de la persona no acepta fácilmente someterse a normas impuestas desde fuera. Si Dios dice en el paraíso «*no comáis del árbol...*», hay quien se pregunta ¿por qué? y piensa que los relatos bíblicos no deben ser tomados demasiado en serio por el hombre moderno.

Algunos encuentran dificultades en comprender a un Dios que castiga la culpa con la expulsión del Paraíso y luego permite el mal en el mundo. Otros piensan que la promesa de la serpiente “*seréis como dioses*” es una promesa real que solamente necesita tiempo. **¡Casi todo es ya posible!** El hombre desvela los secretos del árbol de la vida investigando en el cosmos, en las leyes de la biogenética, en la clonación, en la elección del sexo, etc., y dicen: “*ser como Dios es sólo cuestión de tiempo.*” Es la tentación de la cultura: “*descifrar sin Dios el enigma del árbol de la ciencia, poder decidir por sí mismo sobre el bien y el mal.*”

La triple tentación del desierto se ejerce a través del consumo, que al mismo tiempo que provoca hambre y sed insaciables, tiente con la desconfianza en Dios. «*Si eres hijo de Dios no deberías pasar hambre, ni vivir desapercibido como si no fueras nada ni hijo de nadie.*» Y si pasas hambre o no significas nada es porque o no eres hijo de Dios o porque Dios no se preocupa de sus hijos. El hombre necesita pan para vivir, pero si desea vivir como hombre necesita también el alimento de la palabra de Dios.

Cada uno tiene derecho a cuidar su imagen, pero sin tentar a Dios. Jesús asume la realidad que para Él se concreta en la voluntad del Padre. El poder no es para disfrute personal sino para ponerlo al servicio y goce de todos, principalmente de los más necesitados. En cuanto a «*caer de rodillas*», no existe más que un Dios a quien se debe adorar y todo lo demás son ídolos que esclavizan.

«Si el mundo con Dios es un misterio, el mundo sin Dios es un absurdo.»

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12,1-4a): *Abrahán marchó, como le había dicho el Señor.*

2ª lectura (2ª Timoteo 1,8b-10): *Dios nos llama y nos ilumina.*

Evangelio (Mateo 17,1-9): *Su rostro resplandeció como el sol.*

Sería maravilloso poder trasladar el cielo a la tierra aunque no fuera más que por unos días o por unos instantes para saber cómo es. En realidad siempre han existido “sueños” de poner el cielo en la tierra y esto de diferentes formas y conforme a diferentes proyectos.

Una forma, por ejemplo, es la de la técnica moderna. Hasta hace poco tiempo era una especie de sueño; hoy es una realidad al alcance de todos y con ello se hace la vida más fácil. Basta con apretar un botón y tenemos el mundo en casa, apretamos otro botón y las máquinas funcionan por sí solas. Estas comodidades vienen a ser como trozos de cielo trasladados definitivamente a la tierra. Hacen que la mayor parte de la gente se sientan bien o, por lo menos, mejor. Algo así, sin duda, sentían Pedro y sus compañeros cuando proponían construir unas tiendas en la cima del Tabor.

El episodio se desarrolla mientras iban caminando hacia Jerusalén donde se encuentra la meta del camino. Jesús hace una pausa para tomar respiro, para hablar de la meta y seguir adelante. Allí deja Jesús entrever a sus discípulos en qué desemboca este camino. Se hace acompañar de personajes representativos. **Moisés** es, en tierra extranjera, el líder de la epopeya del Éxodo, liberador providencial de poderes exteriores que esclavizan al pueblo. **Elías** es, dentro de la tierra prometida, el libertador de esclavitudes interiores, campeón en la lucha contra todo lo que esclaviza al hombre desde dentro de sí mismo y restaurador de la moral necesaria para hacer posible el cumplimiento de la ley. **Jesús** es el liberador universal, el redentor que inspiró a Moisés y a Elías lo que tenían que hacer y ahora habla con ellos de la anunciada meta a la que se dirige: **su pasión, muerte y resurrección.**

Dice Pedro: «**Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.**» Pero Pedro no sabía lo que decía, “estaba soñando”.

El episodio recuerda que también nosotros estamos en camino, que el camino va certero a una meta y que esa meta es el encuentro con alguien que es la vida. Es necesario saberlo, porque el que no sabe a dónde va tampoco puede elegir libremente el camino. «**Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré.**» La vocación de Abrahán es la de cualquier creyente. Cuando Dios llama, arranca de todas las seguridades precedentes, hace salir de los marcos inmutables en que colocábamos nuestra identidad, quita los puntos de referencia acostumbrados y desaloja de las madrigueras confortables.

Nuestro idioma tiene expresiones como las de “ponerse en camino”, “los caminos de la vida” y otras semejantes. Quizá hay alguien, tal vez muchos, que no saben exactamente a dónde conducen esos caminos de la vida y ni siquiera si conducen a alguna parte. La vida entonces se vive sin rumbo fijo, un caminar a la deriva como boya en la tormenta zarandeada por el oleaje. En otros tiempos pudo haber creyentes tan intensamente concentrados en el pensamiento de la meta que olvidaban los encantos o asperezas del camino: “miraban al cielo sin contemplar la tierra”. En la actualidad se tiende más bien a lo contrario: “Los encantos o asperezas del camino hacen perder de perspectiva la meta o desesperar de ella para quedar cautivos de las eventualidades del camino.”

La fe es un viaje, una travesía interminable. Entre la llamada y la consecución de las promesas se extiende el territorio interminable de la oscuridad (solamente aclarado por alguna llamita con la que Dios reafirma su fidelidad), de la soledad, de la prueba, del aislamiento, de la provisionalidad. No podemos abrir el evangelio nada más que para buscar en él la vida, más bien, “el esplendor de la vida” y descubrir en él nuestra llamada a la inmortalidad. «**Esa gracia se ha manifestado por medio del evangelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal.**» Pero para alcanzar la meta final de gloria es necesario “pasar a través” de pruebas, persecuciones y sufrimientos, pagando, incluso en la misma carne, el precio de la coherencia.

En la fe hay certeza pero no siempre hay claridad. A veces acontece el viajar en la oscuridad de la noche o en la espesura de la niebla. Sabemos que la carretera conduce al destino, aunque no veamos más que lo imprescindible para avanzar penosamente y con cautela. Luego aparece el sol, la luz rasga el cortinaje de nieblas, se hace la claridad, todo el paisaje se llena de luz y nos sentimos invadidos de alegría. Los caminos de Dios son caminos de vida, y aunque a veces se presentan escabrosos y cerrados, sabemos que tienen una meta y llevan a un destino. El camino de la Cuaresma con sus penitencias, ayunos y disciplinas, si no se hace mirando a la meta de la Pascua, no tiene sentido.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17,3-7): *Golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.*

2ª lectura (Romanos 5,1-2.5-8): *Efusión del amor de Dios y don de su Espíritu.*

Evangelio (Juan 4,5-42): *El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua.*

Un proverbio de los nómadas del desierto dice: *«Pide leche a tu camella, un hijo a tu mujer. Pero el agua sólo a Dios.»* El desierto es el país de la sed y allí el agua sólo se le puede pedir a Dios. Los judíos errantes por el desierto, camino de la tierra prometida, se encuentran torturados por la sed. Los judíos, aparentemente, la han pedido a Dios. Pero la han pedido de una manera y en un tono equivocado: protestando, murmurando, añorando la esclavitud en Egipto y arrepintiéndose de estar embarcados en aquel camino de liberación.

Han tentado a su Dios, han intentado ponerle a prueba: *«¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?»* Si hubiesen tenido fe, habrían reaccionado de muy distinta forma, algo así: *«El Señor está en medio de nosotros. Y, por consiguiente, tendrá compasión de nuestra sed.»* Pero han dicho: *«Si el Señor está presente y se preocupa de nosotros, que nos lo demuestre proveyéndonos de agua con una intervención prodigiosa.»* Ha sido más un desafío que una petición, cuando lo más natural hubiera sido una actitud cómo la descrita en el salmo 142,6: *«Tengo sed de ti como tierra reseca.»*

Los judíos en el desierto, tenían necesidad de agua. Pero tenían necesidad, sobre todo, de otra cosa: **CREER**. También la mujer samaritana tenía necesidad de otra cosa, aunque fingía que no se daba cuenta de ello y rechazaba el confesarlo. Llega al pozo con su cubo, cuando más calor hace. Y encuentra allí un hombre que también tiene sed y está cansado del camino, tiene hambre y mucha sed, y ni siquiera dispone de un recipiente para sacar agua. También Jesús tiene necesidad de otra cosa. Tiene sed de quitar la sed. Su hambre es saciar.

En este encuentro Jesús emplea su táctica preferida. Llevar a la criatura a tomar conciencia de su verdadera necesidad. Hacer brotar un deseo, profundizar una exigencia, hacer caer en la cuenta de lo que no se tiene, poner al descubierto la propia pobreza y hacer brotar una petición. Jesús no se limita a satisfacer las peticiones y las esperas de la mujer. Las suscita previamente: *«Si conocieras el don de Dios...»*

Aquella mujer había venido docenas, quizá miles de veces a sacar agua del pozo. Tarea ordinaria de una mujer oriental. La monotonía de lo mil veces repetido se rompió aquel día en un encuentro decisivo y en una hora de gracia. La mujer fue aprendiendo del lenguaje de Jesús y entendiendo sus consignas. Hasta entonces había seguido un camino falso que no llevaba a ninguna parte; ahora encuentra al que es el Camino. Hasta entonces la animaba un deseo enorme de vivir; ahora encontró al que es la Vida. La búsqueda de lo definitivo quizá se resumía para ella en la necesidad de amar y ser amada. No lo había encontrado y por eso había cambiado inútilmente cinco veces de suerte. Y seguía con sed.

El pozo de agua viva del que habla Jesús, no es el pozo de Jacob y el culto verdadero ni está en Garizín ni en Jerusalén, sino dondequiera que un corazón se abre a la palabra y a la gracia de Jesús. ¡No hace falta peregrinar!, basta con mirar a nuestro interior. ¡Allí está Dios! y es allí donde hay que buscarle y darle culto en espíritu y en verdad.

Jesús no condena a la persona, le basta dejar evidencia de su engaño. Hace deslizar la duda sobre el brocal de nuestro pozo: *«Si supieras lo que necesitas de verdad...»* Si supieses lo que te falta para ser de verdad un hombre, para tener un rostro más presentable de cristiano... Al dialogo sigue un cambio radical en la vida, un nuevo nacimiento, un nuevo orden en la apreciación de valores. Un hallazgo del agua que se busca.

Cualquier día, a la hora en que menos se piensa y en el sitio más insospechado, puede tener lugar un definitivo encuentro con Dios, produciéndose un cambio en el corazón. Es una nueva vida: *«Si supieras de lo que no tienes necesidad aunque el mundo, la moda y la publicidad se conjuren para crearte falsas necesidades.»* Desgraciadamente tenemos necesidad de un montón de cosas inútiles. Creemos tener necesidad de esas cosas y, todos están dispuestos a ofrecérnoslas, para esconder nuestras necesidades reales, para que no tomemos conciencia de lo importante, de lo esencial. Nos agarramos a lo superfluo negándonos a lo necesario.

Tenemos necesidad de Él, pero al mismo tiempo tenemos miedo de admitirlo. **Necesitamos de ternura**, pero ponemos una máscara de dureza. **Necesitamos escuchar**, y no paramos de hablar. **Necesitamos amar** y exigimos amor. **Necesitamos regalarnos** y nos dejarnos regalar. **Necesitamos...** la pobreza. En una palabra, **tenemos necesidad de tener necesidad**.

«Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed...» Eso es lo que Jesús desea, lo que espera con ansia. Llevarnos a que nos reconozcamos necesitados, insatisfechos, y a que dejemos nuestra postura inicial de descaro y de superioridad. Así, aunque todavía pidamos de *esta agua*, Jesús nos dará de *otra agua*. La que apaga nuestra sed y al mismo tiempo la alimenta. *«Señor, dame esa agua, para que tenga aún más sed.»*

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Samuel 16,1b.6-7.10-13a): *La mirada de Dios no es como la mirada del hombre.*

2ª lectura (Efesios 5,8-14): *En otro tiempo eráis tinieblas, ahora sois luz.*

Evangelio (Juan 9,1-41): *... sólo sé que yo era ciego y ahora veo.*

Era la fiesta de los tabernáculos, la fiesta de la luz. En ella, una enorme cantidad de grandes candelabros inundan de luz la explanada del templo durante toda la noche. Es en este contexto donde Jesús proclama: **«YO SOY LA LUZ DEL MUNDO»**

La luz-“*ver*”- y el agua-“*lavarse*”- son elementos claves de este signo, como lo son en la liturgia bautismal para la que prepara espiritualmente este relato evangélico, que se leía antiguamente a los catecúmenos como reflexión final antes de recibir el bautismo en la vigilia pascual. Era como la reflexión última antes del paso definitivo de aceptar a Jesús por la fe y ante el nuevo nacimiento del agua y del espíritu: **«¿Queréis ser como el ciego que ve o como los fariseos que prefieren quedar voluntariamente ciegos?»**

Este ciego del evangelio es figura y símbolo de todos los que sufren sin que se vea el por qué. La pregunta de los discípulos: **«¿Quién pecó para que este hombre naciera ciego?»**, no es ajena a nuestras dudas y tiene traducciones en casos similares en preguntas como: **«¿Por qué Dios permite...?»**, **«¿Por qué sufren los inocentes...?»**, **«¿Por qué sucede esto o aquello...?»** La respuesta a todas ellas puede estar al alcance de la vista o puede quedar oculta para que se manifiesten las obras de Dios. No hay accidente, ni catástrofe natural, ni cáncer, ni caso de sida... en el que no pueda manifestarse la gloria de Dios.

Hay enfermedades que son como llaves que pueden abrir muchas puertas, y, hay ciertas puertas que sólo la enfermedad puede abrir. Lo mismo que el que goza de salud a toda prueba, no está exento de limitaciones o deficiencias por uno u otro lado, y que el gozar de buena salud no nos permite comprenderlo todo. **¿Qué puerta abrió la ceguera al ciego y qué puerta puede abrirnos a nosotros una enfermedad?**

Cuando vemos a un ciego que vende cupones en una esquina o se orienta palpando con el bastón para cruzar la calle, pensamos en la vista como un “*don de Dios*” y tomamos conciencia de la verdadera naturaleza del “*ver y conocer*”: Mis ojos reciben información, la transmiten al cerebro y desde allí puedo yo ver y organizar los objetos. Pero mis ojos perciben sólo los colores, las formas y eso no basta para conocer bien. **¿Cómo se podría con una mirada llegar al fondo de las personas y ver allí por qué ríe o llora, roba o miente, tortura o mata?**

El verdadero conocimiento y la verdadera vida nacen del agua y del espíritu y sólo son perceptibles, con otro punto de vista y con otra motivación, por la fe. **«Lo más esencial queda oculto a los ojos»**. Sin una buena reflexión racional vivimos superficialmente, como alocados, sin tener la certeza de haber tocado el fondo de la realidad. La razón viene en ayuda de la limitación de los sentidos y la fe viene en ayuda de la reflexión racional.

Si lo comparáramos con las luces de tráfico de un coche, la razón sería como las “*luces de cruce*”, mientras que la fe sería la “*luz larga*”. El que nació ciego y recibe la vista empieza a ver, pero no acierta a poner cada cosa en su lugar, se desconcierta y no entiende. La curación del ciego sólo termina cuando reconoce al Mesías y cae de rodillas ante Él, mientras los otros permanecen en tinieblas porque se obstinan en rechazar las obras de la luz y permanecen en el pecado. Al que ya ha sido “*curado-bautizado*” debe preguntársele: **«¿Quieres vivir de sensaciones en la superficie de las cosas o adentrarte en las profundidades de la verdad por medio de la fe?»**

Hay quienes no tienen fe. A otros, quizá, no les interesa tenerla. Ser ciego no es ningún privilegio, es una desgracia. **«Necesitamos abrir, o que nos abran, los ojos para saber quiénes somos y cómo somos en nuestro ser y actuar. De igual manera, debemos conocer quien es Jesús que ilumina, y cómo son nuestras relaciones con él»** (A. Wollf). Dios mira ante todo al corazón donde reside la verdadera grandeza. **«Escoge a veces lo más débil del mundo para poner más de manifiesto la eficacia de su poder.»** (2 Corintios 12,9-10)

A los que Dios elige para una misión les da también la gracia que capacita para su cumplimiento. Por el bautismo, todo cristiano, queda introducido en el rango del sacerdocio real. El que ha recibido el bautismo ha pasado de las tinieblas a la luz y debe practicar las obras de la luz permaneciendo en la unidad del cuerpo de Cristo y abandonando las costumbres paganas que se llaman “*comilonas*”, “*borracheras*”, “*amancebamiento*”, “*libertinaje*”, “*querellas*”, “*envidias*”..., viviendo las obras de la luz que son la **bondad** y la **justicia** y buscando agradar al Señor, haciendo el bien a los hermanos.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37,12-24): *Os haré salir de vuestros sepulcros y os infundiré un espíritu nuevo.*

2ª lectura (Romanos 8,8-11): *El espíritu que resucitó a Cristo Jesús, vivificará vuestros cuerpos.*

Evangelio (Juan 11,1-45): *El que tiene fe en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que cree en mí no morirá.*

En la perspectiva litúrgica todo está orientado hacia el encuentro con el Resucitado en la Vigilia Pascual. El milagro de la resurrección de Lázaro es el golpe de entrada en la celebración de la pasión según san Juan. Podríamos hacer una experiencia personal leyendo este pasaje y sustituyendo la palabra “Lázaro” por nuestro propio nombre. Aparecerá claramente que este evangelio ha sido escrito para cada uno, porque para cada uno Jesús es amigo, es camino, es verdad, es resurrección y es vida.

¿Por qué morimos? Morir es una ley universal. Pero la muerte no es un mal. El mal consiste en negar la resurrección. Lázaro estaba muerto y fue devuelto a la vida. No recibió la inmortalidad y, sin que sepamos cómo, ni cuándo, ni donde, volvió a morir. La resurrección que Jesús promete es otra cosa muy distinta de una vuelta a la vida anterior en el tiempo; la resurrección es la entrada en la vida de Dios que es eterna. Según nuestra fe, esta experiencia no la han tenido, hasta ahora, más que **Jesús y María**.

Antiguamente se leía a los catecúmenos los pasajes del evangelio más densos en contenido para provocar en ellos una radical decisión final antes de recibir el bautismo. Entre estos pasajes se contaba con el encuentro de Jesús con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob, la discusión de los judíos sobre la curación del ciego y el diálogo con Marta, previo a la resurrección de Lázaro.

En ellos se revela Jesús como agua que sacia toda sed (samaritana); como Luz de las gentes (ciego) y como la resurrección y la vida (Lázaro). Tres profundas aspiraciones del corazón humano. Creer en Jesús es poseer el agua que sacia la sed de vida *«El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua viva»*, obtener la luz que ilumina los senderos del alma *«Yo soy la luz del mundo»* y gozar la vida que saca a los muertos de los sepulcros *«Yo soy la resurrección y la vida»*.

La resurrección de Lázaro es el milagro más espectacular de Jesús con reacciones distintas: llevó a algunos a la fe, mientras que sus adversarios decidieron condenarle a muerte. *«De la misma manera que el sol brilla sobre el barro para endurecerlo y sobre la cera para ablandarla, así este milagro del Señor endureció algunos corazones para la incredulidad y ablandó otros para la fe»* (Fulton Sheen). Después de este milagro unos buscaban a Jesús para matarle y otros creyeron en él. El bien confirma a unos y puede poner nerviosos y hasta irritar a otros.

Este pasaje nos confronta con nuestra propia realidad. **¿Por qué morimos si todos queremos vivir?** La experiencia nos dice que nuestra existencia de cada día es camino que nos acerca más al cementerio. **¿Nacemos para morir o morimos para entrar en la vida?** Este signo de Jesús es altamente consolador y estimulante para todos los que amamos la vida. *«Lázaro sal fuera..., soltadle las ligaduras para que pueda andar»*, ordenó Jesús. Sólo Él pudo soltar a Lázaro de las ataduras de la muerte. Todos quedaron admirados, pero más importante que la admiración es la enseñanza sobre la fe en la vida eterna, que Jesús imparte en su diálogo con Marta.

En la fe encontramos respuesta a todos los interrogantes sobre la vida y sobre la muerte:

La fe de Marta había capitulado ante el hecho de la muerte de su hermano: *«Si hubieras estado aquí, Lázaro no habría muerto...»*, se queja amargamente. Marta expresa una fe inquebrantable en el poder de Jesús, al que considera capaz de evitar la muerte, pero no así en el poder de devolver la vida. **Antes de morir si, después de morir no. ¡Ahora es ya demasiado tarde!** Jesús responde: no es tarde; sólo hace falta creer. *«Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?»*

Esta afirmación obliga a revisar los conceptos humanos de vida y muerte. *«El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá»* **¿Qué es una vida que no acaba con la muerte?** *«El que cree en mí no morirá para siempre»* **¿Qué es una muerte que no puede acabar con la vida?**

No existe respuesta fuera de la fe. Pero si Jesús es *«la resurrección y la vida»*, tiene poder sobre la muerte para impedir que se apodere definitivamente de la vida o para rescatar la vida después de haber sido secuestrada por la muerte.

«¿CREES ESTO?» No se trata de entender sino de creer; no es ciencia sino fe, y... **La respuesta de la fe va más allá de las posibilidades de la ciencia.**

DOMINGO DE RAMOS

1ª lectura (Isaías 50,4-7): *Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban.*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *Se despojó de su condición divina.*

Evangelio (Mateo 26,14-27,66): *¡Elí, Elí! ¿Lemá sabactaní? «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»*

Estaba escrito: *«Este es el día que hizo el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo... Bendito el que viene en el nombre del Señor... Ordenad una procesión con ramos»* (Salmo 118, 15). Estaba escrito, era el día escogido para entronizar al Mesías y la gente lo proclamaba: *«¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!»* (Mateo 21,9). Era el día escogido por el Señor y estaba escrito: *«Os digo que si estos callaran, gritarían las piedras»* (Lucas 19,40).

Los grandes deseos son propios de personas que aman mucho, personas apasionadas. Jesús era hombre de grandes deseos. Deseaba con hambre la palabra del Padre y deseaba con angustia la salvación de los hombres. Deseaba que el Reino de Dios viniera a la tierra y deseaba que los hombres dejaran de sufrir desesperanza y opresión.

Deseaba abrazar a sus discípulos, quería comulgar con ellos: *«Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros»* (Lucas 22,15). Deseaba la celebración de esa cena pascual en la que manifestaría la intensidad, casi la locura, de su amor. Esa cena pascual sería como la celebración de unas bodas, alianza de amor inconcebible entre el Hijo de Dios y los hijos de los hombres. El agua y el vino, el pan y el cordero van a convertirse, no sólo en alimentos, sino en sacramentos de la entrega de Dios a los hombres, nuevos y definitivos sacrificios de expiación y comunión.

Jesús deseaba salvar el mundo para que pudiera llegar a ser el Reino de Dios. Nada menos. La situación del mundo en su tiempo no era mejor, era peor que la de ahora. Jesús conocía las miserias, las esclavitudes, los sufrimientos humanos. El campo donde trabajar era inmenso: *«¡La mies es abundante!»* (Lucas 10,2). Las heridas que curar, innumerables.

Le dolían a Jesús la ceguera de los unos, la violencia de los otros, y la dureza de corazón de todos. Le angustiaban la crueldad de los poderosos, el orgullo y la tiranía de los dirigentes, así como la impotencia de los débiles y el conformismo del pueblo. Mucha tiniebla, mucha corrupción, mucho frío en aquel mundo. Ardía en deseos de culminar su misión, de glorificar al Padre y salvar a los hombres, de abrir en la tierra un camino liberador, de levantar un monumento a la filantropía divina.

Los diablos de la noche se escondían por cualquier rincón de las casas y de las almas en todo el mundo. Y Jesús había venido para iluminarlo y vencerlo: *«He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!»* (Lucas 12,49). Mas no es un fuego que destruye, sino que transforma; no es un fuego que arrasa, sino que fragua. Ese fuego lo llevaba dentro Jesús y le quemaba. No sólo le ardía, sino que le abrasaba el alma y no tenía más remedio que comunicarlo. A lo largo de su vida fue ofreciendo a unos y a otros, luz y calor, y algo, lentamente, empezó a cambiar. Algunos, pocos, se dejaron contagiar por la llama, la mayoría o trataban de apagarla o se escondían detrás de cortinas de humo.

Entonces, Jesús, quiso convertirse en pura hoguera. En la cima de un monte y en lo alto de un madero quedó su fuego encendido por los siglos. Es el Everest del calor y del amor. Desde allí brilla y se expande por todo el mundo su energía transformadora. Todo el que quiera curarse de ceguera, todo el que quiera elevar su temperatura espiritual, que se acerque a este monte encendido: *«Venid, subamos al monte del Señor... y caminemos a su luz»* (Isaías 60,3). En el Calvario, Jesús crucificado, se convierte en monte iluminado, en zarza ardiente y columna de fuego, en hoguera que purifica y fragua que transforma, en fuego que enamora, en llama de amor viva que enciende y diviniza.

En estos días santos que comenzamos, si queremos acercarnos un poco más a ese fuego sagrado, no hace falta peregrinar a Roma o a Jerusalén. La montaña ardiente viene a ti. La puedes localizar en las afueras de una ciudad, en el centro del pueblo o en tu propio barrio. La puedes encontrar en tu comunidad e incluso dentro de ti mismo. Sólo hace falta dejarse iluminar, dejarse quemar, dejarse transformar. Así se irá propagando acertadamente el fuego que tanto deseaba Jesús.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14): ... *y os lo comeréis a toda prisa, porque es la pascua, el Paso del Señor.*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): ... *lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.*

Antes de su muerte nos dejó Jesús su testamento. Un memorial que no es monumento muerto de piedra, no es estatua de bronce ni cualquier otro objeto que podamos admirar o un recuerdo que pudiésemos guardar en un estuche con cariño.

El memorial del Señor es un acontecimiento santo y permanentemente vivo que nosotros debemos repetir: **«Haced esto en conmemoración mía»**. (Lucas 22,19). “Esto” que Él hace, debe hacerse en su Iglesia y por los suyos. Es muy importante reflexionar para saber bien en qué consiste ese “esto” que el Señor hizo en su Última Cena y mandó repetir a sus discípulos.

La Iglesia tiene que reunirse en torno a la mesa del Señor, tiene que dar gracias por el pan y el vino que se transforma y distribuirlo como Cuerpo y Sangre de Cristo. Tiene que dejarse lavar, instruir, santificar para poder comprender, y esto no una sola vez, sino constantemente, sin tregua, hasta el fin de los tiempos.

Los evangelistas Marcos, Mateo y Lucas, relatan la Última Cena de Jesús con sus discípulos y la institución de la Eucaristía. ¡Juan no lo hace! Da por bien hecho lo que han escrito los sinópticos y se complace en resaltar algunos aspectos o detalles especialmente interesantes no indicados allí.

Sabe Juan que en un banquete en oriente hay siempre un esclavo dispuesto a lavar los pies polvorientos de los invitados para aliviar el cansancio del camino. Todo esto formaba parte de los protocolos y normas sociales. Lo anormal sucede en el momento en que Jesús se levanta de la mesa y empieza a cumplir, Él mismo, esa función de esclavos.

Lo describe un testigo presencial que, de alguna manera, nos invita a entrar en el cenáculo para hacernos testigos de todo cuanto allí se dice y hace. Pedro lo ve sin poder creer lo que está viendo y se niega a aceptar de su “maestro y señor” un servicio de esclavos. ¡No lo entiende!

No lo entiende, ni quiere entenderlo, por eso exclama: **«¿Lavarme tú los pies? Jamás»** (Juan 13,8). **«Lo que estoy haciendo no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde»** (Juan 13,7), le advierte Jesús: - **«Si no te dejas lavar, no tienes nada que ver conmigo»** (Juan 13,8).

Este gesto del Maestro, significa que entre los suyos ya no hay arriba ni abajo, grandes o pequeños, mayores o menores, porque el que se cree mayor debe hacerse servidor de todos a ejemplo suyo. Él, que es “maestro y señor”, no quiere dominar a nadie, sino servir a todos. Y consecuente con sus principios entregará su vida para rescate de los que estaban sometidos a esclavitud.

En este mundo nuestro civilizado, ya no se ve a nadie caminar descalzo (si no es por las playas, piscinas o similares), por eso, el rito habitual en la sociedad antigua de lavar los pies a un huésped, ya no tiene sentido ni lugar. Pero los pies son siempre una parte muy importante de nuestro cuerpo, porque nos permiten el desplazamiento de un lugar a otro y la posición firme, vertical y segura.

Esa parte del cuerpo puede entenderse como expresión del todo de la persona y sus actividades. Si Jesús lava los pies, pretende con ello purificar también cuerpo y cabeza. Pedro lo expresó así probablemente sin saberlo: **«Señor, no sólo mis pies, también las manos y la cabeza»** (Juan 13,9).

Ejemplo os he dado, concluye Jesús. El lavatorio de los pies debe entenderse como una síntesis de las actitudes y conductas de los discípulos en el anuncio del mensaje de Jesús cuando Jesús, físicamente, ya no esté con ellos. Con los pies lavados, manos y cabeza también, recorrerán los caminos de la vida anunciando el mensaje del amor sabiendo a dónde tienen que mirar para orientar su conducta.

En ese gesto simbólico pide Jesús a todos: **¡NO ME TRAICIONES COMO JUDAS, NI ME NIEGUES COMO PEDRO!**, ponte de rodillas como yo en actitud de servicio sincero y práctico ante tu hermano, tu cónyuge, tu familia, tu prójimo..., y esto no necesariamente en señal de aprobación de lo que los demás hacen, sino como exigencia del amor cristiano.

La Eucaristía que allí mismo se instituye forma unidad con el lavatorio de los pies: *“darse incluso como alimento por amor.”* Al sustento y fortalecimiento del cuerpo pertenece el alimento y la higiene interior. Cuerpo y espíritu necesitan fuerza para el resto del camino. Es una de las enseñanzas del testamento de Jesús.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16; 5,7-9): *...igual que nosotros, excepto en el pecado.*

Evangelio (Juan 18,1-19,42): *E, inclinando la cabeza, entregó su espíritu.*

Getsemaní y el Gólgota inspiran muy poca fe a muchos de nuestros contemporáneos. Otros muchos han olvidado esos nombres convencidos de que el mal, si tiene remedio, sólo puede vencerse con otro mal mayor, con la venganza o por la represión violenta. La cruz estaría en medio de la vida como un molesto cuerpo extraño cuya presencia hay que eliminar.

El porqué del sufrimiento en el mundo es similar al porqué del abandono de Jesús en la cruz. Hay porqués que manifiestan deseo de aprender y otros que son gestos de protesta o de reacción ante el misterio. En el porqué de Jesús hay incluidas muchas preguntas ante el desconcierto humano: *¿Por qué el sufrimiento de los inocentes...? ¿Por qué el dolor...? ¿Por qué la enfermedad absurda, la muerte inexplicable, las locuras humanas y tantos absurdos en la vida de los hombres?*

- *¿Castigo de Dios...?* Dios no es un gendarme justiciero que espía la ocasión propicia para descargar un golpe, sino el padre lleno de amor que espera paciente la vuelta del alejado.
- *¿Expiación por los pecados...?* La expiación debe entenderse como cosa personal y libre de cada uno de los que han faltado y, Dios no puede ser imaginado como un ser tan duro que sólo encuentra satisfacción en el sufrimiento, incluido el de los inocentes.
- *¿Pedagogía divina para obligar a reflexionar...?* Es difícil comprender qué pretendería enseñar. **¿Acaso necesita Dios ese test para distinguir la bondad y calidad de cada hombre?**

La muerte de Jesús tiñe de tristeza y luto la tarde del Viernes Santo. Él, que quiso hacerse hombre, semejante en todo a nosotros excepto en el pecado, pasó también por esa suprema experiencia humana que es el morir. Pero en la muerte de Jesús hay algo que no suele haber en las demás muertes.

Jesús aceptó libremente su muerte y murió para dar vida. En la muerte de Jesús se da la grande y única paradoja consistente en que esa muerte es precisamente el triunfo de la vida. Por eso, cuando celebramos la muerte de Jesús estamos en realidad entonando cánticos a la vida.

Tiene, por tanto, también el Viernes Santo un carácter de adoración agradecida. La última palabra de Jesús en la cruz fue: **«CONSUMMATUM EST - todo está cumplido»** (Juan 19,30). Había aceptado del Padre una misión única y en aquel momento se terminaba de cumplir con toda perfección. En esa satisfacción muere Jesús y nosotros vivimos en la esperanza de vivir con Él gracias a Él.

El día de Viernes Santo todo está presidido por la cruz (no podría ser de otra forma). La liturgia nos manda mirar la cruz y al **Crucificado** que pende de ella. **«Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.»**

Sólo se puede celebrar bien el Viernes Santo si se mira a la cruz y cada uno se reconoce allí y reconoce la cruz en su vida. El dolor tiene casi siempre algo de misterio y ese misterio, ahondado en casos aislados, es convertido frecuentemente en argumento contra Dios. **¿Por qué y para qué la cruz?**

Hay en primer lugar un por qué y un para qué de escepticismo. **¿Ha servido la cruz para algo?**, dicen los ateos y escépticos. El salmo 29,10 se hacía caso de esta duda y preguntaba: **“¿qué utilidad se ha seguido del derramamiento de mi sangre?”** Pero los creyentes interpretamos la cruz como la victoria de la vida sobre la muerte, el triunfo del bien sobre el mal. A pesar de todo, el mal sigue existiendo en el mundo y los autores del mal, con frecuencia, se imponen cruelmente sobre las víctimas inocentes.

Dios está preferentemente con los que sufren. Si no fuera así, sería sólo un Dios de los que ríen, gozan y triunfan. Pero Él dijo: **«Dichosos los pobres..., los misericordiosos..., los que sufren...»** (Mateo 5,3ss). Por eso, el que sufre debe mirar a su dolor porque dentro de él está Dios. Y cuando se haya descubierto a Dios en el sufrimiento, incluso en el más absurdo, sólo entonces se habrá descodificado el misterio. Sólo entonces será posible exclamar como Jesús: **«TODO ESTÁ CUMPLIDO.»**

Jesús muere en el dolor, pero su última palabra no es un grito de fracaso sino de victoria. Su misión está cumplida, ha llegado a la meta. **El que no entienda así la muerte ha perdido el juego de la vida.**

SÁBADO SANTO

Hemos asistido en el Calvario a la muerte de Jesús y, hemos recogido el testamento de sus “*siete palabras*”, como una herencia sagrada. Con Jesús fueron ajusticiados otros dos hombres a los que remataron quebrándoles las piernas. A Jesús no, porque ya estaba muerto, así se cumplió lo que decía la Escritura: «**No le quebrarán ni un hueso**» (Juan 19,36). Los curiosos se van marchando; los verdugos también y el centurión confiesa: «**verdaderamente este era hijo de Dios**» (Mateo 27,54).

Y nuevamente subimos al Calvario porque todavía nos queda algo importante que cumplir. Allí, quedan únicamente Juan y el grupo de mujeres a las que se les suman el intelectual Nicodemo y el rico José de Arimatea, para cumplir con Jesús la última obra de misericordia que consiste en “*enterrar a los muertos*”. José cede a Jesús su propia tumba.

Cumplen ellos la obra de misericordia de “*enterrar a los muertos*” y nosotros vamos a cumplir la de “*consolar al triste*” acompañando a la Madre en su soledad. El terrorismo del Viernes Santo ha producido simultáneamente dos víctimas: Jesús, muerto en la cruz, y María, crucificada en su soledad. Junto al Gran Muerto del Viernes Santo se recorta en la cima del Calvario la silueta de la Gran Sola.

En María todo arranca de una decisión consciente y libre el día que dijo **SÍ** a la propuesta de Dios presentada en Nazaret por el ángel. Era elegida para una misión única, sin precedente ni semejante. Ella acepto al que iba a ser grande y redentor del mundo, por medio de la muerte en cruz.

La proposición era libre y ella podía haber dicho: «*que no se haga en mí según tu palabra, déjame vivir mi vida, no me la compliques, déjame seguir mi camino*». Si hubiera respondido así no estaría ahora llena de dolor, pero tampoco llena de gracia. El vacío de Dios es el más grave, es la peor y más pesada de todas las cruces que pueden pesar sobre los hombros humanos. El vacío de Dios es la peor soledad y la mayor pobreza.

Al principio casi todo fue dicha. Pero **¡cuán corta es la distancia que hay de Belén al Calvario!** Pronto vino el anciano Simeón a pronosticar a destiempo espadas de dolor: «**Este niño será piedra contra la que tropezarán muchos, y a ti una espada de dolor te traspasará el alma**» (Lucas 2,35). Desde entonces todo fueron presentimientos y sobresaltos. Sabía muy bien que su función de madre consistía en recibir al Hijo de Dios y suyo para dárselo al mundo. Comprendió que su Hijo no sería siempre para ella y temía que, en cualquier momento, pudieran venir a arrebatárselo. Todos parecían querer llevárselo, unos para seguirle y marcharse con él, otros para matarlo.

La piedad de la Edad Media desarrolló este tema en siete tiempos (los siete dolores de María) que son siete hechos en su vida, que abarcan desde el encuentro con el anciano Simeón hasta el momento en que deja el cadáver depositado en el sepulcro. El momento del robo definitivo, de la gran soledad.

¿Es este, quizá, el destino de los padres, de las madres? Por ley de vida llega un momento en que los hijos se marchan a vivir su vida, sin embargo, permanecen los vínculos filiales. Incluso hay algunas veces que los hijos se van seducidos sabe Dios por qué falsos ideales, para no volver, rompiendo todo vínculo. Pero, Jesús se fue a cumplir la misión confiada por el Padre sin romper con su madre; y, ahora no sólo se lo han robado, sino que también lo han azotado, maltratado, juzgado, condenado y... **¡lo han matado!**

Ella seguirá su camino de fidelidad, doliente pero fuerte, silenciosa. Entiende su vida como un instrumento libre puesto en manos de Dios y quiere cumplir hasta el fin su cometido. Y es la más cercana al Crucificado, la más fiel, la más consciente de lo que está realizando y del *porqué* de lo que sufre. Es así ejemplo de fidelidad a la palabra dada y, en este paso de su soledad, es modelo para los discípulos y analgésico espiritual contra el dolor.

La cruz es ley de vida. En la vida no hay sólo rosas para unos y espinas para otros; las cosas que necesitamos para la vida no les caen a unos del cielo como lluvia mientras que otros tienen que ganarlas con el sudor de su frente. Rosas y espinas andan mezcladas en el jardín y la vida tiene asperezas y cruces para todos.

No todas las cruces son iguales, hay cruces que son de madera, otras de hierro incluso las hay de plata y de oro, pero todas son igualmente cruces y todas pesan y molestan. Más, no todas las cruces son redentoras ni santifican automáticamente por sí solas. La única cruz que redime y santifica es la cruz de Cristo.

La cruz cristiana no consiste en dos palos ásperos y pesados incapaces de ser amados por nadie ni estimular a nadie. A esos “*palos*” hay que darles la vuelta para poder ver a Jesús que pende en ellos por amor y así encontrar el mejor sedante para todos los sufrimientos. La cruz cristiana consiste en el esfuerzo que cada uno acepta o se impone voluntariamente, por amor, para ser fiel a la voluntad de Dios. Esa es la única cruz que salva y santifica. **Esa fue la cruz de Jesús, esa fue también la cruz de María.**

PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 30,34a.37-43): *Hemos comido y bebido con él después de resucitado.*

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): *Busca los bienes de arriba.*

Evangelio (Juan 20,1-9): *Hasta entonces no habían entendido las escrituras.*

Las últimas palabras de Jesús el Viernes Santo en la cruz fueron de esperanza. Después, Jesús encomendó su espíritu en las manos del Padre y expiró. Al morir Jesús la superficie de la tierra, fue cubierta de densas tinieblas porque donde no está Dios todo es oscuridad. El Padre recibió en sus manos el espíritu de Jesús y al cabo de tres días, tal y como estaba anunciado:;;;RESUCITÓ!!!

;;;ALELUYA!!! En esta Noche Santa, una inmensa claridad ha inundado el mundo. La luz de **Cristo Resucitado** ha llenado nuestros corazones. Todo es obra del poder y el amor de Dios. La liturgia de ésta gran celebración de la PASCUA, con todos sus textos llenos de esperanza, nos lo han ido recordando. A grandes saltos, maravilla tras maravilla, promesa tras promesa, hemos recorrido la historia de la salvación hasta llegar a la gran realidad de la resurrección de Jesús. Es el acontecimiento capital. Con Él todo acaba y todo empieza. Se acaban todos los temores, empieza una nueva vida y el futuro se ilumina de esperanza.

Hay en todas las formas de vida ciertos mecanismos de adaptación. Cuando el Hijo de Dios se encarnó, asumió la naturaleza humana con todas sus consecuencias y se adaptó a ella, se humanizó por completo. Fue un ser humano y nada de lo humano le resultó extraño: **Lloró** como los que lloran y **rió** como los que ríen; sufrió y gozó, compartió, consoló, curó, perdonó y murió.

Jesús se proclamó “*luz del mundo*” y esa luz no se ha apagado en la cruz. Ahora viene **Resucitado** y nos introduce en las realidades divinas, mucho más allá de las fronteras de la muerte. Además nos comunica un mensaje de esperanza. “*Con su muerte y resurrección nos ha comunicado su Espíritu y ha abierto a nuestra naturaleza humana las posibilidades divinas.*”

Jesús es vencedor de la muerte y del odio. Su victoria no es una victoria violenta sobre la misma violencia. Es la victoria del Gran Amor sobre todos los egoísmos, odios y pecados del mundo. Es el Amor que quiere derramarse en nuestros corazones por la comunicación de su Espíritu para que vivamos en la fraternidad universal de los hijos de Dios.

Nos ha librado del pecado y de la muerte. El que cree en Él vivirá aunque tenga que pasar por la muerte. El que cree en Él ha quedado libre del pecado. Jesús resucitado nos comunica su Espíritu para sacarnos de nuestras pequeñeces humanas, para ayudarnos a superar nuestras mediocridades. La resurrección no es un fenómeno único en Jesús, sino que se producirá en todos nosotros porque todos resucitaremos con Él.

Necesitamos el mensaje de la resurrección tanto a nivel espiritual como social y político. ¿Quién podría, si no, producir el milagro de insuflar ganas de vivir en tantos perseguidos, torturados, afligidos? El cuadro humano del sufrimiento físico y moral es densamente negro. El mal tiene muchos brazos, caras, nombres y pseudónimos. Puede llamarse terrorismo, xenofobia, nacionalismo, fundamentalismo, irresponsabilidad, egoísmo...

Hay millones de seres humanos que están muriendo a causa del hambre y de las guerras, es un *macro-sacrificio* del que se deriva un *macro-odio*, que es siempre una negación del amor. Contra esta situación pequeñas recetas no bastan. La cruz es expresión del amor divino con dos palos simbólicos, uno vertical hacia arriba para reconciliarnos con Dios, y otro horizontal abarcando con su amor a todos los hombres para reconciliarnos entre sí.

La victoria del amor y de la vida sobre el odio y la muerte constituyen el mensaje pascual. El perdón ofrecido y aceptado es condición de vida y bienestar en paz. Cuando fallan tantas tentativas humanas para lograr una paz estable y verdadera, hay que escuchar al Resucitado que en sus apariciones saluda siempre con su paz y manda no tener miedo.

Desea Jesús que hagamos un esfuerzo por asimilar su vida divina como Él asimiló nuestra naturaleza humana, y que realicemos esta asimilación por un proceso de “*mimetismo*” viviendo su vida, sus enseñanzas, sus ejemplos; dejándonos impregnar y contagiar de la alegría pascual. **Ser hombres y mujeres de la resurrección es creer en estas posibilidades y anunciárselas al mundo.**

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,42-47): *Los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común.*

2ª lectura (1ª Pedro 1,3-9): *Hemos renacidos para una esperanza nueva.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

Tras la muerte de Jesús, sus discípulos entran en una crisis general de miedo. Algunos se dispersan volviendo a sus lugares de origen; otros deambulan por calles y caminos como desequilibrados; otros llenos de miedo, se encierran en una casa sin atreverse salir... **¡Nadie comprende lo que ha pasado!** Todos siguen sin entender lo que el Maestro les había dicho que tenía que ocurrir. Siguen sin percibir que lo sucedido les había sido anunciado desde antiguo y estaba así recogido en las Escrituras: **«¡Qué torpes sois y que lentos para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso para entrar en su gloria?»** (Lucas 24,25-26).

«Al amanecer de aquel día, el primero de la semana, cuando aún estaba oscuro...» (Juan 20,1). Las mujeres son las primeras en correr a "buscar" al Resucitado pensando sólo en el muerto. "Era todavía de noche". Esta connotación atmosférica es reflejo exterior de la oscuridad interior de los espacios del espíritu. El ángel les dijo: **«ya se que buscáis a Jesús crucificado. ¡No está aquí! Ha resucitado»** (Mateo 28,5). Y van corriendo a anunciar la gran noticia a los apóstoles.

Pero la fe sólo se hace evidencia en el encuentro personal con Jesús. María vio al Resucitado y no lo reconoció hasta sentirse interpelada con su nombre. Luego son los mismos apóstoles los que se ponen en movimiento en busca del Resucitado, presente de maneras y formas impensadas. Se muestran reacios a creer. Primero no creen a las mujeres. Después le ven a Él, pero le tienen por un fantasma o por un viajero. Los de Emaús caminaron con Él sin reconocerle hasta la relación personal de la fracción del pan.

La duda es cualidad de la no-evidencia de la fe. Grandes creyentes, teólogos y santos han tenido dudas no sobre el amor de Dios evidenciado en la cruz, pero sí de sus misterios. Para hablar de esa situación han escrito de "la noche oscura del alma". La Biblia habla de hombres de fe con grandes dudas. Fe y dudas se encarnan en Tomás. Unos, como él, ponen condiciones para creer. Otros hacen suya la profesión de fe repitiendo sus mismas palabras: **¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!** (Juan 20,28).

El camino de la fe suele resultar oscuro. Es un proceso de búsqueda progresiva hasta el encuentro con Jesús. El que avanza por ese camino sabe que necesita encuentros con otros creyentes que marchan en la misma dirección y cuyo intercambio resulta mutuamente enriquecedor. En el caso de la fe pascual de los apóstoles se ve muy claro. ¿Donde tienen lugar hoy las experiencias pascuales de los discípulos? El relato evangélico da pistas de orientación. No es Tomás la figura central del relato, sino Jesús en medio de sus discípulos. **«Es un "signo" de los muchos que hizo Jesús y se han escrito para que vosotros creáis»** (Juan 20,30-31).

Tomás no llega a la fe por sí solo. En el camino desde la duda hasta la profesión de fe influyó la comunidad de sus compañeros en medio de los cuales se hace presente y se da a conocer Jesús. La comunidad no expulsa a Tomás por hereje. Le considera como un miembro con problemas al que hay que aceptar y ayudar. En la comunidad de fe, los creyentes se aceptan como son en su diversidad, con sus dudas y problemas. El resto lo cumple el Señor, presente en medio de ellos. Por tanto, una comunidad reunida en torno al Señor es el lugar de encuentro donde Jesús está en medio y es reconocido y confesado.

El hecho es desplazable a nuestras celebraciones eucarísticas. La misa es el lugar de encuentro y tiempo de fe, al menos este es su intento. Jesús es el centro de la celebración comunitaria. Él da su paz con posibilidad de crear condiciones de confianza no habitual en el mundo: **«Paz con vosotros. Como el Padre me ha enviado así os envío yo»** (Juan 20,21). Él aglutina a todos los tímidos, inseguros, dubitativos, a los que buscan y preguntan. Una comunidad cristiana no es la reunión de los previamente santificados, sino un conglomerado de elementos humanos con sus limitaciones, taras e incoherencias a los que Cristo quiere llenar y transformar con su gracia a condición de creer en Él y dejarse llenar por Él.

«A los ocho días se les apareció Jesús» (Juan 20,26). Cristo vuelve a esa comunidad de dubitativos y tímidos. Tomás encuentra la fe *dentro y no fuera*. Por causa del "incrédulo Tomás" viene el Señor una vez más a hacerse visible en medio de todos. Jesús, libre ya de las leyes físicas de la materia, se pone en medio de los discípulos y como argumento empírico invita a Tomás a acercarse y palpar las llagas de sus heridas y costado.

San Pedro escribe y alaba la fe de los cristianos, no habéis visto a Jesucristo, y le amáis; no le veis y creéis en Él. Y Jesús promete: **«dichosos los que crean sin haber visto»** (Juan 20,29). La Iglesia es una comunidad de *creyentes*, no de *videntes y palpantes*. Los encuentros con el Señor tienen lugar en el ámbito de la fe. Esa fe se nutre en el contacto con el Resucitado y con los que creen en Él sin haber visto. Eso es una Eucaristía debidamente celebrada.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14.22-33): *La muerte no pudo retenerlo bajo su dominio.*

2ª lectura (1ª Pedro 1,17-21): *Habéis sido redimidos por la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto.*

Evangelio (Lucas 24,13-35): *Quédate con nosotros porque atardece.*

El relato evangélico de “*los discípulos de Emaús*” debe ser leído y meditado por todo cristiano, con el espíritu de un bautizado que quiere hacer suya la experiencia de Cristo. Así, podremos obtener, el mismo redescubrimiento que de Él tuvieron estos dos discípulos.

Los relatos bíblicos de la fe, frecuentemente, son relatos de viaje, mientras se va de camino. Dios llama al hombre a entrar y marchar por sus caminos. Él mismo se hace compañero nuestro, nos va ayudando a caminar y al final del viaje lo podemos reconocer. La fe no es un “*algo*”, una cosa adquirida de una vez para siempre. La fe es un proceso más que un logro, porque cuando la fe logra su objeto desaparece y se hace visión. La historia de los discípulos de Emaús, como la de todos los peregrinos de la fe, es una historia que describe la situación y proceso de todos los que buscan al Señor, «**es la historia del pueblo peregrino de Dios.**»

Estos discípulos son judíos piadosos. Han celebrado la pascua en Jerusalén y regresan sin esperanza, como el que vuelve de un funeral. Llevan el corazón roto, la desilusión a cuestas, el alma desolada y caminan tristes. Hablan del difunto, cuya historia conocen: su prestigio como profeta, su muerte ignominiosa, la tumba vacía y las palabras de los ángeles a las mujeres. Hablan también de sus frustrados sueños independentistas y de sus esperanzas muertas. Mejor así, porque se trata de esperanzas falsas, de quimeras y utopías en un libertador *desde arriba* en coalición con los jefes del pueblo. Pero fueron precisamente éstos los que le ejecutaron. Lo que Jesús quiere es la liberación *desde abajo*, colmando las aspiraciones de los pobres, pecadores arrepentidos y humildes.

Del encuentro con Jesús va a nacer la fe verdadera en el Cristo real con sus auténticos ideales. Todo ello desde un proceso de fe que se inicia en el encuentro con el desconocido, y termina con su identificación total al final del camino. Estos discípulos se comportan como espectadores, sin darse cuenta de que son actores de un proceso de fe en diálogo con el protagonista, Jesús.

Cuando reconocen a Jesús, Él desaparece porque, cuando *la luz natural del día* ya declina es cuando renace la *luz del espíritu*. En ese momento se ilumina todo y es entonces, cuando caen en la cuenta de que Jesús ya no pertenece al espacio ni al tiempo; que Jesús es eternidad. Comprenden también por qué el corazón les ardía mientras les explicaba las Escrituras a lo largo del camino. Y, sobre todo, comprenden el misterio de la cruz y la necesidad de la resurrección. Entonces, *desandan el camino*, gozosos, para anunciar a sus compañeros la esperanza recuperada: **¡EL SEÑOR HA RESUCITADO! - ES EL MENSAJE PASCUAL.**

Emaús dista unas dos leguas de Jerusalén pero está muy cerca de aquí, pertenece a nuestro entorno. Cualquier cristiano puede sentirse interpelado en este relato y descubrir que en él se está hablando de su propia situación como creyente. Hay muchos cristianos desorientados en su fe, decepcionados en sus esperanzas. Quizá no de Cristo pero sí de una Iglesia de la que se habían formado otra idea, quizá una falsa ilusión. Muchos bautizados no son capaces de reconocer al Cristo pascual. Y caminan como los de Emaús, tristes por la vida bajo el peso de sus dudas, tan llenos de decepción como vacíos de esperanza. Necesitan alguien a su lado que les haga comprender.

¿Cómo puede llegar a la fe en el Resucitado el que no ha visto a Jesús ni ha hablado con los que le vieron? El mismo Jesús, nos hace una buena homilía aplicando los textos a la situación actual. Lo primero es entender bien la Palabra de Dios: **¡Lo que ha fracasado no es Jesús, sino los falsos sueños sobre Jesús!** Una comunidad cristiana necesita oír, meditar la palabra de Dios para llegar a comprender lo que parece misterio: el escándalo de la cruz, que era necesario que Jesús sufriera. **El encuentro por la fe, iniciado en la Palabra culmina en la fracción del pan Eucarístico.**

Palabra y Eucaristía son dos fuentes importantísimas para la fe en Dios y en su presencia invisible. En la Palabra y en el Sacramento, está principalmente presente Cristo en nosotros. Es la Eucaristía la que vincula mejor la presencia de Jesús con nuestra vida diaria para poder ver a Dios activo en el trabajo y en el sufrimiento del necesitado. Por lo tanto, Emaús es actualidad y está aquí como marco de nuestras dudas y desencantos y enmarca la experiencia eucarística con nuestros hermanos y con los demás creyentes.

La historia de Emaús es un modelo de celebración eucarística. Muchos se ponen en camino para venir a Misa a encontrarse con Jesús en la Palabra y en el Sacramento. **«Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída»** (Lucas 24,29). Más, nuestro caminar con Jesús no termina con la misa y a las puertas del templo. ¡Es precisamente allí donde empieza! El sentido de las Escrituras no procede sólo de la explicación desde el ambón, sino también de todos los compañeros que Dios nos pone en el camino para abrir juntos ojos y corazón, y entonces, *“desandar el camino”*, para comunicar y compartir con los demás, **¡con el prójimo!** nuestra vivencia: **¡HEMOS VISTO AL SEÑOR!**

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14a.36-41): *Estad ciertos que al mismo Jesús, Dios lo ha constituido Señor y Mesías.*

2ª lectura (1ª Pedro 2,20b-25): *Cristo es el pastor de nuestras almas.*

Evangelio (Juan 10,1-10): *Yo soy la puerta: quién entre por mí se salvará.*

No sé, si alguna vez habrá sucedido que, alguien, después de haber leído una encíclica del papa, escuchado el testimonio de un misionero o una homilía de su párroco, que le haya podido llegar directamente al corazón; se haya sentido mal y haya intentado salir de su estado, preguntando como los oyentes de Pedro: *¿Qué tengo que hacer, hermanos?*

Porque claro, a nosotros, la contestación de Pedro: *«Convertíos y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo»*, no nos sirve. Al menos en parte, ya que nosotros, hace algún tiempo que fuimos bautizados en el nombre de Jesucristo, recibimos los dones del Espíritu Santo y hemos sido perdonados quién sabe cuántas veces. Aunque, quizás todavía no hemos dado el paso previo *“arrepentirnos”*, o sea, *“convertirnos”*. Hemos recibido todo. Solamente nos falta... la conversión.

Después de haber escuchado la Palabra de Dios, es muy fácil comentar *“¡qué predicación tan estupenda!”*, y pensar que sabemos, perfectamente, *lo que deben hacer los otros*; pero, sólo cuando empiece a entender **lo que debo hacer yo**, puedo afirmar que he acogido la Palabra de Dios. Si uno no se arriesga poniendo en peligro su comodidad y no advierte la necesidad de convertirse, ese sermón simplemente ha sido inútil. La fe compromete a mente, corazón y manos y el que ha recibido el mensaje no puede nunca permanecer con los brazos cruzados.

Hay en el evangelio autodefiniciones en las que Jesús habla de sí mismo y se define como **luz, camino, verdad, vida**... A esa serie de definiciones nos añade hoy una doble: *«Yo soy el buen pastor»* y *«Yo soy la puerta»*. Puede parecernos desconcertante: *¿Jesús es al mismo tiempo, el buen pastor que conduce a las ovejas y la puerta del redil?* Otra vez nos provoca a calar en el hondo significado de sus palabras este fascinante Jesús de Nazaret. Él es el pastor que nos guía, y, al mismo tiempo, es la puerta por la que Dios viene a los hombres y a través de la cual tenemos los hombres acceso a Dios. Él es la Vida y la puerta para entrar en la Vida.

La metáfora del *“buen pastor”* con sus distintas variaciones, son claramente, aplicables a Jesús. No así a quienes debe aplicarse, en concreto, las alusiones a bandidos y ladrones. En el AT los malos pastores fueron los líderes del pueblo. Por ser malos, asumió Dios la tutela y protección de su pueblo. Una primera imagen opone el pastor al ladrón, luego se desarrollan variaciones de la *actividad pastoril*, que posteriormente es *actividad pastoral*.

Normalmente llega el pastor por la mañana, abre la puerta del redil y guía su rebaño a buenos pastos de vida. Por la tarde regresa, lo deja protegido durante la noche y cierra la puerta hasta la mañana siguiente. Excepcionalmente llegan los ladrones, sin llaves y de noche, saltan por encima de las tapias y producen estragos en el rebaño en beneficio propio.

La puerta es una parte importante de la casa. Sirve para entrar y salir, para permitir el acceso a alguien o para excluirle de nuestra intimidad. Las puertas se ponen para eso: para entrar y salir. Por ampliación y metáfora se habla también de las puertas del corazón o del alma por las que damos acogida en nuestro afecto a alguien o le excluimos de él. Hay puertas cerradas y puertas abiertas. Lo mismo sucede con los corazones.

Cuando Jesús dice: *«Yo soy el Buen pastor»*, nos está diciendo que conoce y habla directamente con sus *“ovejas”*, los redimidos, a lo que conduce por los caminos de la vida a la morada en plenitud de la casa del Padre. Y cuando nos dice: *«Yo soy la puerta»*, nos está hablando de una puerta abierta, completamente, de par en par, que permite el paso libremente en ambas direcciones y por la que podemos entrar o salir sin ningún impedimento. Y que por *“esa puerta”* nos introduce en la intimidad de Dios, poniéndonos en relación directa y personal con Él.

Queda claro que Jesús es la única puerta del verdadero redil, de la misma manera que es el camino, la verdad y la vida y que ni filósofos, ni sociólogos, ni gurús pueden reemplazarlo. La fe en Jesús está constantemente expuesta al asalto de los que no entran por la puerta.

El texto de este evangelio, es el preferido para la liturgia de la toma de posesión de un nuevo párroco u obispo, puestos al frente de una parroquia o diócesis para regirlas como pastores en nombre de Cristo, **único pastor de nuestras almas**. Del pasaje citado se deduce la conducta que deben seguir todos los que han sido puestos por Dios para conducir a su pueblo. Son *“pastores”* con la función de guiar con la palabra y servir de *“puertas”* de acceso a Dios por la administración de los sacramentos, en una comunidad de personas en la que nadie es anónimo porque el *«Pastor-Cristo»*, conoce y llama a cada uno por su nombre y, los llamados sabemos distinguir la voz del pastor de entre todas las voces y alborotos del mundo.

Somos, por tanto, una *“Iglesia-comunidad”* con íntimas relaciones interpersonales en **DONDE CADA UNO ES “ALGUIEN” Y DONDE NADIE ES DESCONOCIDO, NI ANÓNIMO.**

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6,1-7): *Eligieron a siete llenos de espíritu y prudencia.*

2ª lectura (1ª Pedro 2,4-9): *Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres.*

Evangelio (Juan 14,1-12): *El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago.*

La sensación de soledad y miedo es una de las características propias de nuestra sociedad y en general de la naturaleza humana. Siendo el miedo falta de seguridad y de confianza, encontramos que hay miedo en los hombres, miedo en algunas familias, en las escuelas, en muchas calles y en muchos pueblos. Hay miedo a equivocarse, a no ser aceptado, al futuro, a todo lo que puede amenazar nuestro bienestar y prestigio; y, sobre todo, hay miedo a la enfermedad, a la vejez y a la muerte. Todo ser humano, desde el momento de nacer, empieza a recorrer un camino. Un camino que inexorablemente lleva a una meta: *“Vivir es caminar, morir es agotar el camino”*.

“Toda despedida es necesariamente triste” El Maestro se va, y los discípulos, hasta ahora protegidos por su presencia, se van a encontrar pronto solos, en circunstancias semejantes a las del muchacho que sale por vez primera de casa de sus padres y tiene que enfrentarse, sólo, con la vida. Necesitamos oír la palabra tranquilizadora que Jesús nos da: **«No tengáis miedo, no perdáis la calma, creed en Dios, creed y tened confianza en mí»**

El deseo de saber cómo es y dónde está Dios es una de las primeras y más profundas curiosidades de los niños, que suele perdurar, aún de mayores, durante mucho tiempo. Avanzando por la vida oímos voces de infinitud de promesas, pero *¿cuál de ellas promete sin engañar? ¿De cuál puede uno fiarse?* En la vida hay muchos caminos y senderos, pero *¿Son todos los caminos iguales o, al menos, convergentes? ¿Cuál es el camino que lleva a la vida? Y si no lleva a la vida, ¿a dónde lleva?*

Probablemente existía en la antigua comunidad cristiana un grupo que esperaba ver a Dios, deseo manifestado por Felipe al que responde Juan: *En el aquí y ahora no hay posibilidad de ver a Dios fuera de la experiencia directa hecha en Jesús. Dios está y actúa en lo que Jesús dice y hace. Jesús-Dios-Hijo hace visible y audible a Dios-Padre.*

Al deseo mostrado por los discípulos de saber dónde está Dios y cuál es el camino para llegar hasta Él, responde Jesús: **«Dios no necesita casa ni espacio»** Pero si queremos entenderlo, el lugar donde está Dios se llama **“LA CASA DEL PADRE”** y **«en esa casa hay muchas moradas y el camino para llegar al Padre soy yo mismo»**. Y añade algo más que no le habían preguntado, nos dice que: **«viéndole a Él, estamos viendo al Padre; y conociéndole a Él, conocemos también al Padre»**.

Basta con permanecerle fieles, porque Él es el CAMINO, Él es la VERDAD y Él es la VIDA.

- **ES CAMINO:** porque sólo por el Hijo hay acceso al Padre.
- **ES VERDAD:** porque al que encuentra a Jesús se le manifiesta la verdad de Dios.
- **Y ES VIDA:** porque es alcanzar la vida indestructible entendida como don de Dios.

¿Es posible una comunidad cristiana ideal, una parroquia ideal? La descripción de la comunidad de Jerusalén parece cumplir todos los requisitos necesarios: **«Una fe viva en armonía perfecta, con un solo corazón y una sola alma, donde nadie carecía de nada»** (Hechos 4,32). Pero el mismo Lucas, que describe aquél idilio, que parece más de ángeles que de hombres, vuelve sobre los pasos para señalar algunas sombras: *tensiones..., grupos..., favoritismos..., protestas*. Cierta tipo de problemas parece inevitable en cualquier empresa o comunidad humana. En realidad no importa tanto el hecho de la existencia de problemas o tensiones como la manera de resolverlos según nos inspire el amor a Jesús resucitado.

Una de las maneras posibles de seguir a Cristo es enfilando el *“camino del desecho”*, uniéndonos a la acción de los apóstoles e integrándonos en su Iglesia, adhiriéndonos a los desheredados del mundo. Pues, acercándonos **«a la piedra que desecharon los constructores y que se ha convertido en piedra angular»**, nos convertiremos en constructores capaces de mostrar a todos cosas maravillosas efectuadas por medio de la fe: **«el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores.»**

Porque la Iglesia de Cristo, y por consiguiente la de los abandonados del mundo, no es una comunidad de descontentos, sino una **“raza elegida”, “sacerdocio real”, “nación consagrada”** que comparte con Él, la vida de resucitados. Que no tiene delante un muro frente al que ir a llorar la destrucción del templo, pues somos un **«pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de las tinieblas y entrar en su luz maravillosa»**, para re-construir, cada día, el templo de su *“Cuerpo místico”* y proclamar, una y otra vez, en todo el mundo y a todas las gentes: **LA LLEGADA DE SU REINO DE AMOR.**

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8,5-8.14-17): *Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.*

2ª lectura (1ª Pedro 3,15-18): *Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu.*

Evangelio (Juan 14,15-21): *Yo pediré al Padre que os dé otro Defensor.*

«*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos...*» «*Si me amáis*». No dice: -si sois valientes o si entendéis, si parecéis inteligentes o si sois obedientes... y mucho menos: **si no queréis ir al infierno**. Nos deja un deseo, un único deseo: «*Que amemos*». Y es que si queremos, de verdad, ser seguidores de Jesús, el estímulo, la motivación y el estilo de nuestra conducta, no puede ser otro que **EL AMOR**.

Si nuestros comportamientos son motivados por alguna otra cosa, aunque desde el punto de vista de la observancia formal de la ley, sean irrepreensible, no serán cristianos. Nuestra Iglesia es la Iglesia de Cristo, no porque sea un lugar de obediencia o de disciplina o una organización perfectamente funcional por la ortodoxia o la cultura, sino porque es la «*Iglesia del amor*». Si hemos aprendido a «*amarle*» y a «*amarnos*», entonces es cuando somos verdaderamente Iglesia.

Jesús, antes de partir, no distribuye ningún diploma, doctorado o certificado de autenticidad cristiana. Nos pide, solamente que «*amemos*». Si no somos la «*Iglesia del amor*» no somos Iglesia. Si hemos aprendido a amar, hemos aprendido lo fundamental. Si hemos entendido el amor, hemos entendido todo lo que había que entender. Nuestros actos quedan autenticados, en tanto en cuanto estén efectuados en el lenguaje del Amor.

Jesús, nos ha dado a conocer el gran amor que Dios-Padre nos tiene y nos ha mostrado el camino que nos conduce hasta Él. Nos ha revelado que imitando los signos de amor del Hijo y amando como Él, lograremos «*ver*» al Padre. Nos ha enseñado que viéndole a Él estamos viendo al Padre. Nos ha dicho que si «*amamos*» haremos las cosas como es debido, porque haremos la única cosa agradable a Dios-Padre. Que si amamos... puede marchar tranquilo, que puede fiarse de nosotros.

Las despedidas pertenecen al grupo de las grandes experiencias humanas y tienen unos signos muy peculiares y característicos. Toda despedida suelen ir envuelta en expresiones de tristeza porque significa siempre cierta ruptura y todo desgarrón duele necesariamente; porque, acompañando al dolor de la separación, suele haber también cierto miedo a la situación nueva creada por la ausencia del ser que despedimos.

Los discípulos oyen al Maestro anunciar oficialmente que se va, y Él advierte en ellos gestos y tal vez expresiones de preocupación y miedo ante lo que les puede venir encima, si quieren permanecer y vivir fieles a sus enseñanzas. Mientras Él estaba sobre la tierra, mientras permanecía con nosotros, no nos faltaba su ánimo y su ayuda. Ahora está a punto de dejarnos y su preocupación más dominante, es que entendamos que no nos deja desamparados, nos asegura que el Padre no abandona la tierra, que el Padre no abandona a sus hijos. Que no nos deja «*huérfanos*» y nos promete: «*Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor.*»

La desaparición visible de Jesús no significa abandono. Los discípulos no van a vivir bajo un trauma de orfandad porque no van a quedar huérfanos. Vendrá otro consolador y protector, el «*Espíritu de la Verdad*», que cumplirá bien su obra de consolar y hacer comprender. El «*Espíritu*» se convertirá en una gran fuerza interior, en medio de una comunidad de amor creada por los fieles, que exteriorizará su presencia a través de fenómenos perceptibles por todas las gentes y en todo el mundo. Es en el seno de esa comunidad fraternal de creyentes, donde será posible encontrar el apoyo mutuo contra el desánimo, la soledad y el miedo.

El Espíritu, asegura Jesús: «*estará siempre con vosotros*» y nos lo repite con otra fórmula significativa: «*Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros*». Así pues, la experiencia del cielo, se hace posible sin tener que abandonar la tierra. Tiempo y geografía resultan alterados porque «*ese día*», que podría hacer pensar en la eternidad, se convierte en «*este día*»; y el cielo ya habita en la tierra.

El cristiano no es una persona que tenga la obligación de visitar muchos santuarios, porque el santuario que debe frecuentar, para no interrumpir su relación con la divinidad, lo lleva dentro. Mas esa interioridad jamás puede convertirse en Iglesia que se aísla replegándose sobre sí misma, porque el «*Espíritu divino*» que alberga en su interior no puede permanecer quieto, necesita ser activo, salir al mundo y convertirse en misionero. Esa actividad apostólica se convierte en liberación llena de alegría (Felipe, recién ordenado diácono para el «*servicio de las mesas*» no pudo permanecer estacionado, sintió el impulso misionero y bajó a Samaria a predicar.)

La fe da a los creyentes la convicción de ser un pueblo en marcha, peregrinos de la fe en Jesús resucitado y acompañados por su Espíritu, que en medio de una comunidad, se hace portadora y testigo de un mensaje de esperanza que debe transmitir a todo el universo y a las nuevas generaciones como norma de vida.

Comunidad que conmemora el memorial de Cristo en la fiesta eucarística del pan compartido, donde es el mismo Jesucristo quien lo parte y reparte como realidad de su presencia y signo de vida eterna.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *Se elevó a la vista de todos.*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Le sentó a su derecha en el cielo.*

Evangelio (Mateo 28,16-20): *Id y hacéd discípulos de todos los pueblos.*

La muerte, resurrección y glorificación de Cristo, se celebraban al principio en la Iglesia, como una unidad y en una sola fiesta. Es en el siglo IV cuando se desdobló el llamado *ciclo pascual* en diferentes celebraciones, y ya a fines de este siglo IV, empieza a celebrarse la Ascensión con entidad propia, cuarenta días después de Pascua.

En la Edad Media se difundió la representación plástica del misterio, en diversa forma de figuras ascendentes de Jesús o también, situándolo a la derecha de un majestuoso “Padre-Creador”, pretendiendo así expresar la glorificación de Jesús y el contenido de las palabras: **«se me ha dado todo poder»**

Estas interpretaciones pueden inducirnos a error si la contrastamos con las acciones del Maestro. Jesús no parece haber recibido un poder para someter ni dominar a nadie. “*La Biblia debe ser interpretada a la luz de la misma Biblia*” y así se lee: **«Sabiedo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, se levanta de la mesa... y empieza a lavar los pies de sus discípulos. Y luego enseña: ejemplo os he dado»** (Juan 13,3-5). La misión de los apóstoles no es empresa de dominación, sino de ejemplaridad de servicio y consigna de liberación.

Así mismo, para expresar la ausencia visible de Jesús se apaga en la liturgia el cirio pascual que durante toda la cincuentena pascual hemos mantenido encendido. También este rito puede inducir a falsas interpretaciones, ya que la desaparición de Jesús no es ausencia definitiva sino presencia nueva. El cirio debe pues colocarse de manera visible junto a la pila bautismal y permanecer allí durante todo el año, encendiéndose no sólo en la celebración de los bautizos, sino también en la administración de todos los sacramentos: primeras comuniones, confirmaciones, matrimonios o exequias.

Parece como si quisiéramos enmendar la plana escrita por Dios, sin darnos cuenta que los pensamientos de Dios difieren, la mayor parte de las veces, de nuestros pensamientos: **«Mis caminos no son vuestros caminos»**. Los designios divinos nada tienen que ver con nuestros designios humanos. En la celebración de hoy, por ejemplo, ponemos siempre el énfasis en la Ascensión de Jesús, cuando lo que en realidad deberíamos celebrar y con toda solemnidad, es la partida de los discípulos, o sea, el principio de la misión.

Los once siguiendo las instrucciones de Jesús, se han marchado a Galilea. **«Al verlo, ellos se postraron»**. Parece como si volviésemos al principio. He aquí una escena que nos remite a la narrada por los evangelios de la infancia a propósito de los magos: **«postrándose lo adoraron»**. A José se le anunció el Emmanuel, o sea, el **«Dios-con-nosotros»**, aquí Jesús asegura: **«Yo estoy con vosotros»** e inmediatamente, ya no es Jesús el que actúa y anuncia... sino el que pide que se haga y que se anuncie: **«Id y hacéd discípulos de todos los pueblos, bautizándolos....»** Es la nueva forma de estar con nosotros todos los días.

Se trata más bien de una declaración que constituye una orden específica. **«Id»**, mejor aún, **«partid»**, se convierte así en la palabra clave, en el movimiento como signo decisivo de la tarea concreta que deben (debemos) asumir sus discípulos, por ello, hoy no debemos celebrar tanto la partida del Maestro como el inicio de la misión de la Iglesia. Es urgente **«partir»**, el Evangelio debe comenzar su aventura en el mundo. El **«poder»**, la “*ejemplaridad de servicio*” que se le ha dado a Jesús tanto en el cielo como en la tierra, pasa en cierto sentido a los que deberán asegurar su presencia en el mundo.

«Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» Parece cómo si volviésemos otra vez al monte Tabor y repitiésemos **¡Qué bien se está aquí!**, mas Él nos dice: **«partid»**, moveos, poneros en movimiento. La tarea específica del cristiano, inserto en la Iglesia, es la de ser signo de la *presencia de Dios en el mundo* y de hacer nacer en los otros la exigencia de establecer la misma relación con Jesús. Se trata de vivir *–gestos de acuerdo con las palabras–* de tal manera que suscite en los otros deseos de realizar la misma experiencia.

Es verdad que el discípulo no puede estar en todas partes. No es posible ni necesario llegar a todos y alcanzar a todos, no es cuestión de multiplicar los viajes ni las actividades, sino de dar intensidad y transparencia evangélica a la propia existencia reflejada en acciones. La vida se pone a disposición de todos y cuando más se inserta uno auténticamente, en un ambiente, en un territorio, aunque sea minúsculo, más supera su mensaje esos confines y adquiere un alcance universal. Solo es necesario salir de nosotros, ir al encuentro de los otros y descubrir juntos, en un punto cualquiera del mundo, no el lugar donde Jesús fue ascendido al cielo, sino el lugar, la persona, el rostro donde Él está presente, aquí, en la tierra.

Y tengamos siempre presente su promesa: **«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»**.

PASCUA DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Cada uno les oía hablar en su propio idioma.*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

“**PENTECOSTÉS**”. Esta palabra no significa: dogma, misterio o una verdad religiosa, significa simplemente un número: “*cincuenta*”. Para los judíos fue inicialmente un día de acción de gracias por las cosechas recibidas en un adelantado verano en clima mediterráneo. Más tarde, la conmemoración del pacto de Dios con el pueblo al pie del Sinaí: “*cincuenta días después de la liberación de Egipto se hace entrega de la Ley de Moisés*”. El pacto de Dios con el pueblo hebreo peregrino en marcha hacia la “*tierra prometida*” prefigura el pacto de la nueva alianza de Cristo con el nuevo pueblo de Dios.

En la Iglesia celebramos un importante acontecimiento que sucedió también justamente cincuenta días después de la Pascua: “*que el Espíritu Santo bajó espectacularmente sobre los discípulos reunidos en oración*”. Es, por lo tanto, la conmemoración de un acontecimiento en una fecha determinada y en dependencia de la festividad central del calendario cristiano: la Pascua.

El Pentecostés cristiano, significa pues, el nacimiento oficial de la Iglesia como una nueva creación en la que el Espíritu de Dios, que planeaba sobre las aguas al principio de los tiempos, desciende ahora en forma de lenguas de fuego y viento huracanado para renovar la tierra y transformar a quienes lo reciben.

El libro de los Hechos nos describe un acontecimiento ruidoso, muy espectacular y abierto. Pero el pasaje del evangelio nos habla de otra comunicación previa del Espíritu Santo en el cenáculo, menos espectacular y ruidosa, pero quizá más densa en contenido. Jesús se presenta en medio de sus discípulos cuando estos, llenos de miedo, están encerrados y les saluda con la paz.

Los discípulos no se habían repuesto todavía del “*shock*” de la pasión y muerte de Jesús. Están reunidos a puertas cerradas por miedo a los judíos y por apego a la vida. Los que habían ejecutado al Maestro podrían muy bien continuar con ellos. De repente Jesús se hace presente en medio de ellos e impone su palabra contra el miedo: «**Paz a vosotros, soy yo, no tengáis miedo**» Les quitó su miedo, sopló sobre ellos para comunicarles su Espíritu y les confirió el poder de perdonar los pecados: Mensaje de libertad y de nueva vida.

El miedo cierra las puertas y los corazones. Es casi imposible establecer contacto con un corazón cerrado porque no sólo es que esté lleno de miedo, es que está vacío de esperanza. «**Paz a vosotros**», el que todavía espera algo, conserva las puertas y el corazón abierto. Jesús quita el miedo «**Soy yo, no temáis**» y como además de tener miedo están turbados, Jesús les saluda con su paz. «**Paz a vosotros**», no es sólo un deseo de paz sino pacificación real porque donde está Jesús habita la paz, y la paz de Jesús es consecuencia de su victoria sobre el mundo y la muerte. Por eso puede decir: «**No temáis, la paz con vosotros**».

Con el sople simbólico comunica Jesús su Espíritu, que es poder para perdonar los pecados. Los pecadores ya podemos ponernos en paz con Dios y vivir la nueva condición de hijos suyos. Es el primer don del Espíritu dado a los apóstoles. Jesús envía a su Iglesia este Espíritu pacifista y pacificador. El Espíritu que desciende de manera espectacular como viento y fuego en Pentecostés.

No podemos ver el viento pero sí sentir sus efectos, desde la suave brisa que refrigera hasta el potente huracán que arrasa. Así es el Espíritu Santo, no podemos verlo, ni asirlo, ni sujetarlo, pero sí es posible observar los efectos que produce. Su fuerza no es destructiva sino creadora. Viento que, libremente, sopla como quiere y donde quiere. No se repite ya en la forma visible del primer Pentecostés, pero nos deja un lenguaje universal y comprensible. Donde diversas mentalidades, culturas y gustos, desde la pluralidad de origen, se juntan en unidad de fe y de ideales, bajo la fuerza del amor, allí está operante el sople del Espíritu.

El «*efecto-Pentecostés*» es renovador y difusivo. Se parece al de una piedra lanzada al agua cuyo efecto se difunde en círculos hasta las orillas. Así, la acción del Espíritu se expande por el mundo y no se limita a cambiarlo; su eficacia llega a transformarlo. La Iglesia sigue viviendo de sus múltiples dones. Nosotros lo recibimos sacramentalmente en el bautismo, en la confirmación y en los demás sacramentos. Y cada día debemos dejarnos llenar por él para que nuestras vidas transformen la mundana trivialidad en belleza espiritual.

«**Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios**» (Romanos 8,14) Una Comunidad animada por el Espíritu crea nuevas relaciones y nueva naturaleza que actúa por los reflejos del mismo Espíritu. Donde se ayuda al necesitado y se atiende al enfermo, al refugiado y al abandonado; donde hombres y mujeres se ponen en marcha para anunciar el evangelio con riesgo de su vida y donde la comunidad de creyentes se reúne para orar y cantar las maravillas del Señor. En esa Comunidad de paz y amor está actuando el Espíritu. «**Paz a vosotros**»

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34,4b-6.8-9): *Señor, Dios compasivo y misericordioso.*

2ª lectura (2ª Corintios 13,11-13): *Tened un mismo sentir y vivir en paz.*

Evangelio (Juan 3,16-18): *El que cree en él, no será condenado.*

Moisés tras recibir la Ley de Dios en el Sinaí, rompe las tablas indignado por la prevaricación del pueblo que ha preferido un ridículo becerro de fundición al Dios vivo de la liberación de Egipto. Moisés lucha para renovar la alianza y por su oración de intercesión logra que Dios acepte su deseo. En el mismo hecho de perdonar al pueblo, Dios está revelándonos ya la grandeza de su **amor**.

Los saludos con que Pablo finaliza sus cartas, suelen ser un deseo de gracia. Las cartas, eran leídas por las primeras comunidades cristianas en sus reuniones litúrgicas. Después del comentario a la Escritura se daban los participantes el “*ósculo de la paz*” en señal de reconciliación, e inmediatamente comenzaban la celebración eucarística. Con esas cartas, Pablo estimulaba a aquellos cristianos a la perfección como exigencia de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu en quien creían y su formulación es tan acertada que, a través de los tiempos ha cristalizado de tal forma, que solemos iniciar nuestras eucaristías con las palabras de conclusión de su segunda carta a los corintios.

Dios-Padre da su **amor** como don gratuito en su Hijo, el Hijo se encarna para dar su vida por **amor**, y por **amor** también establece el Espíritu su morada en el alma. La vida cristiana, por tanto, es una fraterna comunión (común-unió) de los creyentes con Dios y de los creyentes entre sí por **amor**. La decisión divina de enviar al Hijo al mundo, no es para condenarlo, sino para que el mundo se salve. El concepto de “*mundo*” no es sinónimo aquí de la obra de la creación, ni tampoco se entiende como el “*mal opuesto a la gracia*”. Mundo significa aquí “*la humanidad necesitada de redención*”, llamada a decidirse por o contra Dios en el rechazo o aceptación de su **amor** por el acto de fe. **El que no cree, se cierra al amor de Dios y se juzga a sí mismo.**

«*Como prueba de su amor al mundo envía Dios a su Hijo*». Este don es el argumento irrefutable de su amor. Jesús al asumir la obra de la redención por **amor** se hace intermediario único entre Dios y los hombres: No hay mayor prueba de **amor**. El papel de Jesús es el de “*pontífice*”, artífice de reconciliación, mediador entre Dios y los hombres: «*Jesús no ha venido para condenar sino para salvar*». El **amor** de Dios no condena, pero sí pone ante la disyuntiva ineludible de optar por el **amor** o contra él. Optar por el **amor** es salvarse, rechazarlo es frustrar el destino. El destino eterno e individual se resuelve en la decisión de la voluntad libre a favor o en contra del enviado de Dios, Jesús.

El Hijo encarnado por **amor**, vive entre los hombres compartiendo su misma suerte y revela el **amor** del Padre. Él mismo se hace modelo perfecto en todas sus relaciones filiales lo mismo que en la fidelidad a la ejecución de la redención encomendada por el Padre. No sólo muere por **amor**, sino que da testimonio del **amor** del Padre. El Espíritu es revelado por Jesús y se revela a sí mismo especialmente en Pentecostés. Es el dulce huésped del las almas en las que mora como en un templo. Es guía, inspirador y protector. Asiste a la Iglesia suscitando oportunamente movimientos de grupos o individuos con la misión de hacer patente su acción a través de los carismas.

El término «*Trinidad*» no aparece como tal en la Biblia. Fue introducido posteriormente para precisar conceptos teológicos frente a los que negaban la divinidad del Hijo o del Espíritu o degeneraban en groseros politeísmos. Si bien la palabra cumple su cometido teológico, queda, sin embargo, para el creyente como algo difícil de precisar. Necesitamos adentrarnos en el misterio a través de los conceptos de *persona* y *naturaleza*, para “*intentar*” comprenderlo, pues hay que acercarse al conocimiento de las realidades divinas partiendo de las realidades humanas, con espíritu de humildad.

En lo humano donde hay una persona hay también una naturaleza, de ahí nuestra dificultad de comprensión, sin embargo, no hay contradicción en el misterio puesto que *persona* y *naturaleza* son conceptos distintos. San Patricio usaba la comparación del trébol para aclararlo: tres hojas (personas) y un solo tallo (naturaleza). Dios es siempre distinto, siempre mayor, siempre desbordante y por encima de nuestra capacidad de comprensión. La «*Trinidad*»: tres personas en una naturaleza, un solo Dios. Esta verdad de fe cristiana es un principio fecundo para nuestra vida humana puesto que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Es el contenido nuclear de la fe, aceptado sin distinción por todas las confesiones cristianas. Es el principio distintivo y exclusivo, es decir, pertenece a todas las confesiones cristianas y es rechazado por todas las que no lo son.

La Iglesia se presenta como «*Un pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (Vaticano II-Lumen Gentium-4). «*En las divinas personas hay unidad perfecta. Las tres actúan armónicamente en unidad hacia el mundo. Este misterio nos sugiere que existe cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la que deben tener los hijos de Dios en la unidad y en el amor*» (Vaticano II-Lumen Gentium-24).

CORPUS CHRISTI

1ª lectura (Deuteronomio 8,2-3.14b-16a): *Te alimentó con el maná.*

2ª lectura (1ª Corintios 10,16-17): *Aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.*

Evangelio (Juan 6,51-59): *Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.*

La **Eucaristía** tiene numerosos antecedentes bíblicos. Fue prefigurada ya por el pan y vino de Melquisedec (Génesis 14,18-20), el sacrificio de Isaac (Génesis 22), el cordero pascual (Éxodo 12), el agua de la roca y el maná en el desierto (Éxodo 16), por el pan de Elías (1 Reyes 19,19). Dependemos de Dios y él vela por nosotros. El alimento suministrado por Dios invita a confiar en Él y además es anuncio de otro alimento para el espíritu. Jesús cita este pasaje al rechazar la primera tentación en el desierto: **«no sólo de pan vive el hombre»**.

Como Moisés en el desierto, Pablo previene a los corintios contra el peligro de idolatría, en la cuestión de los idolotitos (carne sacrificada a los ídolos). Objetivamente esa carne no difiere de los demás alimentos porque los ídolos no son nada. Pero quien come de la víctima sacrificada entra en comunión con aquel a quien sacrifica, el ídolo. No se puede entrar en comunión con los ídolos comiendo los idolotitos y al mismo tiempo con Cristo recibéndole en la **Eucaristía**. La **Eucaristía** es sacrificio y todo sacrificio termina en banquete. Si el que comulga entra en comunión con Cristo, debe apartarse de la comunión con los ídolos rechazando sus sacrificios.

La **Eucaristía**, por otra parte, es sacramento de unidad. El que comulga entra en comunión con Cristo y con todos los demás que comulgan del mismo cuerpo. A un solo cuerpo físico de Cristo corresponde un solo cuerpo místico de creyentes y comulgantes. No se puede comer el mismo pan, en la misma mesa y tratarse fuera de allí como desconocidos. No se puede llamar Padre al mismo Dios y después no reconocer como hermanos a los demás hijos de Dios. El signo de unidad de la **Eucaristía** es manifiesto.

Los evangelistas cuentan que Jesús era invitado a banquetes y que con ocasión de esos banquetes instruía a las gentes y mantenía discusiones sobre problemas vitales. Jesús enseña que ante Dios todos somos insolventes, pero la generosidad de Dios-Padre perdona toda la deuda y el que ha sido perdonado debe dar a ese perdón una respuesta de amor agradecido. Todo el que ha sido perdonado ha contraído una deuda de amor. En buena lógica, cuanto más cuantiosa sea la deuda perdonada, más viva y fuerte tiene que ser la respuesta de amor.

Jesús aprovechó la ocasión de su Última Cena para impartir importantes enseñanzas antes de ir a la muerte. Nos habló del espíritu de servicio como característica de los que quieren llamarse suyos; de la vida fraternal en común, del amor fraterno siguiendo su propio ejemplo: **«Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo. ¡Amaos unos a otros!»**. Instituyó la nueva alianza cuyo centro es la **Eucaristía**, sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, misterio de fe, distintivo de los que creen en su nombre, y expresión pública de esa fe.

El discurso del “*pan de vida*” provoca una fuerte reacción contra la fe en un Dios cercano a las necesidades de los hombres y contra la entrega que Él hace de sí mismo, primero en Navidad y más íntimamente después en la **Eucaristía**. Ante el anuncio de este “*pan de vida*” se dividen los espíritus, las opiniones y los gustos. Unos cierran filas en torno suyo **«Señor, ¿a quién iremos?»**; otros se alejan de Él y le abandonan. El pan de Cristo dado en alimento es vínculo de unión pero, por extraña paradoja, el pan que unifica viene a convertirse, de hecho, en elemento de desunión.

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.» Jesús insiste de manera clara en la necesidad de comer la carne del hijo del Hombre para tener vida eterna, ya que esa carne, comida es garantía de resurrección para la vida, y también que alimentarse de esa carne conlleva la permanencia en Él. La manera de interpretar su presencia eucarística tiene todavía separados a muchos de los que creen en Él y no permite la celebración común. Los caminos de Dios son siempre misteriosos excepto el camino del amor que borra diferencias y nos conduce hacia Él.

En la **Eucaristía** se da Jesús bajo las especies de pan y vino, significativamente como las dos necesidades más elementales de la vida: comer y beber. Jesús se fue y sabemos que volverá. El tiempo intermedio es el tiempo de la Iglesia, nuestro tiempo. En este presente de Dios con nosotros se dan cita y se reúnen el pasado y el futuro. El “*pasado*” como recuerdo. La **Eucaristía** tiene una larga historia y todo cuanto en ella hacemos lo hacemos **«en memoria suya»**. El “*futuro*” como expresión de fe y esperanza. El “*presente*” se hace compromiso con Él y nos marca para actuar en el mundo. Vivir sólo del pasado conlleva ignorancia de la realidad. Vivir sólo para el futuro conduce a utópicos idealismos fuera de la realidad. La **Eucaristía** es misterio de fe, aquí y ahora, con el recuerdo del pasado para proyectarnos al futuro de Dios.

“Un cristiano puede celebrar la Eucaristía, sacramento de su fe, en cualquier parte del mundo sin sentirse, en parte alguna, forastero o extraño. Puede confesar la misma fe, invocar al mismo Padre, comer el mismo pan y saludar a todos sus hermanos con el mismo amor.”

DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 11,18.26-28): *Mirad: hoy os pongo delante maldición y bendición, elegid.*

2ª lectura (Romanos 3,21-25a.28): *El hombre es justificado por la fe. Elegid entre fe y ley.*

Evangelio (Mateo 7,21-27): *Yo entonces les diré: “Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados”.*

Retomamos el Tiempo Ordinario tras los especiales tiempos de Cuaresma y de Pascua. Los textos bíblicos de la liturgia de este domingo parecen estar en contradicción. La primera y la tercera lectura hablan de la necesidad de las obras; la segunda habla de la justificación por la fe sin las obras de la ley. Más tras una pequeña reflexión vemos que no es así. **«Amarás a Yahveh tu Dios y guardarás siempre sus ritos, sus preceptos, normas y mandamientos»** El Deuteronomio habla de la ley como expresión y presencia de la voluntad de Dios: *“Es necesario llevar esa ley continuamente ante los ojos”.*

«Mirad: hoy os pongo delante maldición y bendición». Ofrecedle dos caminos al hombre, y éste elegirá indudablemente el más fácil. Dios ofrece la salvación sin imponerla. Se nos propone elegir entre el bien y el mal, entre Dios y los ídolos. Según sea la elección se hará cada uno merecedor de bendiciones o castigos. El texto del Deuteronomio se escribe en términos de contrato y en tiempos de amenaza exterior para Israel. A la fidelidad por parte del pueblo seguirán las bendiciones del Señor.

Fijemos nuestra atención en el caso de los judíos. El Deuteronomio recomendaba meter las palabras de Dios **«en el corazón y en el alma»** y traducirlas en las obras (a esto se refiere la alusión a la muñeca) haciendo de ellas norma de conducta, criterio de vida, y orientación para el camino (eso quería decir **«la señal en vuestra frente»**). Los más conservadores dan a este texto una interpretación literal y lo cumplen portando las filacterias sobre el pecho colgando del cuello. La interpretación de Jesús es más liberal. Lo más importante no es llevar las filacterias ante los ojos, sino llevar la voluntad de Dios, que ellas expresan, identificadas en el corazón y hacer coherentes en la vida las palabras con las obras. Una vez más en labios de Jesús hay una exigencia de coherencia, de autenticidad. Denuncia la hipocresía de un culto sin impacto en la vida cotidiana, de los que tienen constantemente a Dios en la boca y sus acciones no se corresponden con los bellos discursos que pronuncian.

¿Basta admirar esas cotas de perfección y de grandeza moral? Ni la admiración aséptica, ni los elogios entusiastas, ni la confesión de la boca, ni siquiera cierto tipo de “*carismas*” son signo inequívoco de pertenencia al reino de los cielos. **«No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos».** Mateo alude a las exclamaciones **«Señor, Señor»** de las vírgenes de la parábola excluidas de la sala del banquete de bodas. Como las “*vírgenes necias*” así serán excluidos de la sala del festín los que dicen mucho pero no hacen nada. No basta ir a misa el domingo para entrar en el Reino de Dios. **«Hay que hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos».** Tenemos que dar primacía al “*hacer*” sobre el “*decir*”. El Señor, Cristo Resucitado, presidirá el “*juicio final*” dando preferencia a las obras sobre las buenas palabras o buenas intenciones: **«Tuve hambre y...».**

«La casa sobre roca y la casa sobre arena» (Mateo 7,24-27), es la conclusión con que termina el discurso evangélico que comienza con el “*sermón de la montaña*”. La metáfora de la roca es alusión bíblica a Dios y a la seguridad que da confiarse a Él, según el modelo de oración frecuente en los salmos. Es también la metáfora por la que se promete a Pedro garantía de seguridad para la Iglesia. La vida humana es un espacio cruzado ocasionalmente por tormentas, huracanes y temporales que destruyen las construcciones endebles pero nada pueden hacer contra las rocas. Una vida realizada y moralmente bella es como una casa levantada sobre roca. Una edificación de piedra levantada sobre roca resiste al ataque de los vientos y las lluvias mientras que la casa de tablas o levantada sobre arena se derrumba. Así son respectivamente una vida construida sobre la verdad de la palabra de Dios y otra vida edificada sobre las ilusiones humanas, teniendo en cuenta que la palabra “*oída*” no es suficiente si no es al mismo tiempo “*vivida*”. La “*palabra vivida*” (edificación sobre roca), ofrece garantías en la experiencia de muchas vidas humanamente realizadas. La “*palabra vivida*” es un irrevocable compromiso de adhesión a Jesús en toda circunstancia. No es cuestión de misa dominical, sino de cosa pública y notoria. Además de la presencia en las celebraciones de la comunidad de creyentes, a la edificación sobre roca pertenece también la manifestación de esa fe en la aceptación de las responsabilidades sociales colaborando para que en el propio entorno se vivan las exigencias del bien y desaparezcan las obras del mal.

Edificar sobre roca es tomar por modelo a Cristo y caminar tras Él con la cruz de cada día, sin precisarle la meta a que nos debe llevar ni el camino por donde queremos seguirle, porque sabemos que Él, nos conduce a la Vida. No podemos reducir ese seguimiento a una pura ficción limitada circunstancialmente a ciertos tiempos y lugares como la de los “*cristianos de nombre*” que edifican sobre arena, que fueron bautizados un día, que han hecho la primera comunión y quizá algunas comuniones posteriores, que se casan por la Iglesia e incluso piden sepultura cristiana. Citas puntuales y aisladas con Dios, y nada más, porque, **si esas prácticas no se apoyan en la roca de una fe vivida a diario, no sirven para nada.**

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Oseas 6,3-6): *Su amanecer es como la aurora y su sentencia surge como la luz.*

2ª lectura (Romanos 4,18-25): *Abrahán, creyó contra toda esperanza y fue confortado en la fe.*

Evangelio (Mateo 9,9-13): *He venido a llamar a los pecadores.*

En la Biblia se habla de sacrificios ya desde los tiempos de Caín y Abel. También las religiones humanas tienen sus sacrificios. Los héroes de las epopeyas griegas fallan muchas veces el blanco de sus flechas porque el arquero se olvidó de hacer un sacrificio a sus dioses antes de salir a la batalla. El sacrificio es un reconocimiento de la superioridad de la divinidad a la que se sacrifica algo.

Este sentido de reconocimiento puede ser adulterado para convertirlo en un acto de soborno. Dios es el amor traicionado por su pueblo. Nuestro amor a Dios es inconstante, inestable como la bruma matinal que se disipa con el sol. El amor de Dios, por el contrario, es constante y fuerte sin que eso le baste para ser aceptado. Se habla del conocimiento de Dios, pero este amor no es conocimiento especulativo, sino un amor práctico que se hace ostensible en acciones concretas y pide una respuesta de amor.

Dios no necesita sacrificios, ni siquiera necesita nuestra alabanza y, por descontado no se deja sobornar por nuestras ofrendas y donaciones. Dios no disfruta viendo cómo sus criaturas se torturan con penitencias. La espiritualidad verdadera tiene una interpretación y otros signos: es el hombre mismo el que se enriquece cuando ofrece algo a Dios.

Si todo hombre es pecador, todo hombre necesita ser justificado. La justificación no depende de sacrificios porque es don gratuito de Dios para el que cree. Abrahán, modelo de vida según la fe, es llamado padre de los creyentes porque creyó contra toda apariencia y la realización de la promesa fue para él como el nacimiento a una nueva vida. Por la fe se cree que Dios cumple las promesas. Todo acto de fe es meritorio de la misma manera que lo es la fe en Cristo y en la vida futura.

La vocación (respuesta a la llamada) no siempre es inmediata y de rápido efecto como sucedió con Pedro y Andrés, Santiago y Juan o Mateo. La secuencia entre llamada y seguimiento no siempre es inmediata ni se produce en el mismo instante, pero si incluye tres afirmaciones: **la fuerza de la atracción de Jesús; la gratuidad de la llamada y la imperiosa necesidad de dejarlo todo para seguirle.**

Ser discípulo de Jesús es aceptar su doctrina como maestro, pero más que todo, es seguimiento personal, imitación de su vida que demuestra la satisfacción y acierto de esa elección inmediata y libre. Es evidente que esto puede producir escándalo, al igual que ocurrió con la elección de Mateo, recaudador de impuestos que tenían mala reputación social. Eran estos publicanos hombres de los que se hablaba mal, de la misma manera que hoy hablamos indiscriminadamente y llamamos a nuestros semejantes: corruptos, ladrones, drogadictos, prostitutas, homosexuales y divorciados, miembros de sectas, inmigrantes, enfermos de sida..., tratándolos, sin pensar, como "apestados".

Jesús alternaba con ellos, pero sus adversarios no acusaban a los publicanos sino a Jesús. El inculpado era Él por alternar con "gentes de mala vida". Como punto de partida de autodefensa expone Jesús tres principios fundamentales como otros tres puntos de referencia y de orientación en toda acción cristiana: «**No son los que tienen buena salud los necesitados de médico sino los enfermos**». «**Él no ha venido a llamar a los justos sino a los pecadores**» y «**Él prefiere la misericordia a los sacrificios**» Jesús actúa como médico y terapeuta. La misericordia es el punto de arranque de toda curación. Los justos marchan ya por buen camino, los que no son justos pero se tienen por tales no aceptan ayuda de nadie, sólo los que se reconocen enfermos aceptan terapias y medicinas.

Ya no existen publicanos con este nombre ni tampoco existen fariseos. Pero un pequeño publicano y un pequeño fariseo sí existen en cada ser humano. Y en cuanto al pecado: **¿existe el pecado en el mundo?** Los fariseos darán su opinión exponiendo su punto de vista con tendencia a sospechar maliciosamente pecado en todo y, por supuesto, entendiendo siempre el pecado como cosa de otros. Otros opinarán que, en una sociedad adulta y emancipada, ya no existe el pecado ni se debe hablar de pecado porque el hombre ha llegado a su autonomía y es él mismo la norma de la moralidad de sus acciones sin dependencia de nadie.

Donde no se acepta a Dios se convierte el individuo en dios de sí mismo y juez de sus propias acciones. Donde no existe Dios se pierde automáticamente la conciencia de falta y de pecado. Por el contrario, por la fe en Dios sabe el hombre que cuanto más se acerque a las necesidades de los hombres tanto más cerca está de Dios, de la misma manera que la cercanía de Dios empuja a acercarse más a las necesidades de los hombres.

Jesús no eligió hombres cualificados, avalados por sus buenas obras y aureolados de prestigio, sino hombres en su mayoría sin cultura pero decididos a estar con Él. Publicanos y pecadores entran en su seguimiento a pesar del escándalo farisaico. Dios invita a sentarse a su mesa en cada celebración eucarística. Nadie está sin pecado. Sin embargo, Dios invita a todos. Es un principio del Evangelio.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 19,2-6a): *Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.*

2ª lectura (Romanos 5,6-11): *Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Cristo.*

Evangelio (Mateo 9,36-19,8): *Llamó a sus discípulos y los envió.*

Yahveh, tras recordar todo lo que ha hecho por el pueblo en el pasado y lo que está dispuesto a hacer en el futuro si el pueblo permanece fiel, sella una alianza. Mediante ella se forma “*el pueblo elegido*” entre los demás pueblos de la tierra, pueblo de sacerdotes y nación consagrada. En el futuro deberán ejercer un sacerdocio colectivo como heraldos del Dios verdadero ante los pueblos paganos. Es una elección gratuita de Dios para solidaridad humana. Queda clara la gratuidad del amor universal de Dios y la solidaridad fraternal entre todos sus hijos. La misión se reforzará en Jesús con la elección y envío de unos hombres elegidos para apóstoles, “*enviados*”.

La fuerza del amor de Dios nos ha salvado y la reconciliación es gratuita e irreversible. Lo principal ya está cumplido faltando sólo la aplicación a todos los que han de salvarse. Para esa empresa solicita Dios la colaboración de los hombres a los que escoge y envía. La elección de Dios no se debe a méritos; es don gratuito. Pero todos son llamados si bien, algunos aceptan la llamada mientras que otros se hacen sordos o incluso adversarios de la obra de Dios. Tanto en el tiempo de “*antes*” como en el de “*fuera*” de Cristo, la situación de los hombres se puede caracterizar por su estado de debilidad y carencia o alejamiento de Dios. En esa situación es ofrecido Cristo a todos, sin excluir a los pecadores, y en Él muestra Dios la solidaridad con todos por medio de la cruz.

Jesús se compadeció de las gentes «*porque estaban extenuadas de cansancio y desorientadas como ovejas sin pastor*». En otra ocasión se había compadecido de la muchedumbre hambrienta y para darles de comer multiplicó los panes y los peces. Aquí no se menciona específicamente el hambre, sino el cansancio y agotamiento de quienes buscan largo tiempo sin encontrar lo que buscan. Por eso no se habla de multiplicación de panes, sino de elección de unos hombres para la función de pastores, investidos de poderes para guiar. Estos hombres, cuyos nombres se detallan, reciben poder sobre las enfermedades y sobre los malos espíritus.

Hay una doble necesidad: la muchedumbre está necesitadas de pastores orientadores y los orientadores son pocos en proporción al trabajo. Jesús escogió a los que quiso en elección gratuita. El número de doce representa, simbólicamente la totalidad de Israel repartido en doce tribus. La autoridad de que son investidos no tiene orientación política ni tiene por objeto los negocios temporales. Se trata de un ministerio espiritual orientado a la salvación. Ese equipo está integrado por hombres de distinta mentalidad y origen. Mateo es un funcionario de la potencia de ocupación, Santiago es un judío conservador, Simón un militante de la resistencia, otros pertenecen a la clase trabajadora de los hombres del mar. Este grupo recibe instrucciones precisas de las cuales la primera es que obren signos empezando por las ovejas descarriadas de Israel. **¡Existe un orden de prioridad en el apostolado!**

Las necesidades en el mundo nos llegan puntualmente, día a día. Se puede escuchar la radio muy de mañana, leer el periódico durante el día y terminar la jornada con el último de los telediarios; se habrá recibido puntual información de accidentes, inundaciones, guerras, asesinatos, hambres, conflictos..., la cara negra y negativa del dolor y la parte conflictiva parecen pertenecer al fondo informativo de cada día. Pero la miseria es un hecho, son muchos los necesitados de pan, consuelo y ayuda. Debería informarse más sobre los acontecimientos buenos, ejemplarmente estimulantes de hombres y mujeres comprometidos apasionadamente en la empresa de buscar remedio a todos los problemas. Nuestro mundo occidental no se caracteriza por el hambre material, pero sí que está poblado de malos espíritus que roban la paz, turban el pensamiento y dificultan las decisiones coherentes en la vida. No hay, quizá, muchos hombres hambrientos, pero sí hay muchos que no son libres para elegir y vivir como corresponde a su naturaleza, como ellos desearían desde lo más íntimo del corazón. No son sólo los radicales violentos, los drogodependientes, los agnósticos y enfermos psíquicos; hay otros incluidos en esta denominación que viven sin personalidad, desorientados, manipulados por mafias y corren a donde se les dice que se ofrece bienestar.

¿Son todos estos casos incumbencia de los apóstoles dotados de plenitud de poderes sobre el mal? Son quizá buenas personas, proceden de buenas familias, pero no saben a dónde van y están agotados de buscar sin encontrar competentes guías de orientación. No se suele prestar la ayuda necesaria con predicaciones morales ni con reproches sobre una conducta incorrecta, sino primero con gestos humanos y cuidados de quienes, como Jesús, saben curar las heridas, pero ante todo se interesan por la persona. La mejor medicina para un ser humano son los gestos humanos: cercanía, interés, respeto.

Jesús tuvo compasión. La palabra inicial y clave con que se escribe la historia del evangelio es la compasión «*Jesús se compadeció*». No se comienza por solucionar sino por compadecer. Luego vendrá el poner manos a la obra para llevar el remedio adecuado hasta donde sea posible. De Jesús hay que aprender primero a compadecer y después a obrar en consecuencia. Él aconseja un remedio ampliamente ignorado y ciertamente minusvalorado: la oración. **¡PEDID OBREROS!**

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20,10-13): *Alabad al Señor, que libró al pobre de las manos de los impíos.*

2ª lectura (Romanos 5,12-15): *No hay proporción entre la caída del pecado y el don de la gracia de Dios.*

Evangelio (Mateo 10,26-33): *Vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados.*

«*Id a todas las gentes y anunciadle la Buena Noticia*» Todo discípulo de Jesús ha recibido el encargo -**LA MISIÓN**- de anunciar el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Si Dios está con nosotros y lo hacemos presente en nuestras vidas: **¿Qué podemos temer?** Si seguimos las enseñanzas de Jesús, y las reflejamos en nuestras acciones: **¿A quién debemos temer?** Si los dones y la fuerza del Espíritu nos acompaña y fortalece nuestra fe: **¿Por qué y a quién vamos a tener miedo?**

¡**No temáis!** No temáis nada. No temáis a nadie. «*Temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo...*» - **TEMED A DIOS** -. Si, a Dios hay que tenerle miedo. Pero no tanto porque pueda perdernos, pues cuando uno tiene miedo a Dios por el infierno en el que puede sepultarlo, ya ha “*perdido*” a Dios, ya se ha separado de Él y ha perdido el sentido de la verdadera relación con Dios-Padre, que sólo puede caracterizarse por la confianza y el amor. Hay que distinguir entre verdadero y falso temor, entre realidades y fantasmas. El binomio *alma-cuerpo* no es expresión de dualismo. “*Alma*” es la vida que cada uno tiene, más profunda que la que puede apreciarse en el cuerpo.

¡**Dios no recupera a nadie con el terror!** Si se ha preocupado hasta de uno solo de los cabellos de mi cabeza, (y debo de haberle procurado abundantes y justificados motivos de inquietud) no puedo aceptar por las buenas que yo vaya a terminar en aquella especie de incinerador de las inmundicias de Jerusalén, en la gehena. Si se preocupa de dos gorriones, no podrá desentenderse de la suerte de un hijo (aunque este sea muy torpe). No, no es en ese sentido como hay que temer a Dios.

Más bien es necesario temerle porque, nos confía una misión que expone a toda clase de riesgos y sufrimientos, tarea que nos sitúa en medio de un *estado de conflicto*. Hay motivo para tener miedo a un Dios que te impone «*no temer miedo*» pero que, al mismo tiempo, te lanza a unas situaciones en absoluto tranquilizadoras. Te dice «*No temáis*», pero te va fijando, cada día, un nuevo compromiso, y te pides que adquieras nuevas y mayores responsabilidades que te meten en situaciones para tener miedo.

La experiencia de la fe cristiana está vinculada en su conjunto con las persecuciones, que pueden llevar su violencia hasta el martirio o rebajar el tono y quedarse en marginación social, injusticias y desprecios. Las persecuciones fueron anunciadas por Jesús. Las persecuciones a muerte de personas concretas producen mártires. En la primitiva Iglesia la iniciaron los emperadores romanos, luego se han sucedido sin interrupción durante las guerras, preguerras y postguerras, ha habido persecuciones en los regímenes totalitarios y por fanatismos religiosos, que no han perdonado a obispos, religiosos o simples católicos, por el solo hecho de serlos.

Cada cristiano ha recibido el encargo de anunciar a todo el mundo y a todas las gentes el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Toda parroquia o comunidad cristiana está formada por un grupo de bautizados en medio de los cuales está Dios, y, en toda persecución por la fe se hace más sensible esa presencia de Dios para purificar la fe, afianzar la esperanza y avivar la llama del amor.

Las palabras de Jesús son estimulantes y preventivas. Él distingue entre miedo a Dios y miedo a los hombres. El mayor miedo no es el de los que pueden matar el cuerpo o desfigurar la imagen, ya que manchan la fama pero nada más, porque no pueden dañar al hombre interior, al ser éste, imagen en su totalidad, tal como es ante Dios. Ese temor legítimo e inevitable a los daños del cuerpo, podemos superarlo con la confianza en el amor de Dios y en todo caso siempre será menor que el temor a perder la vida del hombre integro, total y para siempre.

Es a Dios a quien hay que temer, pero ese temor no debemos confundirlo con el miedo o la angustia. Toda la argumentación de Jesús recae sobre el amor y providencia del Padre celestial. Temor a Dios significa por tanto el temor de la propia fragilidad que, para evitar sufrimientos del cuerpo, puede alejarnos del amor del Padre y poner en peligro la vida para siempre. Las palabras de Jesús pueden sonar duras cuando ponen en la alternativa de confesarle a todo riesgo ante los hombres o vernos privados de su confesión ante el Padre celestial.

Si en la vida y las relaciones sociales pueden triunfar los oportunismos y ambigüedades de palabras y conductas, Jesús quiere de los suyos actitudes claras: **POR ÉL O CONTRA ÉL**.

«*Nadie tiene derecho a esperar ir al cielo por un camino alfombrado de rosas, porque no fue ese el camino seguido por Jesús. Su camino estuvo alfombrado de espinas y cruzado de dolores. El siervo no puede pretender tenerlo más fácil que su Señor*» (Tomás Moro).

SAN PEDRO Y SAN PABLO

1ª lectura (Hechos 12,1-11): *La Iglesia oraba intensamente a Dios por él.*

2ª lectura (2ª Timoteo 4,6-8.17-18): *Ahora me aguarda la corona merecida.*

Evangelio (Mateo 16,13-19): *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

...Y QUÉ PENSÁIS VOSOTROS DE MÍ?»

Los discípulos tienen que buscar una respuesta, mirando primero hacia fuera, al mundo de los otros, y luego, ver qué respuesta existe en su mundo interior. La gente, en aquél entonces, comparaba a Jesús con Elías, Jeremías y los grandes profetas, de la misma manera que hoy opinan que es el más grande, el amigo de los hombres que está siempre al lado de los más pobres. Mirando al interior todos los discípulos, de antes y de ahora, tienen que escuchar la opinión de Dios expresada en la confesión de Pedro: **«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».**

No es una opinión como conclusión de una laboriosa elaboración de la razón humana, de la psicología, de la filosofía o de la misma teología: *“la respuesta viene de Dios”.* Por esa iluminación se convierte Pedro en *“piedra”* sobre la que Jesús quiere edificar su Iglesia, para cuya presidencia le entrega poderes plenipotenciarios: **«Lo que ates o desates en la tierra quedará atado o desatado en el cielo».**

Son poderes extraordinarios que no pueden entenderse como si cada palabra que pronuncia Pedro saliera directamente de la boca de Dios, como si fuera siempre la roca inmovible en que se apoya la Iglesia. Recordemos que apenas recibida la promesa, Pedro, manifiesta ya su debilidad y se equivoca haciendo necesaria una severa reprensión por parte de Jesús: **«Apártate de mí, Satanás. Eres un peligro para mí porque no piensas a lo divino, sino a lo humano»** (Mateo 16,22-23). Que es como decirle: *“el disparate que acabas de decir no te lo ha revelado el Padre celestial sino la carne y la sangre”.*

Pedro representa la máxima función y responsabilidad en la Iglesia. Es, en cierto modo, **elemento del orden.** *“Desde Roma observa el sucesor de Pedro las opiniones de los hombres sobre Jesús, haciendo al mismo tiempo suyas las preocupaciones, angustias y esperanzas de los hombres”* (Gaudium et spes 1). En esa observación ven unos una mirada inquisitoria, otros se sienten bajo una cobertura protectora y tutelar.

El sucesor de Pedro tiene en sus manos **«las llaves del Reino de los Cielos».** Éste Reino no se identifica totalmente con la Iglesia de este mundo ni con nada terreno, porque sólo llega a su plenitud en la eternidad. Cristo es la única puerta de entrada al Reino. Si sólo fuera hombre, aunque fuera el más grande, no podría ser la puerta que condiciona la entrada en la Vida o excluye de ella. Ningún *“hombre puede abrirla o cerrarla”* fuera de la fe profesada por Pedro.

En la larga historia de los papas ha habido *“papas humanos”* y *“papas santos”*, y, seguirá siendo así. En todos los papas que se sucedan seguirá manifestándose junta y simultáneamente la debilidad humana y la asistencia divina. Seguirá siendo, con la asistencia del Espíritu Santo, el garante de la fe y de la unidad a pesar de sus debilidades humanas. La eclesialidad de la fe no se agota en el acatamiento sumiso de las decisiones autorizadas del magisterio. La autoridad reside en la comunidad de creyentes y se apoya en la Palabra revelada.

Con Pedro celebramos la festividad de otra gran columna de la Iglesia, Pablo. Fue primero celoso perseguidor y después ardiente apóstol, dinámico en todas sus dimensiones representa el **carisma.** El dinamismo innovador necesita un cierto control dentro del orden para no derramarse en la ineficacia. Son dos fuerzas cuya composición es necesaria si se quiere que lleguen a su máximo rendimiento para bien de la Iglesia única de Cristo.

En el incidente de Antioquía sobre las cuestiones legales de la circuncisión y participación con los paganos, Pablo se enfrentó a Pedro. Prevaleció la opinión de Pablo, sin embargo, es Pedro quien la sanciona con su autoridad. No hay más que **UNA SOLA FE, UN SOLO BAUTISMO Y UN SOLO SEÑOR** al que Pedro y Pablo sirven con igual dedicación y total entrega hasta la muerte.

Una inscripción en las catacumbas de santa Domitila representa a los dos apóstoles despidiéndose para ir al martirio. Pablo se dirige a Pedro para despedirle con estas palabras: **La paz contigo, piedra fundamental de la Iglesia y pastor universal de las ovejas de Cristo.** Y responde Pedro: **Vete en paz, predicador de la verdad y guía de los justos hacia la salvación.**

Ha pasado los años, Jesús sigue haciendo hoy la misma pregunta y espera de nosotros una respuesta:

«¿Quién dicen los hombres que soy yo..., y qué piensas tú de mí?»

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9,9-10): *Mira a tu rey que viene hacia ti modesto y montado en un asno.*

2ª lectura (Romanos 8,9.11-13): *Vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu.*

Evangelio (Mateo 11,25-30): *Aprendes de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Los reyes que hacen ostentación de poder, se imponen con las armas y hacen entrar en razón a los enemigos con el lenguaje de la fuerza, van montados sobre un caballo. Él, por el contrario, porque es un rey pacífico, manso y humilde, que para tener razón apunta únicamente a la dulzura, a la gracia y al perdón, se presenta subido en el lomo de un “pollino de borrica”. Zacarías escribe en el momento en que Alejandro Magno se ha hecho dueño de toda la tierra tras cuatro años de fulgurantes victorias. Ya había gentes que se preguntaban: **¿Podría ser Alejandro el Mesías?** El profeta quiere disipar ese posible error porque el Mesías de los tiempos de salvación aparecerá manso y humilde, cabalgando sobre un asno (animal pacífico para el trabajo) y no a caballo (bravo animal para la guerra). Esta imagen del rey pacífico enlaza con el espíritu y expresiones del texto evangélico y tuvo realización literal en la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

La existencia de buenos paganos y de mediocres o malos cristianos ha provocado frecuentemente dudas y preguntas de escepticismo: **¿Para qué vino Jesucristo al mundo? ¿Qué es lo específicamente cristiano?** Pablo da la respuesta en este pasaje, tres veces repetida. Lo que caracteriza a un cristiano no es la perfección ni la impecabilidad, sino la vida según el Espíritu. Y desarrolla la antítesis “carne-espíritu” como expresión de lo que es el hombre *antes* de la conversión y lo que debe ser *después* de ella. Cuando Pablo habla de la carne incluye en este concepto a todos los sometidos a la ley del pecado que no oponen resistencia a ella. En esa situación es incapaz el pecador de salir de su estado y conseguir la salvación. Sólo el poder de Jesucristo es capaz de liberarle. Si Jesús apareció en forma de carne pecadora fue para vencer al pecado allí donde el pecado había salido vencedor.

La salvación nos viene por Jesús pero sólo se hace real en la fiel obediencia a las leyes del Espíritu en oposición a las leyes de la carne. Espíritu y carne tienen sus propias leyes y obras, ambas descritas en Gálatas (5,19-23). La vida según el Espíritu se describe en términos trinitarios: el Padre envía a los creyentes el mismo Espíritu que resucitó a Jesús y que transformará nuestras vidas si nos dejamos conducir por él.

La vida en el Espíritu se da y se desarrolla en todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Jesús aprendiendo mansedumbre y humildad de corazón. Aprender de Jesús equivale a entrar en los misterios del Padre y en los signos del Espíritu, no guiados por elucubraciones cerebrales, sino por el afecto relacional de persona a persona. Nadie puede conocer al Padre, por pura razón, si no se lo revela el Hijo, y el Hijo se lo revela a los sencillos y puros.

Revelar es descorrer un velo, manifestar una verdad oculta. Esconder es una acción positiva y consciente por la que se oculta de la vista algo que estaba o podría hacerse patente. Según Jesús, la razón sola nunca podrá llegar a un conocimiento de Dios tan perfecto como lo hace su revelación. Esto no quiere decir que los científicos no pueda ser creyentes, decir eso sería una simpleza, y si en algún caso se verifica como verdad, la explicación podrá encontrarse en el pasaje: **«Dios se revela a los que no desconfían y le encuentran los que no exigen pruebas»** (Sabiduría 1,1)

¡Te glorifico, Padre! La alegría de Jesús brota ante la constatación de un hecho: Dios se complace en los humildes, en los corazones sin complicaciones y abiertos simplemente a la gracia, dispuestos a entrar en la amistad de Dios sin *peros ni condiciones*. Jesús elogió sin reservas la fe de un centurión romano y de una mujer cananea, defendió audazmente la acción de la pecadora arrepentida y valoró la ofrenda de la viuda pobre por encima de las cuantiosas sumas de los ricos (Mateo, 8,10; 15,28; Lucas 21,1-4).

¡Venid a mí todos! Agobios, trabajos, penas y cargas no son palabras vacías. Hay múltiples cosas y causas que pesan sobre el alma como una carga y oprimen como un yugo. Paralelamente es multitudinario el grito de los que piden ser liberados de esas cargas y yugos. Sucede con los fugitivos de Centro-áfrica: Ruanda, Somalia, Kenia, Congo...; de Sudamérica: Colombia, Nicaragua, Perú, Honduras, Venezuela...; de la Europa del Este: Bosnia, Kosovo, Rumanía, Bulgaria...; son los “*ilegales*” que llegan en busca de la vida. Sucede con los fugitivos del vicio que desean regenerarse en encuentros consigo mismos y vivir en paz, y también con los que huyen del estrés de la vida moderna, de la depresión, de las dependencias de cualquier signo.

Jesús hace una “*super-oferta*”: **¡YO OS ALIVIARÉ!** La hace a todos los que sufren bajo el peso de la enfermedad, la edad, carencia de amistad, de trabajo, de patria o techo, y también por el peso de sus propios errores. En realidad, en esta llamada estamos incluidos todos, porque para todos tiene la vida pesos y cargas. La voz de Jesús se dirige a todos con la oferta de la paz y el descanso. Supone la convicción de sentirse seguro en manos de alguien, seguridad que ofrece y da Jesús, único que puede perdonar nuestras debilidades y colmar nuestros deseos.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,10-11): *Mi palabra no volverá a mí vacía.*

2ª lectura (Romanos 8,18-23): *La creación aguarda la plena manifestación de los hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 13,1-23): *Salió el sembrador a sembrar.*

En la época de la civilización de la imagen, no ha perdido, sin embargo, la palabra su valor. Los resultados de la propaganda son una prueba: La gente termina consumiendo aquello que se anuncia. En las lecturas de este domingo nos encontramos con la palabra que Dios dirige a todos como reclamo para crear una cultura del espíritu.

Isaías es un profeta que escribe al regreso del destierro y anuncia un futuro de consuelo y esperanza. Con la comparación de la lluvia y de la nieve anuncia también la fecundidad de la Palabra de Dios allí donde cae. Palabra de Dios es toda enseñanza que sale de su boca. Sobre todo su Palabra hecha carne: Jesús. Como la lluvia transforma el suelo, así quedan transformados los corazones que reciben la Palabra de Dios. La Palabra se oye en la celebración comunitaria de la eucaristía, penetra y empapa el corazón, y se aplica después a la vida personal, familiar y social.

«*La fe, da forma al presente y al futuro*». Concluye Pablo el tema de la justificación que viene desarrollando en la carta a Romanos. Insiste principalmente en dos ideas fuente: **la provisionalidad de lo presente y la solidaridad entre el hombre y el universo**. La justificación en su plenitud debe entenderse como un “*ya, pero todavía no*”. Equivale a una nueva creación. El hombre justificado por la gracia es una nueva criatura con raíces en el pasado y proyección sobre el futuro.

La justificación tiene además una dimensión cósmica. «*Ante ese mundo que esperamos no podemos comportarnos de manera pasiva, sino como colaboradores activos uniendo nuestro esfuerzo a la gracia de Dios. Debemos agradecer a Dios las cosas creadas para el hombre y considerarlas como medios y no como fin en sí mismas. De ahí la sabia norma del “tanto cuanto”, según que nos conduzcan al fin sobrenatural para el que fuimos creados.*» (San Ignacio)

La parábola del sembrador (una de las siete sobre el reino) del capítulo 13 de Mateo, nos hace una reflexión, que es, llamada para enrolarse en el servicio del reino de Dios. El evangelista hace una sutil distinción entre los discípulos que oyen y comprenden, y los que oyen, pero no llegan a comprender el mensaje en toda la radicalidad de sus exigencias. Dado el rechazo de la Buena Noticia por parte de Israel, Mateo ve en la diversidad de la tierra de cultivo la diversidad también de los corazones respecto a la recepción de la Palabra de Dios concebida como semilla. En muchos queda infecunda, y en los que la reciben produce fruto desigual según la calidad del corazón.

Pronunciada ante un público con mentalidad rural, la parábola tiene sentido en sí misma. Pero Jesús va más allá con una fina insinuación: «*el que tenga oídos para oír, que oiga*». Con lo que quiere decirnos: el que me oye, que reflexione sobre la calidad de su propio corazón.

Un domingo cualquiera nos acercamos a la iglesia para celebrar la Eucaristía y escuchar la Palabra de Dios. La palabra que se expresa en los textos bíblicos pertenecen a otra cultura. Los símbolos en que se expresan necesitan exégesis y actualización para saber exactamente lo que el autor ha querido transmitir (eso es lo que el celebrante hace cuando pronuncia la homilía). La exégesis de la parábola del sembrador la hizo Jesús mismo.

Dios es el sembrador. La semilla su palabra, especialmente la Palabra encarnada en Jesucristo, y esa palabra es como la semilla sobre los corazones, variados como los campos de cultivo. Los hay duros como piedras, hirientes como espinas, ásperos como hierbales con abrojos y cardos, superficiales como el asfalto de la calle. En ellos queda infecunda la semilla de su palabra. Pero los hay como tierra buena que, sin embargo, producen fruto desigual del 30, 60 o 100 por uno.

Jesús se describió una vez como “*el buen pastor*” y del análisis de esa función se ha derivado el término de “*pastoral y acción pastoral*”, que describe las iniciativas, trabajos y orientaciones de los que en nombre de Cristo pastorean su rebaño. Pero la parábola nos afecta a todos: sacerdotes, padres, educadores, catequistas, profesores de religión, colaboradores en la pastoral parroquial... porque además de campo de cultivo, somos también sembradores de la palabra.

Algunos deberían interrogarse: **¿Qué clase de tierra es mi corazón?** Y como receptores de la palabra, o como campos de cultivo, los fieles que oímos con sincero corazón y deseamos cumplir nuestras obligaciones de creyentes podemos decir con humildad: *por la gracia de Dios, mi corazón no es ni totalmente insensible como las piedras, ni hiriente como las espinas, ni frívolo y superficial como el asfalto*. Pero con la misma sinceridad tendremos que confesar también: *mi vida, sin embargo, no es suficientemente rica en frutos de buenas obras. Quizá hay en ella cosechas del 5 o 10 o 30 por uno, cuando debería de producir el 60 o 80 o 100*.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12,13.16-19): *En el pecado das lugar al arrepentimiento.*

2ª lectura (Romanos 8,26-27): *El Espíritu intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13,24-43): *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

En estos tiempos modernos y con los medios que la ciencia y la técnica nos han proporcionado, se ha suprimido en gran parte las distancias y parece que tenemos demasiada prisa por llegar. Por llegar **¿A dónde?** Se quiere aprovechar tanto el tiempo, que todo se hace a un ritmo acelerado y por todas partes y en todos los sitios impera la prisa. Todo se hace con celeridad y, la paciencia parece ajena al ritmo de la vida moderna. Pero el evangelio aconseja esperar, tener paciencia. Y sabemos que tiene razón, porque una decisión precipitada puede ocasionar graves catástrofes.

El sabio alejandrino, que escribe un siglo antes de Cristo, hace una meditación histórico-teológica sobre la confrontación con el escabroso y desconcertante tema de la paciencia divina frente al mal. El escritor se ve ante la tentación de pedir intervenciones divinas drásticas, lo mismo que los criados de la parábola evangélica. La política divina tiene otras perspectivas y otros fines. La fuerza moral debe prevalecer siempre sobre la violencia física. Dios podría aniquilar a los malos, sean cananeos o sembradores de cizaña, pero prefiere dar tiempo al tiempo en espera de una reacción del corazón cediendo a la gracia. Mejor que la coacción física es siempre la reacción libre del corazón.

Lo que impropriadamente se llaman “*castigos divinos*” no son nunca golpes de poder, sino intervenciones providenciales provocadas por el amor paciente y misericordioso. En lugar de preguntar irritados por qué permite Dios esto y lo otro, debería preguntarse con asombro: **¿Por qué es Dios tan bueno?** Es estilo de Dios en el gobierno del mundo.

No se debe contemplar el sufrimiento humano como un callejón sin salida, sino desde la perspectiva luminosa de la esperanza: **Todo es posible con la ayuda de Dios.** Las primeras comunidades cristianas tenían frecuentes experiencias directas de la acción del Espíritu Santo. Pablo explica que ese Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad para enseñarnos la práctica elemental de pedir lo que nos conviene, porque Él, ve las necesidades del corazón.

Esa ayuda iluminativa del Espíritu es absolutamente necesaria para el que quiere interpretar la política divina en el gobierno del mundo. Lo principal no son los resultados inmediatos, contantes y sonantes. Quien así piensa carece de verdadera perspectiva, El Espíritu nos ayuda a asimilar los puntos de vista de Dios y de esa asimilación nace la interpretación verdadera de las cosas.

Una parábola es una metáfora continuada donde la multiplicidad de datos tiene multiplicidad de correspondencias y aplicaciones. Según la exégesis de Jesús, el sembrador es Dios, el campo es el mundo, la buena semilla es la Palabra de Dios, la cizaña es el mal, el tiempo de la siega es el fin del mundo, los segadores son los ángeles y la separación de los frutos buenos y los malos es el juicio final.

Se trata, por tanto, de una enseñanza escatológica con una lección de cautela: *Es peligroso intentar arrancar a los malos sin riesgo de perjudicar con esa acción a los buenos.* Es una parábola del realismo contra fantasías utópicas. En ella se nos hace una llamada a producir buenos frutos contra todo viento de adversidad, dejando a Dios la decisión sobre la suerte final de los sembradores de cizaña. Describe el comienzo, desarrollo y plenitud del Reino de Dios, añadiendo al aspecto de alegre noticia otro aspecto de preventiva. *No se puede programar y hablar de un objetivo sin haber hablado y sopesado también los riesgos de perderlo.* Paciencia y respeto por una parte, y por otra parte impaciencia, medidas drásticas, intolerancia, son los principales conceptos con que nos confronta el mensaje de hoy. Es una buena síntesis de un tratado sobre la convivencia pacífica.

En la naturaleza y en el hombre existen misterios, cosas que vemos y admiramos, pero cuya naturaleza excede de momento de nuestra capacidad de comprensión. Aceptamos esas realidades, así como son, aunque no sepamos exactamente por qué son así. A medida que la ciencia va desvelando misterios, descubre también la existencia de otros nuevos. La vida funciona de esa forma, aunque ignoremos sus mecanismos, de manera que nuestro vivir se convierte en un continuo y necesario acto de fe. Y, si en las cosas naturales existen misterios, no debería extrañar a nadie los misterios en Dios y en las cosas relacionadas con su Reino, cuya naturaleza y leyes explicó Jesús por medio de parábolas.

De las semillas que arroja el sembrador en su campo no todas nacen y dan fruto; de las que fructifican no todas dan fruto por igual. Así es la palabra-semilla que siembra Dios en el corazón de los hombres.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3,5.7-12): *Se apareció el Señor en sueños a Salomón y le dijo: - Pídeme lo que quieras.*

2ª lectura (Romanos 8,28-30): *Nos predestinó a ser imagen de su Hijo.*

Evangelio (Mateo 13,44-52): *Vender todo para comprar el tesoro.*

Cuando uno duerme no debe avergonzarse de nada (así nos lo aseguran hasta los moralistas más intransigentes). Durante el “sueño” Salomón podía pedir, sin enrojecer: riquezas inmensas, éxitos, gloria, honores y amores continuos, un número desproporcionado de los años de vida sin pagar el peaje de la vejez, el exterminio de los enemigos y hasta de sus sombras. Intentemos pensar por un momento **¿qué no nos atreveríamos a desear nosotros durante el sueño?**

Salomón admite que el hecho de estar instalado en el palacio real no le confiere automáticamente la capacidad de “*distinguir el bien del mal*”, reconoce que juntamente con la corona de rey no ha heredado ni la “*sabiduría*” ni la “*inteligencia*”. En absoluto se presenta como seguro de sí, por ello, se declara “*un muchacho inexperto*”. No pide a Dios que le conceda un reinado “*cómodo y tranquilo*”, que el pueblo le sea “*dócil*” y le obedezca sin “*discutir*” acatando cuanto él “*decida*” y sin causar “*problemas*”. Pide “**DISCERNIMIENTO**” para escuchar y gobernar.

«**Dios ha amado primero**». Conocer el amor de Dios, comprenderlo y ponerlo por obra es principio de sabiduría. La vida con sus dificultades tiene una finalidad y un sentido. Pablo en breves palabras elabora un tratado sobre la predestinación describiendo la actividad del Espíritu Santo en los corazones. Clave de este pensamiento es el principio de «*para los que aman a Dios todo puede convertirse en bien, incluso los mismos males.*» Es una afirmación radical que llena de luz y de esperanza los rincones más sombríos del alma. Porque los males en la vida de un cristiano que ama, podrán ser verdaderos dramas pero nunca pueden terminar en tragedia. Todo arranca del hecho de que «**Dios ama con amor eficaz**». El amor efectivo de Dios produce nuestra salvación a condición de ser aceptado por nuestra parte, según la conocida afirmación de san Agustín: «**el que te creó sin ti no te salvará sin ti**». En esta perspectiva hasta las adversidades son elementos positivos en el proceso de la salvación.

Una **parábola** es una comparación, no es ni una igualdad ni una definición. Jesús nunca define ni nos dice como es exactamente el Reino de Dios, sino a qué se parece o con qué comparaciones se puede dar a entender: Se parece a “*un rey que celebra la boda de su hijo*”; es como “*un campo donde crecen hierbas buenas y malas*”; o es como “*un tesoro por el que se da todo cuanto se posee*”. No tenemos conceptos propios sobre la vida de Dios y la vida futura, por eso, necesitamos comparaciones para formarnos una pequeña idea, quedando siempre nuestra comprensión dentro del marco de lo impreciso.

Probablemente los oyentes de Jesús esperaban oír otras cosas. Quizá deseaban oír hablar del reino de Israel y de la liberación del yugo romano. Pero Jesús no hablaba del reino de Israel, sino del Reino de Dios. La parábola del tesoro habla de un hombre que cultiva un campo arrendado, por un golpe de suerte descubre un tesoro enterrado. Y su vida cambia como la de el que tuvo suerte en la lotería o acertó un pleno al quince. La segunda habla de un joyero que descubre una perla de gran valor desapercibida por los no entendidos. También este hombre se desprende de todo para comprarla. Ambos comprenden que se hallan ante una ocasión única que no pueden dejar pasar. Desprenderse de todo puede resultar una operación dolorosa debido a los valores sentimentales y al riesgo de la opinión, pero los dos están seguros de haber realizado el gran negocio de su vida. Su proceder inteligente es alabado por Jesús.

El lector de las parábolas de Jesús sabe que tiene que llegar al mensaje a través de la forma en que se expresa. Las parábolas logran su fin sólo cuando el lector comienza a dar a su vida una nueva orientación a la luz del mensaje. Para una persona que vive en el límite mínimo de la existencia, un golpe de suerte en la lotería significa un cambio de vida. Para una persona en cuya vida Dios no es nada o no es más que un episodio marginal en algunas circunstancias, el descubrimiento de Dios o un encuentro personal con Él, significa un giro radical en el estilo de su vida y en la interpretación de los valores humanos. El punto final de estas parábolas es la alegría del hallazgo.

Las parábolas de hoy nos hablan de la alegría de encontrar. Aunque también expresan la tristeza de perder. Unos descubren el tesoro de Dios, otros lo pierden después de haberlo poseído. El campo humano está poblado por hombres y mujeres de los que unos han encontrado a Dios, otros lo han perdido y tras esa pérdida han hecho la experiencia del vacío que deja en el corazón. **¿Pueden decir con orgullo que son felices sin Dios?, o ¿reconocen que en su vida se ha abierto un vacío?**

En el mercado de los valores humanos suelen hacerse ofertas especiales o superofertas para una vida feliz. Nadie puede decidirse por todo y se impone una selección de acuerdo con las posibilidades y necesidades; **¿Qué es lo más urgente? ¿Cuál es más imprescindible? ¿Quién es más práctico?...** Jesús no habla simplemente de lo más necesario en referencia a otros productos prescindibles. Jesús habla de lo **ÚNICO NECESARIO Y ABSOLUTO** que devalúa todo lo demás. **ES NECESARIO SABER DISCERNIR.**

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,1-3): *Venid y comed de balde.*

2ª lectura (Romanos 8,35.37-39): *Nada podrá apartarnos del amor de Cristo.*

Evangelio (Mateo 14,13-21): *Comieron hasta saciarse.*

Poco después del fin del destierro, decretado por Ciro el año 539 a.C., una parte de los deportados han regresado ya a Jerusalén y otros han preferido quedarse en su segunda patria. Los más piadosos han permanecido fieles al Dios de la tradición y otros le han abandonado para dar culto a las divinidades de los babilonios. En esta situación levanta su voz Isaías para invitar a los **pobres de Jahvé** a acercarse a Dios y alimentarse con su palabra: - **El que tenga hambre y sed, que venga a mí.** - No os dejéis engañar por los que os anuncian mentiras.

La liberación de la cautividad de Babilona, lo mismo que la de Egipto, significa la entrada en el reino de la abundancia material, y sobre todo espiritual, donde la gracia se reparte gratuitamente. Por “*pobres*” se entiende aquí todos los que quieren renovarse según el espíritu del hombre nuevo: Jesucristo. Los “*sedientos*” son los deseosos de la gracia del Espíritu expresada frecuentemente por el agua (Juan 4,10-15), y el “*pan*” que se ofrece de balde es toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4,4). Es una clara alusión a la Eucaristía ofrecida gratuitamente a todos.

La carta a los romanos, dedicada al tema de la justificación gratuita, concluye con un himno de alabanza al amor gratuito de Dios. Ese amor, manifestado en Jesucristo, es mayor que nuestras imperfecciones y pecados. Con Él podemos contar en toda circunstancia porque es superior a todas las adversidades.

Los disgustos causados por la comunidad llevaron a Pablo a una cierta depresión porque algunos ponían en duda la honradez de su apostolado. Pablo hace una decidida profesión de fe con prevención para sus fieles: “*lo que a mí me ha pasado puede pasaros también a vosotros. Pero estad seguros de que nada puede apartarnos del amor de Cristo en contra de nuestra voluntad*”.

El relato de la multiplicación de los panes en el desierto tiene clara proyección eucarística. Desde el punto de vista cristológico, hay aquí una visión del poder sobrehumano de Jesús, pero el milagro subraya principalmente el amor de Dios: **«me da compasión de estas gentes»**. Tiene también un mensaje o enseñanza social: “*solidaridad y servicio a los necesitados*”. El relato se caracteriza por admirables contrastes entre la pasividad de unos y la actitud de Jesús, así como una marcada intención de subrayar el resultado final: **EL PROBLEMA DEL HAMBRE QUEDA RESUELTO**.

El pasaje tiene antecedentes bíblicos, por ejemplo, el caso de Elías, alimentado por la viuda pobre de Sarepta (1 Reyes 17,9-16) o la multiplicación de las primicias de Baal Salisá, por Eliseo (2 Reyes 4,42-44). Jesús pronuncia la acción de gracias sobre los panes y los peces, se los da a los apóstoles y éstos lo distribuyen. Si comparamos estos relatos con la descripción de la vida cristiana en los Hechos 2,42, se distinguen elementos comunes: los creyentes permanecían fieles a las enseñanzas de los apóstoles, a la oración y a la fracción del pan. Por fracción del pan se entiende siempre la celebración de la eucaristía. La multiplicación de los panes en el desierto es también un prelude de la futura vida real de la Iglesia.

El episodio de la multiplicación de los panes y los peces es uno de los más conocidos y comentados por sus implicaciones reales en la vida de la Iglesia y las necesidades humanas. Es también el único signo de Jesús del que se han preocupado los cuatro evangelistas (Mateo 14,13-23; Marcos 6,30-44; Lucas 9,10-17 y Juan 6,1-14). El cuadro humano descrito como necesidad en medio del desierto se diferencia en poco de lo que pudiera significar una gran concentración humana en una manifestación de cualquier signo y en cualquier ciudad del mundo moderno. Las masas se movilizan y manifiestan para reclamar derechos o para protestar contra situaciones intolerables. En el fondo profundo de las motivaciones humanas suelen estar los dones de Dios, buscados quizá de manera inconsciente. El que busca la verdad, la justicia, el amor, es a Dios a quien busca aun sin saberlo.

Las masas seguían a Jesús. Después de varios días de marcha estaban, naturalmente, fatigadas y hambrientas. Es un fenómeno natural y sin misterio. El misterio, si lo hay, debe ponerse en el *porqué* de aquel apasionado seguimiento. **¿Por qué corrían tras él? ¿Qué fascinación irradiaba su persona o su doctrina?** Después de una larga marcha sentían hambre, pero antes de tener hambre ya se habían puesto en marcha detrás de Él. Sin duda buscaban la salvación de Dios anunciada en sus palabras.

En el relato aparece el dato en sí insignificante, casi ridículo, pero indispensable de hecho, de un muchacho que había metido en su mochila la provisión para la marcha y que pone, generosamente, a disposición de todos. El pan es el elemento base que, distribuido por los apóstoles, se multiplica para quitar el hambre. A través de esa manifestación de poder se revela el amor de Dios a los hombres, expresado por el detalle que introduce el relato: **«ME DA COMPASIÓN DE ESTAS GENTES»**. Partiendo de ese dato como de una materia prima obra Jesús el prodigio, los discípulos distribuyen la comida y **TODOS QUEDAN SACIADOS**.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,9a.11-13a): *Aguarda al Señor en el monte.*

2ª lectura (Romanos 9,1-15): *Quisiera ser proscrito por el bien de mis hermanos.*

Evangelio (Mateo 14,22-33): *Mándame ir hacia ti andando sobre el agua.*

«Entonces surgió un profeta como un fuego cuyas palabras eran horno encendido» (Eclesiástico 48,1). Elías era un profeta “fogoso” y su Dios no podía ser otra cosa que fuego exterminador. Era un profeta “batallador” y su Dios no podía ser sino guerrero y demostrar su superioridad aniquilando enemigos. Cuatrocientos cincuenta profetas de los ídolos bárbaramente degollados hasta hacer enrojecer las aguas del torrente Quisón (1 Reyes 18,40), demuestran el triunfo de su Dios. Son trofeos de guerra exhibidos como prueba del Dios invencible. Pero... es otro Dios. El Dios que vence con la espada no es el verdadero Dios.

En la hora del triunfo, Elías –como cualquier otro- tiene los ojos cegados y la mente aprisionada en sus propios esquemas. Llega finalmente el momento en que el profeta, después de haber hablado tanto de Dios, *APRENDE DE DIOS*. Solamente cuando es denostado, perseguido y buscado, tiene el profeta la posibilidad de encontrar a Dios, de descubrir su verdadero rostro. Dios es siempre nuevo, sorprendente, no acostumbra a hacer reediciones del pasado. Dios no es el del monte Carmelo, donde se había desarrollado el cruento desafío entre fanatismos opuestos. Dios es intimidad, Dios es silencio, Dios es presencia serenante... **Dios es paz**. El profeta guerrero ha cumplido su parábola de maduración, y se ha transformado en un ser “pacificado”. Sólo en la calma de un ánimo sereno es posible vislumbrar, como en un espejo la imagen de Dios.

Después del signo de los panes, Jesús se va, buscando el silencio de la oración. Indica a sus apóstoles que se embarquen y vayan a la “otra orilla”. Los envía por delante pero no se desentiende de ellos. Jesús se ha alejado para orar, ausente de sus discípulos, pero no despreocupado por su suerte. En su ausencia sobreviene la tempestad y, los apóstoles temen que la barca pueda zozobrar, es entonces cuando vuelven a ver a Jesús acercarse, caminando sobre las aguas.

Las inundaciones, terremotos y otras catástrofes naturales nos llevan casi automáticamente a pensar en el poder de Dios. Dios se manifestó a Moisés en un marco de poder y majestad y a Elías en la suavidad imperceptible de la brisa. Jesús hizo conocer a los apóstoles su poder en el dominio sobre las aguas y el viento. Se manifiesta como Hijo de Dios caminando sobre las aguas. El que se definió en la zarza ardiendo como **¡YO-SOY!**, pronuncia ahora la palabra poderosa y tranquilizante **¡SOY-YO!**

Antes de serenar el mar enfurecido necesita tranquilizar los corazones asustados. Jesús vuelve porque quiere provocar una pregunta sobre Él –**QUIÉN ES ESTE HOMBRE**- y llegar a la respuesta de la fe: **TÚ ERES EL HIJO DE DIOS**. Por tanto, si tienes poder sobre los elementos, embarcarse contigo o caminar en tu nombre sobre las aguas no puede ser causa de peligro real o motivo de muerte. El verdadero peligro viene cuando “falla” la fe. Fiarse de su palabra es flotar sobre las dificultades y peligros, dudar o perder la fe es no encontrar apoyo bajo nuestros pies y hundirse. La intervención de Jesús empieza por dar ánimos: **¡NO TEMÁIS SOY YO!**, provocando el acto de fe.

La vida de un creyente no está exenta de peligros. Es caminar en las oscuridades de la fe, bajo la amenaza de fantasmas reales o imaginarios. La fe no nos exime de riesgos y conflictos. Los peligros reales pueden anunciarse con diferentes nombres como problemas económicos, circunstancias familiares escabrosamente difíciles, crisis personales de seguridad, de desorientación, de enfermedad, de soledad. La fe en Jesús ofrece protección, pero no exención de estos riesgos. La fe es confiar en Alguien del que sabemos que es poderoso y que, aunque parezca ausente o pueda parecernos un fantasma, no deja de velar por nosotros. El reproche de Jesús a Pedro no niega la peligrosidad de las olas, sino la falta de confianza en su palabra: **¡HOMBRE DE POCA FE! ¡POR QUÉ HAS DUDADO?**

Fe y seguridad en la presencia del Señor es el mensaje. Desde Tertuliano es comparada la Iglesia con una barca zarandeada por los temporales, pero sin hundirse. Hay miedos infundados y temores reales. Los peligros que la amenazan son persecuciones de fuera, tensiones de dentro y seducciones del mal, pero nada puede hacerla naufragar porque Jesús navega con ella.

«**DE NADA VALE QUE CRISTO ESTÉ CERCA DE TI, SI TÚ NO ESTÁS CERCA DE ÉL. NO ES LA VIOLENCIA DEL MAR O DEL VIENTO, SINO LA POCA FE LO QUE NOS HUNDE**» (San Juan Crisóstomo)

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a; 12. 12,1.3-6a.10ab): ...*Una mujer vestida de sol...*

2ª lectura (1 Corintios 15,20-27a): ...*El último enemigo aniquilado será la muerte...*

Evangelio (Lucas 1,39-56): ...*Bendito el fruto de tu vientre...*

«¡**SALVE, REINA DE LOS CIELOS!**, se alegran los ángeles de tu Asunción y alaban al Hijo de Dios». En la fiesta de la **Asunción de María** no solamente celebramos su muerte (nacimiento a la Vida) y, la subida de su cuerpo al cielo sino que, al mismo tiempo, celebramos también la fiesta de **la luz** y de **la vida**. **María** “*proclama*” y canta las grandezas de Dios, **Un Dios todo amor**. De un Dios que está del lado de los humildes, de los hambrientos, de los pobres.

María dio a Jesús de Nazaret la **vida corporal** y ha recibido de Él la plenitud de la **vida del espíritu**. **María** es una hermana nuestra glorificada y en Ella quiere Dios enseñarnos cuál es nuestro futuro. La **Asunción de María** recoge las esperanzas y anhelos de toda la humanidad. **María** realizó una gran obra en la tierra y ha entrado glorificada en el cielo. Una mujer ha realizado ya, plenamente, su destino de criatura creada para la eternidad. “**ESE ES NUESTRO DESTINO UNIVERSAL**”

La **Asunción de María** en cuerpo y alma al cielo está relacionada con los misterios del Señor, especialmente con el misterio de la Encarnación. Si Dios tomó un cuerpo humano, el cuerpo humano ha sido capacitado para recibir la gloria de la divinidad, por tanto, nosotros “**seremos glorificados en cuerpo y alma.**” Pero eso que la fe expresa en definiciones se entiende mucho mejor en el ejemplo concreto de una mujer **glorificada**. La glorificación de **María** tiene doble mensaje:

Lo primero es que **María** nos pertenece, que es de nuestra carne. Que **María** es enteramente humana y totalmente de esta tierra. Es positivo considerarla e invocarla así, pues ello manifiesta, que la estancia en esta tierra es provisional, que esta vida es un tiempo necesario para elaborar la dicha interminable por los caminos del Señor. **María** se realizó en esta tierra y desde su terrenalidad nos dice: “*Yo me voy, pero os dejo como consigna la convicción de que nuestra patria definitiva se encuentra en Dios*” y que su realización es respuesta a muchas dudas y preguntas: Como muchacha de Nazaret tenía sus ideales y había pensado en José como el compañero de su vida. Como madre tuvo que saborear lo amargo que puede resultar la total fidelidad hasta el final. En Pascua pudo llenarse de la luz y la alegría de la resurrección. En Pentecostés, junto a los apóstoles, recibió la total comprensión de todo cuanto había sucedido con la efusión de los dones del Espíritu.

La fiesta de hoy nos recuerda que esa mujer no vive sólo en la memoria de los templos que se le han dedicado y a los que acude la cristiandad en peregrinación: *Santa María la Mayor en Italia; Tchestokowa en Polonia; Guadalupe en Méjico; Lourdes en Francia; Fátima en Portugal; El Pilar en España; etc.* Esa mujer vive la plenitud de la vida en Dios. Contra la obsesión de divinizar la carne por una parte o de despreciarla por otra, **María** nos ilumina con la esperanza cristiana de la glorificación del ser humano en su totalidad. La glorificación no se hace desde aquí abajo hacia arriba sino desde arriba hacia arriba, todo en virtud de la resurrección del Cristo, el Señor.

Lo segundo es que **María** está con Dios. Pero ese estado definitivo no es un estado acorpóreo, sino corporal; no privado del cuerpo, sino con el cuerpo. También el cuerpo de **María** está glorificado en el cielo. Nuestras experiencias dicen que el cuerpo muere y se deshace. La fe enseña que no existiremos como seres **etéreos** sino **corpóreos**. Cómo puede realizarse todo eso, a lo que ni la física ni la biología pueden dar una explicación adecuada por ahora, es un misterio conocido sólo por Dios a quien corresponde realizar ese cambio. La **Asunción de María** es, por lo tanto, una expresión de fe: “**Dios ama su creación, ama al ser humano como tal, hombre y mujer, como Él le ha creado, materia y espíritu.**” Y al igual que **María**, viviremos en cuerpo y alma para siempre en Dios.

La grandiosa representación cósmica (1ª lectura) se esfuma en el paisaje montañoso de Judea, por el que destaca una muchacha que camina presurosa para visitar a su prima, “*aprisa*” por intercambiar con ella experiencias prematernales (evangelio). El “*arca de la alianza*” ya no aparece colocada en el marco solemne del templo, rodeada de símbolos más bien difíciles de descifrar y objeto de ritos solemnes, sino en camino y en forma de criatura de carne que lleva un hijo en su vientre.

El encuentro entre las dos futuras madres, acontece según ritos espontáneos, cotidianos, a través de la complicidad de las entrañas. Lo humano se hace portador de lo divino. El misterio se manifiesta con gestos y signos que forman parte del lenguaje de los hombres. Dios tiene prisa por salir al encuentro del hombre y se hace transportar por una maravillosa “*peregrina de la fe*”, desconocida, pobre, humilde, que ha entendido una cosa importante: **¡Dios tiene prisa por entrar “en casa”!**

MARÍA, TABERNÁCULO DE LA DIVINIDAD, FORJADORA DE NUESTRA ESPERANZA, ruega por nosotros.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56,1-6.7): *A los extranjeros, los traeré a mi monte santo...*

2ª lectura (Romanos 11,13-15.29-32): *...los dones y la llamada de Dios son irrevocables.*

Evangelio (Mateo 15,21-28): *Mujer, qué grande es tu fe...*

A la vuelta del destierro anuncia Isaías la “*salvación universal*”: **«Ningún extranjero será excluido del derecho al culto del templo porque es casa de Dios y se llamará CASA DE ORACIÓN para todos los pueblos.»** La única condición requerida es la práctica de la justicia.

Isaías señala la solidaridad y sinceridad de corazón, posible en toda sociedad y anuncia la inserción social dentro de la comunidad a condición de comprometerse con la alianza (respeto de la ley). Los “*extranjeros*” (inmigrantes) tenían en Israel distinto tratamiento: a los considerados “*residentes*” (legales=con papeles) se les permitía un fácil acceso a la integración dentro de la comunidad israelita; los denominados “*ambulantes*” (ilegales=sin papeles) eran tolerados, pero sin derechos, y mirados siempre con recelo. Este texto (que parece escrito para hoy) nos remite fácilmente al episodio de la mujer cananea del evangelio.

Pablo analiza las bendiciones de Dios sobre Israel, que sin embargo rechazó el mensaje de Jesús, y lo confronta (en contraste) con la aceptación por parte de los gentiles venidos desde el área exterior a las promesas mesiánicas. **«Dios ofrece la salvación a todos respetando la libertad de cada uno.»** Partiendo de este hecho histórico formula una tesis teológica: “*Todo hombre es libre para aceptar o rechazar el don que gratuitamente se le ofrece*”, y según esa aceptación o rechazo son llamados unos y excluidos otros. El rechazo de los judíos favoreció el anuncio a los gentiles y, Pablo contempla en esperanza a ambos pueblos reunidos en el seno de una misma Iglesia.

Jesús cruza las fronteras de Israel. Los fenicios se habían llamado, en otro tiempo, *cananeos* y de ahí la calificación dada a la mujer *siro-fenicia* de cananea. Se habla aquí de un “*orden de preferencias*” entre el pueblo elegido y los demás. Pero, el orden preferencial no significa exclusión. En este episodio: **«ni en Israel he encontrado una fe así»**, Jesús establece indirectamente otro nuevo “*orden de preferencias*” según la calidad de la fe

La apertura mental de Jesús y su elogio de la fe le enfrentan con el exclusivismo farisaico. A los judíos, no les estaba permitido entrar en casa de paganos y sentarse a su mesa (recordemos el encuentro de Pedro con Cornelio). Los paganos eran llamados “*perros*” a los que no les era lícito comer a la mesa de sus señores. Pero ha llegado el tiempo en que todos los hijos son invitados a la mesa del Señor. La fe es la única que salva y la que, en este caso, cura a la hija de la mujer cananea. Como en el caso de la muchedumbre hambrienta en el desierto, la reacción de los discípulos tiene todos los signos de lo humano: “*Viene detrás gritando y nos molesta, ¡despáchala!*” Para Jesús, buen pastor, la mujer cananea es como una oveja alejada que tiene derecho a entrar en el verdadero redil. Su fe obra el milagro. La oración confiada es la condición necesaria y no la pertenencia a una raza, porque lo que Dios mira es el corazón.

Leyendo este pasaje no se puede evitar una primera impresión de hallarse ante algo desacostumbrado. Se siente primero un cierto malestar y desconcierto porque la imagen que se da de Jesús en su primera respuesta no coincide, sino que empaña su imagen tradicional, siempre, comprensivo y misericordioso.

Hace apenas unas semanas le escuchábamos decirnos: **«Venid a mí todos los que andáis abrumados con trabajos y cargas y yo os aliviaré.»** Ahora viene a Él una mujer que sufre bajo una pesada carga y no experimenta alivio junto a Él, más bien se siente rechazada. Parece como si le dijese: **¡Déjame en paz! ¡Pídeselo a tus dioses, que ellos te saquen del apuro!** Nos parece una contradicción, como un contrasentido.

Pero la mujer no cede y en su humildad, insiste: -“*Ya sé que no merezco nada, pero lo espero todo de tu bondad. Aunque pagana, sé bien que Dios es Padre de todos y es bueno. Dios no puede limitar el amor ni las obras de su amor a un reducido grupo de privilegiados. Un poco de ese amor me basta.*” Esa mujer pagana expresa en su oración todo cuanto Jesús ha querido enseñarnos en parábolas. - “**LA MISERICORDIA DE DIOS**”.

Después de esa profesión de fe profunda y confiada de la mujer, pronuncia Jesús la palabra definitiva con lo que se esclarece todo: **«Mujer, tu fe es grande y esa fe te ha salvado. Que se haga como deseas.»** No habla Jesús de perseverancia ni de insistencia: **Mujer, grande es tu fe**, habla de fe, lo que nos lleva a la conclusión de que **La fe es la que salva**, y a revisar nuestra vida haciéndonos esta pregunta: **¿Es nuestra fe como la de la mujer cananea?**

Mateo escribió esta historia, consciente de que en ella, se describe el ideal de la fe cristiana a la que Jesús atribuye el poder de “*hacer milagros y de trasladar montañas*”.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22,19-23): *Colgaré de su hombro la llave del palacio...*

2ª lectura (Romanos 11,33-36): *Él es el origen, guía y meta del universo.*

Evangelio (Mateo 16,13-20): *Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos.*

Todos tenemos tendencia a preguntar a Dios. Creemos que está ahí para eso, como si su “oficio” consistiese en responder a las cuestiones que nosotros le planteamos, a los interrogantes que nosotros tenemos. Todos nos sentimos con derecho a someterlo a examen, a obligarle para que nos facilite explicaciones convincentes (por ejemplo respecto a los problemas del hambre, del sufrimiento o del mal), para que justifique sus ausencias, sus retrasos, sus incumplimientos... En una palabra, tendemos a invertir las posiciones y nos hacemos la ilusión de que tener fe significa obligar a Dios a dar cuenta de sí y de su comportamiento con nosotros y con el mundo.

Por otra parte, cultivamos, aunque quizás en secreto, la ambición de ser consejeros de Dios, sus sugeridores, sus expertos de confianza. Quizá sea que, humanamente, nos cuesta aceptar que somos y existimos gracias a su amor, que Él podía muy bien haber prescindido de nosotros. No cuesta reconocer que somos privilegiados (comparémonos con los que han nacido y malviven en otras regiones del mundo). Quizá sea que no queremos pensar y reconocer que todo cuanto tenemos es gracias a su generosidad.

Mas, la sabiduría de Dios es profunda, o sea, sin fondo, y la cuerda del hombre se queda demasiado corta. Dios no se deja arrancar sus secretos más celosos. Sus proyectos son inaccesibles, su lenguaje indescifrable, sus caminos imposibles de hallar. El evangelio nos recuerda oportunamente que es Él quien plantea las preguntas, es Él quien nos somete a examen y que somos nosotros quienes debemos dar cuentas ante Él de nuestra fe y de los comportamientos derivados de esa fe.

Pensamos que somos autosuficientes y nos consideramos fuertes e importantes como Sobná, mayordomo de palacio (primera lectura). Pero al igual que él, podemos ser destituidos y sustituidos por otro de mayor confianza, que podemos ser desposeídos de todos nuestros privilegios (cuanto tenemos) y ser reemplazados por otro que fiel a la verdad, aproveche los bienes recibidos y sepa dar los frutos esperados. Este recibirá las credenciales exteriores y los signos de su poder: *una túnica como presidente del templo, un cinturón y sobre todo las llaves como expresión del poder. «Lo que él abra quedará abierto y lo que él cierre quedará cerrado».*

El poder se entrega mediante el signo metafórico de las llaves y este signo nos introduce de lleno, en el tema central del pasaje evangélico donde Jesús, entrega a Pedro las llaves del reino de los cielos como signo de poderes plenipotenciarios en la Iglesia. Este poder no se entrega al impetuoso pescador de Galilea sin pulir, sino a un hombre transformado por el cambio de nombre. Los poderes se entregan al cargo más que a la persona.

De sus experiencias apostólicas ha llegado Pablo a la conclusión de que la gran mayoría de los judíos, de Palestina y de la diáspora, no aceptan el mensaje de la cruz y la resurrección. Este hecho puede restar credibilidad al mensaje anunciado también a los paganos. Sin embargo, Pablo no es pesimista. Al contrario, contra todo signo refractario del mensaje de salvación piensa que la conversión final del pueblo judío será no sólo posible, sino real, y esto por la bondad del Señor siempre mayor que todas las locuras humanas.

La apocalíptica figura del Hijo del Hombre, como instaurador de la justicia en el juicio final, es diferente de la concepción mesiánica del descendiente de David. Pablo recuerda un tema central en nuestra vida espiritual y en el anuncio del mensaje: **la necesidad de superar el egocentrismo para sumergirnos confiadamente en el misterio de la riqueza del amor de Dios.** Y Mateo antepone la confesión de Pedro a todas las demás representaciones mesiánicas existentes en su tiempo: *Tú eres más que Elías, más que el Bautista...*, **«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».** A la confesión cristológica de Pedro sigue la promesa hecha a éste como primero en rango entre todos los apóstoles por haber sido objeto de una especial iluminación.

La promesa habla de la solidez de la roca en relación con el nuevo nombre de Pedro, que será el fundamento de la Iglesia. El significado de su nombre expresa la naturaleza de la función que se le encomienda. A la metáfora de la piedra sigue la de las llaves. La continuidad de Jesús en su Iglesia pasa por Pedro y sus sucesores. El que tiene las llaves puede abrir y cerrar.

«¿Qué piensa, actualmente, la gente sobre mí y qué pensáis vosotros?», nos pregunta a todos Jesús. Y quizá tengamos que responder con tristeza: *“Señor, hoy apenas se preocupa la gente de ti, hoy piensan en otras cosas y en otras personas. De ti apenas se han formado un concepto personal, ni una idea propia y precisa. Pero, aunque no te sigan, aunque no te conozcan ni te hagan caso, son también muchos los que tienen de ti un elevado concepto. Te consideran grande, líder de la humanidad, campeón en la defensa de los derechos de los oprimidos, mensajero de fraternidad y de esperanza, aunque no lleguen a hacer suya la confesión de Pedro como Hijo de Dios”.*

Y si no creen en ti como el Hijo de Dios, **¿cómo podrás salvarlos?**

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20,7-9): *Me sedujiste, Señor, me forzaste y me pudiste.*

2ª lectura (Romanos 12,1-2): *Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos...*

Evangelio (Mateo 16,21-27): *...el que pierda su vida por mí la encontrará.*

El anuncio profético lleva consigo una previa experiencia de Dios de quien procede la orden de anunciar su palabra: *«Así dice el Señor»*. Jeremías obedece la orden del Señor y acepta inicialmente con entusiasmo la llamada recibida en su juventud. Pasado el primer entusiasmo se encuentra deprimido y oprimido bajo el peso de una cruz en la que no había pensado: -*"Nadie hace caso a su mensaje y, la gente se burla de él"*-. En esta situación se pregunta por qué obedeció a Dios y si no se habrá equivocado. Desearía volverse atrás y abandonar su profesión de profeta porque tiene que anunciar cosas desagradables.

La protesta la expresa en palabras duras, casi blasfemas en boca de un profeta. Pero el texto ha sido escrito para enseñanza nuestra. Es un caso de crisis vocacional ante la ardua tarea de profetizar que le resulta tan agobiante como una pesada cruz. En su aspecto positivo enseña que dificultad no es igual a infidelidad, y que en los momentos de amargura puede ser conveniente desahogar filialmente ante Dios los sentimientos del corazón.

Aun cuanto la respuesta de Pedro (la pasada semana) sobre la identidad de Jesús *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*, es la correcta, su comprensión de la misma deja mucho que desear. No comprende el anuncio de Jesús sobre el final violento de su vida, lo que ha de padecer y como morirá ejecutado, aunque le anticipa su resurrección; y que todo ello, es la consecuencia previsible de su vida y su predicación. Pedro ni lo comprende ni quiere entenderlo. Por eso, no advierte que ese final está unido indisolublemente a la forma de ser de Jesús, a su mesianismo que poco antes ha proclamado, a su estilo de vida.

Buscar seguridades, tranquilidad, no complicarse la vida, no *"molestar"* a los poderosos, dejar de predicar la *«buena noticia»* del Reino, renunciar a proclamar el amor de Dios a los pobres, enfermos, pecadores, prostitutas y gente de mala vida, significaría abandonar todo aquello que da sentido a su vida, aunque esto represente, morir violentamente. Jesús está convencido, la experiencia así lo enseña, que esa forma de vivir significa esa forma de morir, pero Dios-Padre está de su parte, esa es su esperanza y su convicción.

Pedro no está dispuesto a aceptar esa realidad e intenta apartarle de ese destino. De ahí la reprimenda de Jesús: *«¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres un peligro para mí porque tu idea no es la idea de Dios»*. A Pedro se le recuerda la llamada a seguirle detrás como discípulo, no a precederle marcándole el camino. El que sigue a Jesús como Hijo de Dios debe tener presente que encontrará la cruz en su camino.

La justificación debe tener una traducción práctica: **¿Cómo debemos vivir los que hemos sido justificados por el amor gratuito de Dios?** Pablo nos da unos principios generales útiles para todos. La justificación debe manifestarse en una vida motivada por el amor, teniendo en cuenta que Dios no quiere dones sino donantes y que las obras no significan nada en sí, si no son ofrecidas por amor. El sacrificio no es un chantaje a Dios para lograr a cambio cosas buenas. Dios ha amado siempre el primero y el culto no consiste en desprenderse de algo que se posee, sino en ofrecerse uno a sí mismo a la voluntad de Dios como acción de gracias por su amor. Este sacrificio comprende toda la persona en cuerpo y en espíritu. Ya que el sacrificio ha sido renovado por Cristo, el culto verdadero exige vivir según las nociones del Espíritu. A tiempos nuevos inaugurados por Cristo corresponden también nuevos estilos de vida.

Jesús es el redentor de la humanidad. Si recibió la misión de morir por los hombres, tiene que morir por ellos, pero en esa misión va incluida la necesidad de resucitar de entre los muertos. En el misterio de la redención no es lo principal la cruz y el camino de la muerte, sino el testimonio de amor de Jesús al Padre que le lleva a aceptar hasta la cruz y la muerte. La muerte sin el testimonio de amor no sería más que un absurdo y cruel acontecimiento.

Si Jesús llevó la cruz hasta la muerte como testimonio de amor, los que queremos ser cristianos debemos seguir su camino e imitar su ejemplo: *«si alguno quiere ser mi discípulo...»*. La filosofía de la cruz no se limita a la formulación de unos principios doctrinales abstractos, contempla más bien las cruces concretas de la vida humana y expresa en crudo realismo las dificultades que esa vocación conlleva: *"Si la cruz puede llenar de sombras el paisaje de la vida, el amor con que se la echa sobre los hombros proyecta su luz de esperanza sobre el horizonte"*.

Nosotros somos más del estilo de Pedro. Nos gusta la vida fácil y tranquila, y cuando el evangelio de Jesús nos interpela y nos complica la existencia, nos vienen las crisis. Quizá nos falta estar convencidos de que el estilo de Jesús vale la pena, de que la vida tiene sentido cuando se gasta y se desgasta en vivir la radicalidad del evangelio.

Nos falta saber lo que estamos dispuestos a dar como testimonio de nuestro amor y nuestra entrega.

«EL DEBER DE LA CORRESPONSABILIDAD»

173/07 Septiembre 2008

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33,7-9): *A ti, te he puesto de atalaya, para que des la alarma de mi parte.*

2ª lectura (Romanos 13,8-10): *A nadie le debáis nada, más que amor, porque amar es cumplir la ley entera.*

Evangelio (Mateo 18,15-20): *Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos.*

En este mundo nuestro, de hoy, nada sucede en aislado y nadie puede quedar indiferente ante las necesidades ajenas, ni disculparse insolidariamente como Caín a la pregunta de Dios: **¿SOY YO ACASO EL GUARDIÁN DE MI HERMANO?**

Solidarios somos todos y tenemos la corresponsabilidad de buscar, individual y colectivamente, soluciones a los problemas que surgen dentro del mundo y de la comunidad cristiana. La solidaridad humana se hace manifiesta en circunstancias de urgencia como terremotos, inundaciones, hambrunas..., pero debe extenderse también a las necesidades del espíritu, por ejemplo al que va por mal camino. Quien se siente solidario, debe inspirarse en motivaciones de amor.

La misión de un profeta es bien clara y está muy bien definida, consiste en ejercer una función de centinela, **«en dar la señal de “alarma” ante las amenazas que pesan sobre el pueblo por causa de sus pecados»**, y si no cumple esta misión se hace a sí mismo responsable.

Si el profeta es un centinela, debe, por tanto, estar siempre en guardia, vigilante para evitar asaltos y sorpresas. Traspuesto el campo de lo religioso, el profeta debe saber interpretar los signos de los tiempos para ver en ellos la voluntad y advertencias de Dios, no como espectador marginal, sino como miembro solidario con el destino del pueblo en medio del que vive. Aun cuanto el mensajero se sepa *“poca cosa”* frente a la misión encomendada, tiene la confianza de que no pronunciará palabras suyas, de su invención, sino que dirá aquellas palabras que Dios pondrá en su boca.

Hay quien duerme plácidamente, aunque esté cargado de deudas y hay quien no logra dormir pensando en las deudas. En lo que se refiere al dinero, las deudas quedan saldadas al pagarlas puntualmente, al igual que se satisfacen las exigencias de la justicia. Hay quien dice: *“no quiero tener deudas con nadie”* lo malo es que tenemos deudas con todos. San Pablo nos lo dice en la segunda lectura: **«A nadie le debáis nada, más que amor»**.

El cristiano no está dispensado de regular escrupulosamente sus cuentas ni de practicar la honestidad. Además piensa que cuando todas las deudas quedan cumplidas y satisfechas, aun le queda pagar las *“deudas de amor”*. Que aunque haya regularizado por la tarde todas las cuentas, a la mañana siguiente debe ponerse a trabajar para intentar saldar sus *“deudas de amor”* pues, las *“deudas de amor”*, no quedan satisfechas de una vez por todas, ya que, cuando crea que ha pagado escrupulosamente, observará que todavía quedan más, que aparecen otras muchas por pagar.

Cuando has amado al prójimo, lo has perdonado, ayudado y servido; cuando le has dado de comer, curado, vestido y protegido; cuando le has visitado, acompañado, escuchado y confortado; no has hecho nada extraordinario. Simplemente has comenzado a pagar las deudas, según las leyes y costumbres del Reino de Dios y, mientras vivas, nunca terminarás de pagar esas deudas. Pues, la **«caridad»** no es un *“suplemento”* que sin tener obligación alguna, en tu generosidad, ofreces a todos. La **«caridad»** la *“debes”*. La **«caridad»** es un *“crédito”* que los demás exhiben ante ti, siempre y en todas partes, exigiéndote que pagues. La **«caridad»**, en efecto, *“es cumplir la ley entera”*.

SI TU HERMANO PECA... Corregir al que yerra se incluía entre las *“obras de misericordia”* del viejo catecismo. Corregir no es alabar. Si la alabanza se recibe aunque no sea verdadera porque halaga, la corrección suele resultar molesta porque humilla. Sin embargo, la corrección fraterna, paternal, amistosa, del que comete un error o vive contra el evangelio dentro de la familia o la comunidad parroquial, o del ámbito de tu influencia es un deber impuesto por el amor cristiano.

Nadie es perfecto y todos tenemos la posibilidad de pecar. Siempre hay ojos inquisidores, cerrados a las propias vigas y escudriñando las pajas ajenas en busca de motivos de acusación y de condena. **¿Cómo se debe reaccionar?** La Iglesia caminante, aunque permanezcamos pecadores, somos una comunidad de santificados y amados siempre por Dios. **¿Cómo hay que reaccionar si uno peca gravemente y ese pecado se hace notorio con prestigio del mensaje cristiano y de la comunidad?**

El evangelio nos pide a los cristianos que en nuestra conducta seamos como la luz para que **«los que vean nuestras obras den gloria al padre que está en los cielos»** (Mateo 5,16). Pero si uno da motivos fundados para que se blasfeme entre los gentiles el nombre de Dios (Romanos 2,24), **¿qué normas de doble efecto deben seguirse para ayudar al hermano y velar por el evangelio?**

La ley del amor cristiano debe prevalecer siempre y por encima de todo. **“Solo el que ama y está dispuesto a comprender y a perdonar, no siete veces, sino setenta veces siete, podrá corregir bien al que yerra”**.

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

1ª lectura (Números 21,4b-9): *Hemos pecado murmurando contra el Señor y contra ti...*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *Se rebajó hasta someterse a una muerte de cruz.*

Evangelio (Juan 3,13-17): *Dios envió a su hijo para salvar al mundo.*

Este año, interrumpimos el normal desarrollo de la liturgia dominical, para conmemorar una fiesta de gran tradición: “**LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ**” que, por coincidir en el calendario con el domingo, prevalece por encima del correspondiente del Tiempo Ordinario.

«Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Juan 12,23-24).

Jesús, fue bajado de la cruz por unas mujeres y varones piadosos y quedó depositado en el sepulcro. La cruz desapareció con los demás trastos retirados del Calvario. La colina del Gólgota, fue allanada más tarde tras la capitulación de los judíos ante el ataque romano y el año 135 el emperador Adriano hizo levantar allí un templo a la diosa Venus. Cuando el emperador Constantino hizo del cristianismo la religión oficial del imperio, los cristianos derribaron en el año 326 el templo de Venus y barrieron del Calvario todos los recuerdos paganos, limpiaron todo el Gólgota de escombros y reapareció la roca en la que estaba escavado el sepulcro de Jesús. Sobre él levantaron los arquitectos cristianos una basílica consagrada en el año 335.

Según una tradición, la madre de Constantino, Santa Elena, encontró la cruz de Cristo, que fue identificada por algunos prodigios y mando exponerla a la veneración de los fieles. Pero el año 614 conquistaron los persas la ciudad de Jerusalén llevándose como despojo de guerra la cruz del Señor. En el año 628 derrotó Heraclio a los persas y les obligó a devolver la cruz, que fue llevada triunfalmente a Jerusalén el 14 de septiembre de ese mismo año (fiesta litúrgica de “la exaltación de la santa Cruz” que desde entonces celebramos).

Con esta Fiesta, no veneramos al madero, sino al que en el madero colgó; no adoramos la crucifixión de Cristo, sino la redención del género humano; no celebramos la muerte de Jesús, sino la Vida que Él nos alcanzó. Pues **«Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para judíos, necedad para gentiles; pero, para los cristianos, un Mesías que es fuerza y sabiduría de Dios»** (1 Colosenses 1,23-24). Nos gloriamos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo y adoramos a Cristo Rey, elevado por nosotros en la cruz.

A lo largo de toda la historia, desde el principio de la creación del mundo, Dios, constantemente, se ha manifestado al hombre. Se nos ha comunicado de incomparables formas y por distintos modos, lo ha efectuado directa e indirectamente, lo ha ido haciendo con su presencia y en sueños, con diferentes manifestaciones y por medio de enviados. Y en todo momento y por todas las causas ha estado transmitiéndonos y dándonos a conocer su predilección y su amor. Y a todo lo largo de esa misma historia, no hemos hecho caso de sus manifestaciones, ni hemos oído sus mensajes, ni hemos escuchado a sus mensajeros. Por último, en “*la plenitud de los tiempos*” con un máximo esfuerzo de comunicación, nos envió su PALABRA.

Con la Encarnación del Hijo, fruto de su amor de Dios-Padre-Creador, efectúa la mayor prueba de amor. Nos manda “**su Palabra hecha carne**”, para que le veamos, para que le toquemos, para que le sintamos, para que le creamos, para que nos convirtamos y le sigamos: **«El que quiera servirme, que me siga –dice el Señor–, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará»** (Juan 12,26).

Jesús insistió mucho en su predicación, sobre la cruz como destino de su vida y como condición inequívoca de su seguimiento: el que quiera ser mi discípulo debe estar dispuesto a renunciar y a cargar con la cruz. Esta radicalidad, sin paliativos ni atenuantes, ha inducido a muchos a pensar en el discipulado de Jesús negativamente como si significara odio y desprecio de la vida. Pero lo que en realidad anuncia la fe cristiana es la vida, la fe en la vida y la defensa de la vida. La renuncia a sí mismo y la aceptación de la cruz como condiciones del seguimiento pueden expresarse de esta otra manera: “*el que quiera seguir a Jesús debe estar dispuesto a todo*”.

Dios no ama el dolor ni se complace en ver sufrir a nadie. Podía haber elegido para “*reconciliarnos*” con Él, cualquier otra fórmula distinta. Mas, quiso presentarse ante nosotros sin privilegios, encarnándose, haciéndose semejante a nosotros en todo, menos en el pecado. Se anonadó para que no sintiésemos ningún temor, recelo o retraimiento ante Él y se abajó totalmente para demostrar su predilección por nosotros. Nos entregó su amor hasta el extremo y nosotros le pagamos con nuestra incompreensión, con nuestro desamor y nuestro rechazo.

El amor a la cruz no dice que el dolor sea bueno ni deseable en sí mismo, ni lo considera como un valor absoluto, todo lo contrario: Por cruz se entiende todo esfuerzo que uno acepta o voluntariamente se impone por amor, para hacer realidad en sí mismo y en el mundo la voluntad de Dios. Esa voluntad que equivale a una vida en plenitud, la cual puede exigir razonablemente esfuerzos y renunciaciones.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,6-9): *Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos.*

2ª lectura (Filipenses 1,20c-24,27a): *Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir.*

Evangelio (Mateo 20,1-16): *Después de ajustarse con ellos en un denario los mandó a su viña.*

El problema de la justificación del hombre pecador ante Dios, ha venido angustiando al género humano durante toda la historia. La retribución de la vida eterna no se puede plantear en términos de justicia o derechos adquiridos por el hombre. Es necesario saltar por encima de todas las categorías de justicia humana e introducir los módulos de la justicia divina que actúa por el amor. La vida eterna es gracia, se ofrece y recibe de la bondad de Dios como don gratuito que el hombre, en su libertad, puede aceptar o rechazar. Dios es bueno y da lo suyo porque quiere.

Isaías quiere levantar la fe y encender la esperanza de la gente sencilla, cuya fe se ha debilitado y regresan a Jerusalén sin entusiasmo religioso, pensando que Dios les había abandonado en la prueba del destierro. Argumenta con la idea de que Dios está cerca de los que le buscan y se deja encontrar por ellos aunque la manera de hacerlo pueda resultar desconcertante. Para entender a Dios hay que elevar nuestros pensamientos al nivel de las conductas y criterios divinos.

Pablo está en prisión, probablemente en Éfeso sobre el año 55 y no sabe si saldrá vivo de la cárcel. Desde allí escribe a la comunidad de Filipos sus conceptos sobre la vida y la muerte. Mártir o apóstol es lo de menos; lo que Pablo quiere es que Cristo sea glorificado en él. Esta convicción le llena de esperanza y de libertad interior porque su vida es Cristo y considera que morir es una ganancia. La vida y la muerte no son valoradas en términos de interés personal, sino como servicio al evangelio según este principio fundamental: **“EN LA VIDA Y EN LA MUERTE SOMOS DEL SEÑOR”**.

Los fariseos, se consideraban “*privilegiados*” y orgullosos por creerse cumplidores de la ley, se imaginaban “*celosos obreros*” fieles desde sus orígenes (primera hora). Jesús, quizá un poco cansado de las constantes críticas y acusaciones frente a sus acciones en favor de los pecadores, propone esta parábola, centrada en la interpretación sobre la igualdad de retribuciones para una desigualdad de prestaciones, con lo que nos dice que **“en el Reino de los cielos no sirven las unidades de medida humana, sino las divinas.”** La parábola no trata un problema de justicia, sino de generosidad y de gracia.

Si el Señor de la parábola representa a Dios y sale a diversas horas en busca de jornaleros, hay un primer mensaje de carácter universal: **“Dios busca constantemente trabajadores para su viña”**. En su plan de salvación quiere Dios la ayuda de los hombres para llevar a cabo su obra. Esa colaboración humana la quiere de todos y debe ser solidaria, sin envidias y por amor. La viña es el mundo entero y todos somos invitados a trabajar en la esperanza de una recompensa cierta. Si leemos la parábola desde las categorías humanas, surgirán dificultades de interpretación, porque será una lectura en términos de ambición y egoísmo, tratándola como un problema de justicia en lugar de verla con altruismo, solidaridad y amor.

El mensaje principal de esta parábola está en las palabras con que el dueño de la viña justifica su conducta: **«yo soy bueno»**. Esta es la gran enseñanza sobre Dios. La recompensa dada a los últimos no es efecto de un despiste, ni de un malentendido, ni de una injusticia, sino de bondad. El señor de la parábola no quiere perjudicar a nadie, sino hacer el bien a todos y esto por generosidad, de manera gratuita, **«porque es bueno»**. El núcleo del mensaje no es por tanto la protesta de los trabajadores de primera hora ni la reprensión de su envidia, sino el anuncio de la bondad de Dios, siempre generoso en su recompensa por encima de todo merecimiento de justicia. Lo que confirma que los caminos y planes de Dios no son como los caminos y planes de los hombres (primera lectura).

Además del mensaje sobre la bondad de Dios, tiene la parábola una enseñanza sobre la solidaridad humana, es decir, sobre la conducta que debemos tener los hombres, unos con otros, a imitación de la bondad de Dios. **«¿Eres envidioso porque yo soy generoso?»**. En lugar de protesta por envidia debería haber habido felicitación gozosa. La envidia crea situaciones en las que la alegría de unos entristece a otros. Dice un proverbio popular: **“hay quienes pasan hambre con gusto con tal de que otros no coman”**. En el reino de Dios no es posible la envidia y como el reino de Dios ha llegado ya, todo candidato al reino tiene que desterrar la envidia de su corazón y congratularse del bien ajeno.

La gran tarea de la vida consiste en acoger alegremente cuanto recibimos de Dios, empezando por nosotros mismos y aceptar cuanto pone a nuestra disposición (todo cuanto tenemos) en su generosidad y no podemos exigir absolutamente nada como derecho. El hecho de existir ¿no es ya una razón de amar? Nos recibimos de Dios con nuestra libertad y todo cuanto podemos hacer con ella. Nuestra aceptación por Dios no depende del rendimiento o productividad en la vida. En las oficinas de empleo del reino de los cielos está siempre esperando el buen Padre celestial a todo el que llega para hacerle partícipe de los bienes de su bondad.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18,25-28): *Cuando el malvado se convierta de su maldad, se salvará.*

2ª lectura (Filipenses 2,1-11): *Tened los mismos sentimientos que Jesús.*

Evangelio (Mateo 21,28-32): *Los publicanos y prostitutas os precederán en el reino.*

¿Cómo pueden pagar los hijos por los pecados de sus padres? Las calamidades de la deportación fueron interpretadas por muchos como castigo de Dios, pero... ¡Dios es justo! Y es Ezequiel el que da el paso desde la concepción del pecado colectivo hacia su interpretación en sentido personal. Ya no es el “pueblo” el que peca, ni siquiera sus representantes. El pecado es cosa personal. Ezequiel anuncia que cada uno es responsable de sus acciones y que el castigo no es herencia, sino responsabilidad personal. No obstante, el personalismo moral no es igual a individualismo; el personalismo coexiste con la solidaridad. Tanto la vida como la muerte significan participación o exclusión de la salvación de Dios. **«El pecado es cosa personal» y si el castigo es muerte, todo el que peca debe morir.** (Jeremías 31,29; Ezequiel 18,11). **De la misma manera, cuando un pecador se convierte vive.**

Pablo reproduce un himno cristológico, donde se describe la atmosfera espiritual deseable en una comunidad cristiana. Propone la unidad e insiste en la humildad hecha servicio a ejemplo de Cristo cuyos sentimientos deben impregnarlo todo. Él, sin dejar de ser Dios, aceptó la condición humana con todas sus consecuencias, incluso las más humillantes. La encarnación admirable en el hecho, se hace todavía más admirable por su forma. La clave de una vida cristiana, no está en razones humanas, sino en el ejemplo de Jesús humillado por obediencia hasta la cruz y por ello ensalzado sobre todo nombre.

La parábola de los dos hermanos trata sobre la conversión. La respuesta con un “NO” de uno de los hijos es ciertamente una falta contra la virtud de la obediencia, pero el cambio de opinión y la ejecución de lo mandado borra la falta inicial al cumplir la voluntad del padre. **«Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera...»** No alude aquí a las promesas incumplidas de los políticos, sino que se dirige a todas las cabezas pensantes con mentalidad de fariseo, que dicen “SÍ” a la letra de la ley, pero no cumplen las obras de la ley: *Palabras sí, obras no.* Estos, se parecen al segundo hijo que no cumplió la voluntad del padre, mientras que los conocidos como pecadores se dejaron impresionar por la predicación de Juan y se convirtieron: habían dicho “NO” pero luego dijeron “SÍ”. No se puede juzgar por apariencias o solo por palabras, son las obras las que mejor definen lo que cada uno es.

Jesús no atacó a los piadosos cumplidores de la ley por el hecho de ser “piadosos”, sino por ser inauténticos: **«Dicen, pero no hacen»** (Mateo 23,3). Tampoco salió en defensa de los publicanos y prostitutas por el hecho de que éstos y éstas hubieran pasado la mitad de su vida de espalda a Dios, sino por el “SÍ” dado en la otra mitad después de la conversión. A través de la parábola de los dos hijos, Jesús pone en evidencia la calidad de una fe y la sinceridad de una vida en el espíritu para insistir, una vez más, en que no son las apariencias superficiales, sino las actitudes profundas del corazón, las que nos acercan a Dios. Ante el que vale más un acto intenso que mil remisos: **«En muchos pecadores y paganos he visto mayor fe que en los piadosos de Israel»** (Mateo 8,10; 15,28). Éstos dijeron sí a la letra de la ley, pero no aceptaron el mensaje del enviado de Dios.

Cuando el evangelio habla de conversión, la entiende como una necesaria y sincera revisión de vida con el consiguiente cambio. **¿De qué sirve avanzar si se va por el camino equivocado?** Si no se contrastan los puntos de vista para cambiarlos, si otros resultan más acertados, se suele caer en la esclavitud de la letra y en conductas de intolerancia. Cuando más se corra, más se distancia el objetivo de la carrera. Lo único que procede es detenerse y dar la vuelta, que en el orden de lo espiritual se llama conversión.

Muchos hijos de la Iglesia reproducen con demasiada frecuencia la conducta del segundo hijo de la parábola. Somos teóricos del “SÍ”, profesionales de un “SÍ” que después se convierte en “NO”. En el bautismo, por ejemplo, se pregunta a los padres y padrinos si están dispuestos a educar en la fe a ese bautizado, a lo que responden con la palabra ensayada: “SÍ”. Más tarde vuelve ese niño a recibir la primera comunión, y luego la confirmación, y repite las promesas que quizá ya está empezando a no cumplir. Los adultos se acercan a recibir el sacramento del matrimonio y a las preguntas que se les hacen. ¿Estáis dispuestos?..., todos responden “SÍ”, responden *sí de palabra* que pronto se convierte, con demasiada frecuencia, en *no de obras*.

Toda comunidad cristiana y todo cristiano en particular necesitan continua conversión para que Dios ocupe el centro de su vida. La conversión no es fenómeno excepcional, sino diario. La vida en comunidad no es una contemplación de valores, sino un compartir la misma vida: *“Si recibo fraternales amonestaciones en Cristo sin coacción; si me beneficio de los estímulos del ejemplo de una comunidad que vive el amor cristiano; si me muevo dentro de una comunidad animada por el Espíritu y soy objeto de atenciones e interés por parte de los demás”.* **¿Procuro yo dar eso mismo que recibo?** El gran secreto de la vida cristiana es identificarse con los sentimientos de Jesús.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5,1-7): *La viña del Señor es la casa de Israel.*

2ª lectura (Filipenses 4,6-9): *El Dios de la paz estará con vosotros.*

Evangelio (Mateo 21,33-43): *Arrendará la viña a otros labradores.*

«*Voy a cantar una canción a mi viña*» Isaías, quizá acompañándose con un arpa, compone en la primavera de su vida (unos 700 años a. C.), cual si de un trovador se tratara y quizá como invitado en una reunión de amigos para celebrar la fiesta de la vendimia en Jerusalén, una canción de amor bajo la alegoría de una viña.

Es la historia de un enamorado que requiebra a su amada con infinitos detalles –el viñador con su viña-. Los oyentes están deseosos de saber en qué va a parar la aventura amorosa. Termina mal. La novia no quiso saber nada, la viña no dio más que agrazones. Galán y viñador quedaron decepcionados.

Pero eso no es más que una alegoría para pasar después a ser un juicio de Dios sobre el pueblo. La viña aludida es la casa de Israel. El tema de la elección y reprobación de Israel es tratado también sucesivamente por Oseas (cap. 10), Jeremías (caps. 2, 5,6) y Ezequiel (caps. 15,17). Más tarde, vino la cruda realidad de la historia: Los asirios asolaron Samaria, luego hicieron lo mismo los babilonios con Jerusalén (586 a. C.) y por último los romanos (70 d. C.).

Mateo reasume el tema de la viña de Isaías ya con cierta perspectiva histórica y con una última urgencia del dueño de la viña e introduce el elemento de los “*criados*”. Los criados son los profetas entre los que distingue dos grupos. Unos fueron enviados antes de la primera destrucción de Jerusalén en 586 a. C. y antes del destierro en Babilonia. El segundo grupo es más numeroso y vino después de esa fecha.

Todos apremiaron al pueblo a dar los frutos deseables pero el pueblo no hizo caso. En lugar de justicia conculcó los derechos humanos y divinos y, en lugar de hacer caso a los enviados los mató. En un último esfuerzo y como ultimátum envió a su Hijo y también le mataron para quedarse con la viña. Por eso fueron destituidos. La alegoría termina con el arrendamiento de la viña a otros labradores.

La parábola es ya historia cuando es pronunciada y escrita. Es una parábola dura, con aviso serio. Los primeros profetas, Jesús y los profetas posteriores a Él, son asesinados. La Sinagoga cedió puesto a la Iglesia. La nueva viña del Señor es la Iglesia fundada por su Hijo. Dios sigue enviando mensajeros y esperando frutos, pero el hombre sigue creyéndose propietario absoluto de lo que sólo se le ha dado en administración.

- **¿Está Israel definitivamente reprobado?**
- **¿Es el Dios de nuestra fe un Dios amenazante o un Dios lento a la cólera y rico en clemencia?**
- **¿Puede el hombre actuar como dueño absoluto, decidir sobre el bien y el mal, sobre lo permitido y lo prohibido, el aquí y el allá, matar a Dios para entronizar dioses de repuesto como el poder, la imagen, el dinero o el placer?**
- **¿Qué frutos produce la Iglesia, especialmente en los países donde se implantó en sus orígenes?**

Estará bien recordar que la Iglesia se construyó sobre una piedra “desechada”. Su cimiento es un «*desechado*», uno echado fuera por los expertos oficiales que “*creían saber*” cuáles eran las piedras buenas y los bloques defectuosos. Y todavía hoy la Iglesia se sostiene sobre esa «*piedra desechada*» y sobre tantos otros “desechados”. El instinto de apropiación de la viña debería transformarse en capacidad de apropiación de las desilusiones causadas al Destinatario y a los destinatarios de los frutos. Cuando algo se destruye en la viña, no es el caso de pensar en los enemigos, algunos de éstos están fuera, pero muchos pueden también estar escondidos dentro, puede ser “culpable” el mismo labrador arrendatario.

Pablo, que está terminando su carta dirigida a la comunidad de Filipos, presenta el catálogo de algunos “*frutos*” ciertamente no despreciables e invita a los cristianos a orientar en esta dirección sus pensamientos. Si una décima parte del tiempo que usamos para explicar, declarar, tomar posición y defendernos de las acusaciones, lo dedicásemos a la producción de frutos, entonces ya no habría nada que explicar.

La mayoría de los problemas que nos preocupan son pasajeros: sólo Dios queda y «*sólo Dios basta.*» Poner confiadamente los problemas en manos de Dios es la primera condición para la paz y la alegría. Es importante producir algo verdadero, noble, justo, puro, amable, honrado, virtuoso, digno de alabanza. Y la paz que nos viene de Dios llegará como una sensación de seguridad.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25,6-10a): *El Señor preparará un festín.*

2ª lectura (Filipenses 4,12-14.19-20): *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

Evangelio (Mateo 22,1-14): *Invitación a todos los que encontréis.*

En lenguaje simbólico se señala a la nueva Jerusalén como sede permanente de la presencia de Dios, cuando la muerte sea vencida. Para mayor plasticidad de esta esperanza, Isaías nos habla del gran festín que Dios prepara para todos los pueblos. Los especialistas hablan de la “*teología de Sión (Jerusalén)*” que hace del templo el centro del mundo como morada de Dios y casa universal de la humanidad. Los pueblos que lo saben se ponen en marcha al encuentro del Señor.

Cuando Jesús prepara el banquete eucarístico para perpetuar su presencia entre los hombres, encuentra ya en este texto un antecedente histórico.

Escribe Pablo a la comunidad de Filipos una nota de agradecimiento por la ayuda recibida. El que da hace un bien pero es mucho más lo que recibe. Tal es la matemática de Dios “**hace más feliz dar que recibir, porque Dios recompensa el don como un favor hecho a Él mismo**”. Pablo ha anunciado el evangelio sin buscar la utilidad propia. Ese es su testimonio.

En contraste con las demás lecturas que hablan de banquetes, en este texto se muestra Pablo como hombre de pocas exigencias en lo material, revistiéndose de una cierta austeridad. A diferencia de la moderación de los estoicos el “*nada con exceso*”, la moderación es para Pablo un instrumento de servicio a la causa y de unión con Cristo, que le da fuerza para superar cualquier adversidad.

El tema de la elección/reprobación, tratado el domingo pasado en la parábola de los “*viñadores rebeldes*”, recibe nuevo tratamiento hoy con la parábola de las “*bodas reales*”. En ambos casos los privilegios de unos pasan a otros mejor dispuestos.

Queda claro que primero fue invitado Israel y los paganos lo fueron en segundo lugar. Esto es ya un aviso. Pero queda un detalle práctico de difícil explicación: **¿Cómo puede exigirse de un hombre, encontrado al azar en la calle, que entre en la sala del festín en traje de bodas? ¿No es desproporcionado el castigo? ¿Dónde encontraron los demás invitados, en las encrucijadas de los caminos, el traje exigido con tanto rigor?**

Hay que suponer que se introduce ese detalle como *elemento didáctico* para indicar a los bautizados que con el bautismo no está hecho todo, que son necesarias obras cristianas a manera de habitual traje de gracia.

La vida como cristiano no es un episodio pasajero, accidental o reservado para ciertas ocasiones, sino algo que hay que vivir en todas las circunstancias de la vida. No se es cristiano sólo el domingo, sino también el resto de la semana. El que así lo hace está preparado en todo momento para entrar dignamente en la sala del festín.

«**Muchos son los llamados y pocos los escogidos**». No se trata de reprobación o elección. Se trata de la invitación de Dios extendida a todos aunque, de hecho, son pocos los que la aceptan porque tienen el corazón puesto en otras ocupaciones que consideran prioritarias.

También aquí se menciona la suerte corrida por los emisarios, los profetas. Quien habla en nombre de Dios puede provocar la indignación de los autoendiosados o falsas divinidades porque viene a bajarles de su trono. Es una constante de todos los tiempos. Son los perseguidos por causa de la justicia, los candidatos al reino.

Lo que en esta parábola se nos cuenta ya no suele suceder así en la actualidad. **¿Quién rechazaría una invitación para una de las “bodas del año”?** El problema no sería el asistir o no asistir, sino el ser considerados dignos de recibir la invitación.

Pero en el evangelio se trata de una parábola, una enseñanza intuitiva y plástica. La *sala del festín* es el reino de Dios, el *rey* es Dios mismo, el *príncipe* es Jesús, los *criados* son los mensajeros de la palabra, los *invitados* somos todos los hijos de Dios.

Unos aceptan la invitación, otros la rechazan, pero la fiesta se celebra y se llenan las salas del festín. Es Dios mismo quien invita y dispone el banquete y los invitados que aceptan, reciben la alegría del festín y la plenitud de vida como don de Dios.

Todos excepto el “*mal trajeado*”, que ha sido incapaz de acoger en su vida la inmensa cantidad de dones y bendiciones recibidas de Dios, que no ha querido recibir el perdón divino y así, revestirse del traje adecuado para la fiesta.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45,1.4-6): *Se sirvió de la mano de Ciro.*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1,1-5): *Recordamos vuestra fe, esperanza y caridad.*

Evangelio (Mateo 22,15-21): *Dad al César lo que es del César.*

Los impuestos, “*revolucionarios*” o no, suelen resultar incómodos aunque sean razonables. Aquí se trata de una pregunta sobre la licitud-obligación de pagar impuestos al César, es decir, a los romanos, potencia extranjera de ocupación. La pregunta está formulada con mala intención. El término usado pertenece al tecnicismo de la caza y encarna una trampa, un cebo oculto para atrapar a Jesús. Si responde que sí, se enfrenta con la masa de los piadosos nacionalistas; si responde que no, puede ser acusado de sedicioso contra Roma.

En realidad, la obligación de los tributos a Roma era muy discutida por los judíos y vista de distinta manera: los “*saduceos*” la habían aceptado y no encontraban motivos de protesta; los “*fariseos*” pagaban a regañadientes; los “*herodianos*” eran incondicionales a Roma; los “*celotes*” eran partidarios decididos de la oposición y el “*pueblo*” cumplía de mala gana con esta obligación. La pregunta es por tanto una mecha encendida capaz de provocar fácilmente un incendio.

Toda forma de gobierno, sea cual sea su tendencia o ideología, tendrá sus seguidores y sus detractores. Desde la antigüedad vienen proponiéndose modelos y así escribió Platón su obra “*La República*”; san Agustín “*La ciudad de Dios*”; Tomás Moro “*Utopía*”; Campanella “*La Ciudad del Sol*”; Marx “*El Capital*”...; y en sus obras han ofrecido un avance personal de lo que sería una sociedad humana ideal e idealizada, tema debatido en los modernos parlamentos por los representantes del pueblo desde sus diferentes puntos de vista. De una parte están los partidarios de las teocracias, por otra los de la supresión de la Iglesia; otros son partidarios de una Iglesia nacionalista y los hay también de una clara separación entre la Iglesia y el Estado e incluso de colaboración en múltiples formas. De hecho las relaciones Iglesia-Estado son frecuentemente un escabroso punto de fricción difícil de superar.

¿Es lícito pagar el tributo al César?, o lo que es igual. ¿Hay obligación de pagar impuestos aunque el estado sea ateo? La pregunta es muy antigua y tiene motivaciones políticas, económicas y religiosas. La obligación de las autoridades políticas es fomentar el bien común, pero si no lo hacen, **¿a dónde van a parar y a quienes benefician mis impuestos?** La Iglesia tiene una misión espiritual, pero el Papa, obispos, sacerdotes y creyentes son al mismo tiempo ciudadanos en un país determinado. **¿Les es lícito eximirse de ciertos compromisos temporales o deben cumplir como ciudadanos de manera ejemplar?**

Aunque el poder en las democracias pertenece al pueblo, sus representantes pueden desviar la contribución con fines sesgados, **¿es lícito contribuir a financiar la escalada armamentística y la compra-venta indiscriminada de armas; el pago de operaciones de transexualización; el aborto; la eutanasia...?** Y muchos se preguntan **¿hasta donde llega la obligación de contribuir al gasto público?** Interpretaciones ciegas y parciales han llevado a obediencias fanáticas o fatalmente opuestas a las decisiones del Estado. La respuesta de Jesús no las resuelve directamente, pero la fidelidad al César que Jesús pide no parece excluir la objeción de conciencia cuando el Estado traspasa los límites de sus competencias. La vida entera sufre tensiones entre Dios y el César con una gran diferencia: mientras los Estados urgen sus leyes con sanciones penales, Dios prefiere servidores libres aun con riesgo de que el hombre-libre se niegue a colaborar con Él para el bien. Esa es la grandeza de nuestra libertad y el peso de nuestra responsabilidad.

Leemos hoy (primera lectura) un fragmento del “*Libro de la Consolación*”, escrito al final del destierro de Babilonia en una situación de depresión nacional. Los deportados se sentían abandonados por Dios: **¿Es que los dioses babilonios son más poderosos que el Dios de Israel?** En esa situación aparece **Ciro**, «*ungido del Señor*», abierto y liberal, que permite la libertad religiosa y el regreso de los deportados. Isaías reviste de expresión teológica esta esperanza: “*El único Dios de Israel es Señor absoluto y dueño de la historia. En sus manos puede cualquier hombre o acontecimiento convertirse en instrumento apropiado para hacer cumplir sus designios universales.*” Todo acontecimiento puede ser revelación y providencia y todo hombre puede ser instrumento al servicio de los planes de Dios sobre los hombres oprimidos de cada época.

Los caminos del Señor pueden resultar desconcertantes pero son siempre rectos. La fe se demuestra en una confianza ilimitada en la política divina aunque parezca desconcertante. El insospechado instrumento de la providencia fue entonces el pagano Ciro, ejecutor de la voluntad de Dios. Hombres providenciales pueden serlo todos y lo han sido, sin duda, en los últimos años: Juan Pablo II, Walesa, Gorbachov, Reagan..., mas los hombres pasan, sólo Dios queda. Pero todo hombre puede ser instrumento activo y colaborador de Dios.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22,20-26): *Si explotáis al huérfano y a la viuda, me irritaré contra vosotros.*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1,5-10): *Abandonasteis los ídolos para servir a Dios.*

Evangelio (Mateo 22,34-40): *Amarás al Señor tu Dios.*

Pudo, alguna vez, haber un error de interpretación como si en el AT se legislara el odio y en el NT se abrogara la ley antigua a favor de la nueva del amor. **Nada más lejos de la realidad.** La ley del amor existe desde el principio. Algunas expresiones como «*oísteis que se dijo a los antiguos: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo*» (Mateo 5,43), se deben a un lenguaje pobre en matices.

Nunca dijo Moisés que se deba odiar. Las nuevas traducciones de la Biblia matizan: “*amarás a tu prójimo y amarás menos, no tienes obligación, de amar a tu enemigo*”. A partir de ahí da Jesús un paso adelante pidiendo de los suyos el amor incluso a los enemigos. Pero también la “*ley antigua*” está impregnada de amor. Siendo Dios amor, todas sus obras y todos sus preceptos tienen que llevar esa marca y la imagen de Dios cruza las páginas de la Biblia en la figura de un padre misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

Ya en el pasaje del Éxodo (primera lectura) se encuentran expresiones de ternura para regular las relaciones humanas, nos habla de la explotación de los emigrantes, de la marginación de los pobres y de la desigualdad en el reparto de las cargas sociales. En este campo tiene el AT importantes aportaciones. En los primeros tiempos, el suelo era la única riqueza y los prototipos del pobre en aquella primitiva sociedad el huérfano y la viuda. En una situación social en la que comienza a no ser el suelo la única riqueza y que empieza a esbozarse una sociedad con economía basada en el dinero, ya trata de la explotación del pobre e introduce además al emigrante que vive en condiciones de alquilar su trabajo, llegando a veces a tal extremo de necesidad que debían venderse como esclavos para pagar sus deudas. La legislación sacerdotal introdujo dos instituciones para reparar o paliar semejantes extremos. Por una parte el “*año sabático*”, por el que el esclavo recuperaba su libertad, y el “*año jubilar*”, por el que los pobres recuperaban sus bienes confiscados con remisión de las deudas.

La pregunta sobre el “*mayor mandamiento*” se encuadra en un amplio marco de preguntas *capciosas* tendidas a Jesús para sorprenderle y poder acusarle: divorcio, vida futura, tributo al César..., tomando los *fariseos* el relevo, tras la fracasada intervención de los *saduceos*. Ahora se trata de definir lo central en la ley. El simple creyente necesitaba una síntesis, pues formaban la tupida maraña de la legislación judía 613 preceptos. Por eso la pregunta del doctor es buena aunque la intención no lo sea.

Jesús responde, a cuál es el principal mandamiento, citando Éxodo 6. Pero añade algo que el legista no esperaba y es la identificación del segundo precepto en unidad inseparable con el primero: «*pero hay un segundo no menos importante que es semejante al primero*». La verdad de amar a Dios con todo el corazón incluye inseparablemente la verdad de amar igualmente todo lo que Él ama. Es el amor en dos vertientes: una vertical y otra horizontal. La vertiente vertical “**amar a Dios**” pide al hombre la conversión, la vertiente horizontal “**amar al prójimo**” pone en práctica esa conversión con el compromiso en el servicio. En esa doble dirección se coordinan toda la ley y los profetas.

Hay en la respuesta de Jesús algo sobre lo que conviene llamar la atención: *el amor a ti mismo*. Del *amor a Dios* se habla en los tratados de los místicos. Del *amor al prójimo* se habla desde el evangelio y desde la propaganda, las consignas, pegatinas y colectas. Hablar de *amor a ti mismo* suena en principio a inmoral. Sin embargo, Jesús habla del *amor a ti mismo* como punto de referencia de lo que debe ser el amor al prójimo. Es verdad que la palabra “*amor propio*” suele llevar connotaciones egoístas. Amarse a sí mismo, ser uno mismo, vivir su vida, auto-realizarse y otras expresiones semejantes parecen mirar sólo a uno mismo y excluir todo interés por el prójimo.

Amarse a sí mismo se suele entender como un amor narcisista, un amor a una falsa imagen que cada uno tiende a formarse de sí mismo y es, en consecuencia, un amor irreal, un amor falso, un egoísmo. Más, si Jesús lo pone como ejemplo de medida del amor al prójimo, ha de ser un amor real y necesario. “*Si no puede comprender a los enfermos el que no ha padecido alguna vez enfermedad, tampoco podrá amar al prójimo el que no sabe amarse bien a sí mismo*”. Ahora bien, si amar al prójimo es aceptarle como es para ayudarlo a ser mejor, amarse a sí mismo es aceptarse como se es para mejorar las propias sombras. Si uno acepta las propias sombras, quizá le resulte más fácil disimular las faltas ajenas; y si acepta la luz que tiene en sí mismo, tal vez esto le ayude a ver mejor con la luz que irradian los otros.

Jesús nos dice: “**¡Ánimo, mírate al espejo! ¡Ten buenas relaciones contigo mismo, sé amable, respetuoso, comprensivo y paciente contigo, acéptate con todas tus sombras, respétate, valórate, no te enfades contigo mismo y si lo haces, reconcílate pronto en tu interior! Todo eso te ayudará a amar a los demás. Y AMANDO A LOS DEMÁS ES COMO ME AMAS A MÍ**”

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Todo el que tiene esperanza en Él se purifica.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Se llamarán los Hijos de Dios.*

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios.»

Sobre los robustos bloques de piedra en ruinas del palacio del emperador Diocleciano, en la ciudad croata de Split se levantó, siglos más tarde, una esbeltísima torre cristiana rematada con una cruz. Diocleciano fue un temible perseguidor de los cristianos. Ahora, a los turistas se les explica la historia y se les hace una interpretación simbólica de esa torre: **la cruz termina siempre por triunfar sobre sus perseguidores.**

Esa podría ser también una interpretación de la fiesta de todos los santos. Es como la celebración de la victoria final sobre todos los perseguidores, la glorificación de los caídos en las persecuciones, el triunfo de los luchadores en las batallas contra el mal, contra el odio, contra el egoísmo, contra las fuerzas y desórdenes en los campos de batalla producidas en el interior de sí mismos. No es posible entender la santidad sin lucha, sin esfuerzo, sin sacrificio.

En la celebración de todos los santos nos sale al paso san Juan con una sorprendente noticia: **«Mirad que amor nos tiene el Señor que nos ha hecho hijos suyos»**. Con esta declaración queda el ser humano colocado por encima de toda la creación y toca la cima de grandeza a la que pueda aspirar. Esa grandeza pide comportamientos dignos.

Por eso, todo santo es siempre vencedor. Sus victorias son dispares en espacio, tiempo y lugar, unas serán más fulgurantes y otras menos espectaculares; una más efímeras y otras más prolongadas. Más todos vienen de la lucha, de la gran tribulación. San Juan los vio y no pudo contarlos porque son innumerables. **«Es una inmensa multitud, incontable y pluriforme, perteneciente a toda raza, lengua y región.»** Llevan palmas en las manos y cantan himnos: **«¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»** Todo es obra de la gracia.

Juan fue él mismo un experto en persecuciones y encarando la realidad pura y dura del cristiano en el mundo, escribe, para insuflar confianza. Juan no es un cronista que describe uno tras otro los hechos como han sucedido o como van a suceder. Juan contempla en visión la historia desde atrás y ve de golpe el final **«un cielo nuevo y una tierra nueva»**, la victoria del bien sobre el mal.

A los luchadores de ahora nos hace ver la gloria de la victoria futura. Todos los que cantan van con palmas victoriosas en las manos y pasaron por los mismos apuros, por idénticas tribulaciones. De todos los santos triunfadores, unos son conocidos, otros no, pero todos son entrenadores en las batallas del espíritu, todos cabezas de fila de los que marchamos por los ásperos senderos de ésta vida.

Si son innumerables, están marcados y pertenecen al futuro, es lícito esperar que allí estemos nosotros porque estamos marcados también con el bautismo. Si fuéramos “*videntes*” como Juan podríamos distinguirnos entre esa multitud que canta el himno de alabanza a Cristo Redentor. **Lo que esperamos que suceda un día, lo veríamos realizado ahora.**

El apocalipsis de Juan desvela ante los ojos de los hombres al Dios que se definió como el **que fue, es y será, el alfa y la omega, el principio y el fin de todo**. Paciente, misericordioso y perdonador, que quiere la felicidad para todos y la revela en esta visión como la dicha del hombre, porque Él sacia toda hambre y sed, y enjuga las lágrimas de los que vienen de la gran tribulación.

Nadie está seguro de la vida eterna, pero nadie puede considerarse excluido de ella. Por eso debemos leer y releer este texto y aplicarlo primero a los que convivieron un día a nuestro lado y sólo cuando se fueron nos dimos cuenta del vacío que dejaban y que eran santos. Debemos aplicarlo también a nosotros y a los que caminan con nosotros, codo con codo, por las mismas dificultades y con las mismas esperanzas, marcados con el mismo signo y marchando hacia un mismo destino.

Para llegar a ese destino ayuda el ejemplo y las vidas de los que nos han precedido en la esperanza de la misma suerte. No podemos poner la meta de nuestras aspiraciones fuera de Dios. No podemos elegir otro destino distinto del que nos ha sido asignado y ni siquiera podemos inventar el camino porque no hay más que un camino y ése nos ha sido señalado en el que dijo: **«YO SOY EL CAMINO, Y LA VERDAD, Y LA VIDA»**

LOS FIELES DIFUNTOS

1ª lectura (Lamentaciones 3,17-26): *El Señor es bueno para los que en Él esperan.*

2ª lectura (Romanos 6,3-9): *La muerte ya no tiene dominio sobre Él.*

Evangelio (Juan 14,1-6): *Creed en Dios y creed también en mí.*

Lamentaciones siendo uno de los libros más pequeños de la Biblia hebrea, se hace eco, paradójicamente, de la mayor catástrofe histórica conocida del pueblo hebreo: la destrucción de Jerusalén y la definitiva desaparición de sus instituciones políticas y religiosas a manos de las tropas babilónicas en los primeros años del siglo VI a.C.

Son las Lamentaciones cinco elegías o cuatro cantos seguidos de una oración, cuyo tema es la soledad y ruina de Jerusalén, destruida por los caldeos. Los poemas, están compuestos de 22 estrofas que utilizan el artificio alfabético. El autor o autores, parecen haber vivido los acontecimientos y escriben poco después de la catástrofe.

Por sus páginas parece aletear la sombra de un pájaro de mal agüero que espeta al poeta o poetas la trágica pregunta: *«¿Dónde está tu Dios?»* El libro, se caracteriza por culpar del abandono, soledad, muerte y desolación de Jerusalén, como último causante, a Yahvé, Dios del pueblo elegido. El motivo: los pecados y rebeliones de ese mismo pueblo, al que se le achaca la falta de una sincera confesión de la culpa nacional, individual y colectiva. Por eso confiesa sus pecados y pide perdón, y en medio de la tragedia se anima con la esperanza de: *«que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión.»*

Aunque está presente en casi todos los acontecimientos de nuestra vida a causa de enfermedades, catástrofes y accidentes, el mundo no quiere oír hablar de la muerte; mientras que, la Iglesia, además de las exequias que ofrece por cada uno en su particular tránsito, celebra, una vez cada año, el sacrificio eucarístico pidiendo a Cristo, “vencedor de la muerte” su intercesión, ante Dios-Padre, por todos los difuntos.

La Conmemoración de los fieles difuntos permite a la fe de la Iglesia meternos de lleno en el corazón de la relación de Jesús con su Padre. Así, en amor, fe y esperanza, prolongamos la fiesta que ayer celebramos en honor de Todos los Santos, porque, entre ellos, están también los nuestros, tantos como acompañaron nuestra vida desde la infancia. Ellos descansan en paz.

«Que no tiemble vuestro corazón.» No debemos llorar, ante el hecho de la muerte *«creed en Dios y creed también en mí»* dice Jesús. Miremos con esperanza hacia el final cierto al que caminamos: *«En la casa de mi Padre hay muchas estancias»*, allí seguro que tenemos la nuestra, adornada y preparada por Aquél que murió por nosotros. *«Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.»*

Tampoco debe preocuparnos el cuándo: *«Cuando os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo»*, porque tenemos la certeza, Él mismo nos lo dijo: *«para que donde estoy yo, estéis también vosotros»* y todo cuanto promete lo cumple. Porque: *«si nuestra existencia está unida a Él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya.»*

Más, no nos engañemos preguntando: *«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?»* como Tomás, porque la respuesta ya la conocemos. *¿No nos llamamos cristianos?*, es decir: “seguidores de Cristo”. Si verdaderamente nos hemos incorporado a Cristo y estamos unidos a Él, estaremos libres de la esclavitud al pecado y andaremos en una vida nueva y nuestra existencia, debería ser un “reflejo” de la suya, nuestro actuar, sería un efectuar las cosas como Él las hizo, con su mismo espíritu. Pero, lo somos de verdad o **¿sólo lo somos de nombre y nuestras obras desmienten constantemente esa afirmación?**

Cada una de las frases o afirmaciones de Jesús adquiere una solidez especial, a la luz del misterio de su Resurrección: *«Nadie va al Padre, sino por mí»* o lo que es igual, si queremos alcanzar todos los anhelos de nuestra vida, si deseamos lograr todos aquellos dones que se le prometieron a nuestros padres, si queremos llegar a la “tierra de promisión”, si queremos obtener el perdón, el amor, la gracia y la gloria que Dios tiene y regala a cada una de sus criaturas, no tenemos más remedio que mirarnos en Jesús.

Jesús es nuestro incondicional mediador. Por Él, con Él y en Él, está nuestra salvación. Sin Jesús no llegaremos a nada, con Él lo obtenemos todo, porque **«ÉL ES NUESTRO CAMINO, ÉL ES NUESTRA VERDAD, Y ÉL ES NUESTRA VIDA.»**

LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN

1ª lectura (Ezequiel 47,1-2.8-9.12): *Habrá vida dondequiera que llegue la corriente.*

2ª lectura (1ª Corintios 3,9c-11.16-17): *Ese templo sois vosotros.*

Evangelio (Juan 2,13-22): *No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.*

La Basílica de Letrán es la catedral del Papa en Roma y la iglesia llamada “*Madre y Cabeza de todas las iglesias de Roma y del mundo*”. Esta fiesta celebra nuestra unión con el Papa como obispo de Roma y también como nuestro pastor y obispo universal. Tenemos una relación directa con el Papa que es nuestro pastor al igual que con el obispo diocesano y con el pastor parroquial, la única diferencia es que el Papa como sucesor directo del apostolado, tiene el pastorado supremo.

El profeta Ezequiel (primera lectura) proclama una visión en la que del templo de Dios surge un río que da vida abundante a todo y que sanea el mar. De la misma forma que desde la comunión con el Papa y los obispos (colegio apostólico) tomaremos la enseñanza que nos dará vida abundante. San Pablo, en su carta a los corintios (segunda lectura), nos anuncia que cada uno de nosotros es un templo de Dios y del Espíritu Santo y en el evangelio, Jesús les dice a los judíos que él levantará en tres días al templo destruido. Obviamente se refiere a su resurrección física. Esa resurrección física verifica que nuestros cuerpos pertenecen a Dios y es prueba de que nuestros cuerpos fueron hechos para la santidad.

Celebrar hoy, la Dedicación de una Basílica, nos hace evocar la presencia de Dios en medio de los hombres. Dios acompaña siempre a su pueblo, la Alianza y la tienda del “*Encuentro*” con el Arca, son las señales de su cercanía. A lo largo de la Historia de la Salvación, los profetas recordarán al pueblo que la presencia de Dios no se puede encerrar en un templo construido por manos humanas: **¿Qué templo podéis construir al que es Señor del Universo, sino el cumplimiento fiel de los términos de la Alianza: el amor, la justicia, la defensa del oprimido, la paz?** Cuando el pueblo es fiel a la Alianza, el Señor habita en medio de su pueblo. Cuando la infidelidad lleva al pueblo tras otros dioses, tras la injusticia, o el ultraje a los pobres, Dios huye de su pueblo y expresa su malestar con un castigo que llama al arrepentimiento y a la vuelta a la Alianza.

Ése será también el camino de Jesús, que llevará a plenitud la Alianza de Dios, sellada con la entrega de su cuerpo y en el derramamiento de su sangre, como celebramos y proclamamos cuando la Eucaristía es auténtica memoria de Jesús. Ya no hay otro templo, ni el templo es ya nada. Ni Garizim, ni Jerusalén, ni el hermoso Templo de Salomón, todo será destruido. Y cuando Jesús dijo: **«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré»**, los judíos no comprendieron que les hablaba del Templo de su cuerpo.

«El cielo es mi trono, y la tierra, el escabel de mis pies. ¿Qué casa podríais construirme, y qué lugar para reposo mío? Todo esto lo ha hecho mi mano, y mío es todo ello» (Isaías 66,1-2). Los creyentes debemos preguntarnos si hemos comprendido el misterio del Templo donde está presente Dios. **¿Qué templo hay que pueda albergar la presencia de Dios?**, sólo uno: JESUCRISTO. **«¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?»**, dirá Jesús (Juan 14,10), **«Pero llega la hora, y en ella estamos, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad»** (Juan 4,23).

Tras la Pascua de Jesús, esa presencia se prolonga en su Cuerpo, que es la Iglesia. Ella es sacramento de la presencia de Dios en el mundo y para el mundo, signo e instrumento de la unión de Dios con el hombre y de la unidad del género humano. Para que no olvidemos sus enseñanzas, Jesús nos convoca y nos reúne en la celebración de su *Memorial*, de su *Alianza Nueva y Eterna*, hecha sacramento en la *entrega de su Cuerpo* y en su *Sangre derramada*. Con este Jesucristo, con este Señor, con su Palabra y con su Vida, comulgamos cada día, como signo de la mesa del Reino abierta a todos, y como alimento y fuerza para anticiparla en el tiempo presente.

Lo humano, el hombre, todos los hombres y cada uno de ellos, en la unicidad y dignidad de su persona, es el lugar donde Dios habita y quiere seguir habitando. **«No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo»**, hemos escuchado a Pablo. Cristo el Señor se ha identificado en ese templo que es el hombre. La enseñanza definitiva de Jesús, su testamento y juicio, es una llamada a descubrir toda su presencia real en el pobre, en el hermano: **«Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, hambrientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados, a mí me lo habéis hecho»**.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31,10-13.19-20.30-31): *Trabaja con la destreza de sus manos.*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5,1-6): *El día del Señor llegará como un ladrón.*

Evangelio (Mateo 25,14-30): *Por haber sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor.*

A la mentalidad, *mayoritariamente feminista*, imperante en la sociedad de hoy, puede parecer chocante el cuadro, *sobre la buena ama de casa*, que se nos describe al final del libro de los Proverbios. La familia en el antiguo Israel estaba edificada sobre estructuras patriarcales y el patriarcado configuraba la vida y la cultura. Quien habla es un marido que apela a su experiencia y, *considerándose afortunado*, quiere hacer un elogio al pluriforme dinamismo de las virtudes de su mujer en el ejercicio del gobierno de la casa. Se le ha llamado “**canto a la mujer ideal.**”

Para Pablo, nuestra vida está determinada por la esperanza del futuro. A la curiosidad estresante y esterilizante por conocer la fecha de la *parusía*, responde: «**es imposible el saberlo**» y reclama *laboriosidad*. La consecuencia inmediata es la actividad fecunda, elogiada en los Proverbios (primera lectura) y en el evangelio. Otra consecuencia es un permanente estado de vigilancia, concepto que se completa e ilustra con los del *sueño-tinieblas-ladrón*. El trabajo y la vigilancia deben caracterizar el tiempo de espera hasta que el Señor vuelva. Mientras tanto ni evasión de los compromisos con el mundo, ni identificación con él.

De la espera en la *parusía* se puede sacar la inactividad como falsa conclusión. La parábola enseña lo contrario. El reino de Dios es dinámico, es *don* y es *tarea*; **los talentos son compromiso**. No puede uno cruzarse de brazos y **¡a vivir!** Porque la consecuencia inmediata reproduce el espíritu farisaico de fidelidad a la letra, y la envidia de los primeros jornaleros de la parábola de la viña (Mateo 20). Por ello, es bueno siempre, someter a examen el uso o abuso de los dones recibidos de Dios. El señor que se va para volver es tema repetido en las parábolas de la *parusía*. Entre la ida y regreso del Señor está nuestro tiempo, el tiempo de la Iglesia militante en actitud de vigilancia, donde cada uno asume sus propias responsabilidades.

El señor de la parábola hace entrega de su dinero a cada uno según sus aptitudes, no a todos por igual, y se va para volver a pedir cuentas de la gestión. El señor de que aquí se habla es Dios, distribuidor de todos los dones. «**Admirable en sus santos y santo en todas sus obras**» (salmo 67,36). Al distribuir sus dones no lo hace a todos por igual: A unos dota de cualidades que provocan más bien admiración, *les hace ser admirados*; a otros de cualidades que provocan amor, *les hace ser queridos*. Entre los dones están la vida, la inteligencia, la simpatía, la belleza, la bondad, la salud -¿por qué no también la enfermedad?-, el espíritu emprendedor, la tenacidad en el trabajo... Dios al distribuir sus dones de manera desigual, exige de todos un rendimiento en proporción a lo entregado.

Nadie se ha dado a sí mismo estas cualidades. Las da Dios a cada uno de manera desigual y «**se va**», es decir, deja obrar libremente, no priva a nadie de las cualidades que le ha dado porque el agraciado no las use o haga mal uso de ellas. Pero esto no autoriza a nadie a pensar que puede, *irresponsablemente*, enterrar los talentos confiados o hacer de ellos un uso torcido. El Señor se va pero regresa para pedir cuentas. Si al distribuir sus talentos no da a todos por igual, tampoco exige de todos lo mismo. Sucede con frecuencia que las personas «**con talento**», las personas con muchas cualidades humanas provocan cierta envidia. Leyendo esta parábola se comprende la sinrazón, porque «**al que más se le ha dado, también se le exigirá más**» (Lucas 12,48).

Al que devolvió cuatro talentos le recompensó como al que devolvió diez, porque ambos habían desarrollado la misma actividad, habían duplicado el capital inicial. En la parábola el «**señor**» significa siempre el Padre celestial, siempre padre y siempre dispuesto a la comprensión y al perdón. Si el último criado, no hubiese sido *holgazán* y, en vez de enterrarlo, hubiese invertido su dinero con razonable garantía, aunque hubiese perdido la inversión porque sobrevino “*una crisis*” y las cosas le salieron mal, cuando se lo hubiese expuesto al «**señor**», ¿qué le hubiese respondido? Lo más probable es que el «**señor**» hubiera dicho algo como esto: “**La cosa no es tan grave. En los negocios unas veces se triunfa y otras se fracasa y no siempre según las previsiones razonables. No eres un holgazán ni te has portado irresponsablemente, ¡mala suerte!, has trabajado y has tenido buena voluntad. Es tu esfuerzo y no el dinero lo que me importa. Recibe pues, el mismo premio que tus compañeros**”.

En la parábola del sembrador, una parte de la semilla se pierde, y otras semillas dan fruto desigual según la calidad de la tierra en que se depositan. **Sin embargo el sembrador sigue sembrando**. En la parábola de los talentos lo que se condena no es el fracaso, sino la inactividad. Así debe leerse. Así deben leerla sobre todo los que se sienten celosos de las cualidades de los otros y envidiosos de sus triunfos; limitados en sus cualidades y pobres en buenas obras ante Dios. El tercer criado enterró su talento y se cruzó de brazos, lo dejó improductivo «**por miedo**». El miedo es siempre mal consejero. Mucho más si ese miedo es a Dios, exigente sólo con los holgazanes perezosos. «**Nadie puede ni debe presentarse ante el Señor con las “MANOS VACÍAS”**».

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Ezequiel 34,11-12.15-17): *A vosotros, ovejas mías, os voy a juzgar.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-26a.28): *Devolverá el reino a Dios Padre.*

Evangelio (Mateo 25,31-46): *Se sentará en el trono de su gloria y separará a unos de otros.*

Terminamos el año litúrgico celebrando la “*realeza de Cristo*”. Una celebración así implica necesariamente connotaciones con el pasado, posicionamientos en el presente y perspectivas de futuro. Desde el principio hay que decir que la índole única del reino de Cristo lo hace compatible con cualquiera de las formas de gobierno legítimos y justos existentes o posibles en el mundo político de ayer de hoy y de siempre. La recta comprensión de esta fiesta parte de algunas afirmaciones de Jesús, que nadie ha inventado ni tampoco puede pasar por alto: **«Yo soy rey y para eso nací, pero mi reino no es de este mundo»** (Juan 18,36-37). Y, al que en la cruz le pedía un recuerdo desde su reino le prometió la inmediata entrada en él **«Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso»** (Lucas 23,43).

El reino mesiánico se describe en alegorías de un pastor dirigiendo a su pueblo como un rebaño, y se aplica incluso a Dios: **«El Señor es mi pastor, nada me puede faltar»** (Salmo 23). En el antiguo oriente y en Israel el título de “*pastor*” incluye también o es sinónimo del de “*rey*”: **«Tú vas a ser el pastor de mi pueblo Israel, dice Dios a David»** (2 Samuel 5,2). Difícil es una descripción de un rey-pastor mejor que la ofrecida por Ezequiel en el capítulo 34: El buen pastor vive para los suyos y da la vida por ellos, cura a los heridos, busca a los perdidos, es “*social*” en todas sus dimensiones, no vive sentado arriba, sino en marcha en medio de su pueblo. Una identificación con el pueblo como la aquí descrita sólo se da en Cristo, Rey y Buen Pastor. La imitación de esa conducta servirá de norma y ley para la sentencia en el día del juicio final.

La humanidad se divide en dos grupos y, todo hombre tiene que optar por o contra Cristo y es sólo Cristo quien puede valorar esa opción. **«Misericordia quiero y no sacrificios»** (Oseas 6,6). El veredicto se formula en función del amor cuya dimensión vertical hacia Dios tiene que recibir su apoyo en la horizontal a los hombres. **«El que os recibe a vosotros me recibe a mí»** (Mateo 10,40). El criterio de división en el juicio se haría en función de la aceptación o rechazo de los mensajeros del reino, identificados con el mensaje y ampliado a todos los hombres llamados a ser discípulos de Cristo.

Lo que se sanciona siempre es la conducta observada con cualquier necesitado. Mateo habla a su comunidad y entiende la moral cristiana como una práctica del amor hecho obras a favor de los necesitados de este mundo. Todo encuentro con una humana necesidad es un encuentro con el mismo Cristo. Si Dios es uno con Cristo, Cristo es también uno con los suyos; es la gran, la desconcertante y al mismo tiempo consoladora realidad de la fe cristiana. Siempre que se pide justicia entre los hombres se está invocando un atributo de Dios que es infinitamente justo, lo mismo que es infinitamente santo, sabio, poderoso y misericordioso. La justicia de Dios no debe infundir sentimientos de temor sino de paz y confianza.

Siendo Dios justo evalúa con exactitud todas mis acciones, teniendo en cuenta el elemento de debilidad humana en la base siempre de todos nuestros actos. Los hombres solemos pecar más por error o debilidad que por mala voluntad. Y como a la justicia se une la misericordia –**Dios es lento a la cólera y rico en clemencia**– mira Dios las motivaciones del corazón y recompensa los buenos deseos que la humana limitación no permitió llevar a efecto.

El evangelio habla simultáneamente de Jesucristo Rey, Pastor y Juez, que imparte justicia. **«Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda»**. ¡Fascinante es el mensaje! Jesús había dicho como pastor: **«Yo he venido a traer vida en abundancia, yo doy la vida eterna a mis ovejas»** (Juan 10,10). Ahora habla como juez y hace entrega de esa misma vida con ejecución inmediata: **«venid, poseed la vida»** Y los llamados poseerán la vida eterna.

Es verdaderamente un fascinante mensaje de amor. No se pregunta cuánto sabe uno, ni siquiera de las cosas de Dios. **¡No es cosa de saber sino de obrar!** No se pide tampoco hacer nada imaginario con el distante, **sino algo real con el cercano**. Los seguidores de Cristo, somos ovejas de su rebaño y voluntarios de su reino. **«Buscaré a las ovejas perdidas, haré volver a las descarriadas, vendaré sus heridas y curaré a las enfermas»** El seguimiento de este Rey es coronado con el éxito, con la plenitud de vida garantizada por Dios que, por ser justo, no deja sin recompensa ni un vaso de agua fría dado en su nombre.

«Pero cada uno en su puesto.» Es el Espíritu de Dios quien nos tiene que introducir en la comprensión plena de este evangelio. De nuestra parte todo intento por conseguirlo es poco. **«Y así Dios lo será todo para todos.»** CRISTO ES REY y su reino no es de este mundo, pero existe ya en él. Donde se anuncia su mensaje y se da testimonio de su amor: **«tuve hambre y me disteis..., estuve enfermo y me...»**, allí está el reino de Cristo. La razón de la sentencia final tiene traducciones modernas: Yo era un refugiado, emigrante en patria extraña, alcohólico, drogadicto, estaba en paro, vivía sólo y triste, necesitaba instrucción y consejo... **¿Qué hicisteis conmigo?**